Lorena A. Falcón
UN REINO OLVIDADO
Libro 3 • El reino entre las nieblas
Un enigma
llega a su fin.

Contents

Portada
Copyright
Última publicación
Libros de la autora
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Trilogía El reino entre las nieblas
Serie Brujas anónimas
Saga Conflictos universales
Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
Un último conflicto (extracto)

UN REINO OLVIDADO
El reino entre las nieblas III

Lorena A. Falcón

Copyright © 2020 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Última publicación

Todos los conflictos
Libro III

Algunos conflictos ocultan otros peores.

Tamara solo quería terminar con los problemas, pero el universo se empeña en ponerlos en su camino. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir del infierno y encontrar una manera de que este no llegue a la Tierra. ¿Habrá una forma de evitarlo?

Ya disponible en Amazon.

Libros de la autora

Brujas anónimas
Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales
Libro I - Un último conflicto
Libro II - Un conflicto sin fin
Libro III - Todos los conflictos

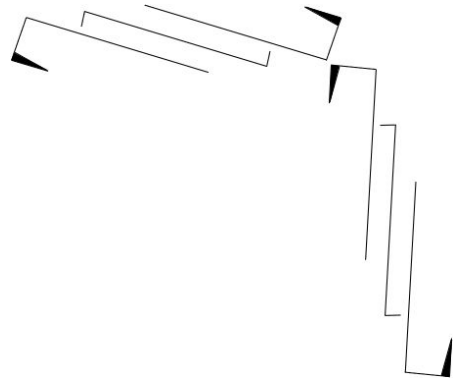
El reino entre las nieblas
Libro I - Un camino marcado
Libro II - Un bosque confuso
Libro III - Un reino olvidado

Novelas - Tomos únicos
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado
Matices de la magia
La invasión
Transformación

Cuentos
Por un par de alas
Todo o nada
Una idea simple - A simple idea

No ficción
¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?
Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de Lorena A. Falcón



Capítulo I

ÚRSULA SE INCLINÓ HACIA LA DERECHA y volvió el rostro hacia el costado. La detonación retumbó junto a su oreja y la dejó sorda en parte. Sin embargo, ella no se detuvo. Con el cuerpo torcido hacia delante, aceleró hacia su contrincante, lanzó un papiro en llamas y, en el mismo impulso, saltó hacia la izquierda. Cayó con más fuerza sobre uno de sus pies, pero fue capaz de recuperar el equilibrio mientras su oponente, con un último alarido, se desplomaba sobre el piso.

Úrsula, jadeando, se dio la vuelta. A medida que el humo se disipaba, pudo verse que era la única que quedaba en pie. Los aplausos sonaron a sus espaldas, a su alrededor, y ella sonrió. Marcos, su tutor, se acercó con una sonrisa y el brazo extendido. Ella le dio un apretón de manos.

—Eso fue excelente, Úrsula, sabía que quedarías primera.

—Gracias —se encogió de hombros ella—, en realidad, no fue tan difícil.

Varios de los estudiantes que se levantaban del piso clavaron su mirada en ella mientras lo hacían. Ella los ignoró, ya respiraba normalmente. Una de las jóvenes caídas, con largo cabello castaño sacudiéndose tras ella, se acercó con una fiera expresión en el rostro. Y aunque se dirigía a Marcos, su mirada no se apartó de Úrsula.

—Hizo trampa.

Úrsula y Marcos se volvieron hacia ella con lentitud.

—Está claro que no fue así —dijo este último con calma—, son muchos los testigos que presenciaron el enfrentamiento y estoy seguro de que ninguno de ellos tendrá nada que objetar al resultado.

—No, no puede ser —la joven se acompañó de una pequeña patada contra el suelo—, nadie salta de esa manera en un

enfrentamiento entre magos.

—Pero yo también tengo entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo —dijo Úrsula, con mesurado orgullo en la voz.

—Por eso mismo —la joven puso los brazos en jarra—, eso es trampa.

—Mi querida muchacha, eso no es trampa. Úrsula sencillamente tiene más preparación para los combates.

—Pero no es de magos hacerlo así —insistió la joven—, ella tiene que enfrentarse a nosotros *solo* como lo harían los magos.

—Vamos, Perla —dijo Úrsula con una sonrisa—, no hay nada en el reglamento que diga eso.

—No te rías de mí. Además, eso se sobreentiende. ¿Por qué sería una lucha de magos si no luchamos como magos?

—Creo que está siendo demasiado detallista —opinó Marcos y su voz traslucía algo de duda.

Úrsula no pareció notarlo, pero los ojos de Perla brillaron momentáneamente antes de apartar la mirada del hombre y volver a clavarla en su rival.

—Esto no quedará así —dijo Perla con altivez—, elevaré una queja formal.

Se dio la vuelta con gran teatro y se alejó a grandes zancadas. Úrsula se encogió de hombros.

—No te preocupes —la tranquilizó Marcos—, quedará en la nada. —Sonrió temblorosamente—. ¿Por qué no vamos a festejar tu graduación? Estoy seguro de que, con este resultado, quedaste primera en tu clase en el recuento general.

—Espero que sea así —sonrió Úrsula—, trabajé mucho por ello. Aunque tendré que declinar la cena de esta noche, prometí a mi padre que lo haría con él. Tal vez podamos tomar algo antes, ¿te parece? Déjame que primero me bañe y me cambie.

—Me parece bien, te espero en las puertas de la Academia en una hora.

Úrsula asintió y se encaminó en la misma dirección en que se había ido Perla minutos antes.

En el camino, se cruzó con casi todos los estudiantes de la Academia. Algunos la felicitaron. La mayoría la esquivaron y hablaron entre ellos en apresurados murmullos. Úrsula los ignoró y se mantuvo aparte. Una vez que se adentró más en el interior del edificio, los pasillos comenzaron a vaciarse.

Diez años atrás, había atravesado esos mismos pasillos de la mano de su padre. Él cojeaba a su lado mientras le explicaba lo que veía a su alrededor.

—Esta es la Academia más pequeña de magia, ¿sabes por qué?

—Porque estamos en el menor de los reinos de la región —dijo la

niña con voz monótona, como si estuviera leyendo la frase de un libro que tuviera enfrente.

Su padre asintió.

—Así es, no todos los estudiantes consiguen obtener una habitación aquí, Úrsula. ¿Sabes quiénes lo hacen?

—Los que consiguen las mejores calificaciones.

—Sí, y sé que tú serás una de ellas, no hay otra opción. Como en el resto del reino, el alumnado aquí, aunque pequeño, es altamente competitivo. ¿Lo harás, Úrsula?

La niña asintió con el ceño fruncido.

—La competición es un juego muy difundido en este reino —continuó su padre mientras avanzaban muy lentamente por los cortos pasillos—, tanto que las clases sociales se desdibujan y solo se aprecia al último ganador de lo que sea. ¿Lo entiendes?

—Debo ser la ganadora —concluyó la pequeña Úrsula—, siempre.

Su padre la miró con fijeza, se habían detenido frente a una de las pocas ventanas que daban al exterior. Allí enfrente se alzaba el pequeño templo del reino.

—A veces puede ser muy dura para una mujer esta lucha constante, por eso tú no solo te entrenarás en magia, sino que también aprenderás a luchar como los hombres.

La niña alzó el rostro confuso hacia su padre.

—Con golpes y espadas.

Úrsula tembló, pero asintió, aunque luego titubeó.

—No sabía que las mujeres podían hacer eso.

—No hay muchas que lo hagan —dijo con dureza su padre—, aunque deberían.

—¿Mami? —susurró la niña.

Pero el hombre que se erguía junto a ella la ignoró. Se había vuelto hacia la ventana. La pequeña Úrsula aventuró otra pregunta.

—¿Los hombres del templo también vienen aquí?

Su padre sonrió con desprecio.

—No, ellos no importan, son un templo pequeño y aislado, nunca se mezclan con los demás. —Frunció el ceño—. Están tan recluidos que ni siquiera mantienen el contacto con sus hermanos en otros reinos.

—¿Los magos nos juntamos con los de otros reinos?

El hombre despegó la vista de la ventana y retomó su caminar por el pasillo, llevando de la mano a su hija.

—No mucho, a veces algunos de ellos quieren colaborar, aunque lo que mejor hacemos nosotros es competir. —Sonrió—. No nos entendemos mucho, pero estoy seguro de que les ganaríamos, siempre, somos más fuertes.

La niña asintió y siguió caminando por los pasillos, con una última

mirada hacia atrás, a la ventana.

Ahora se veía igual que en ese momento, con el pequeño templo que asomaba del otro lado. Sin embargo, la nueva Úrsula ignoró todo esto y se dirigió a su habitación por un cambio de ropa antes de ir hasta el baño.

El lugar ya había comenzado a llenarse de gente. Úrsula eligió una de las duchas de las esquinas, alejada de la puerta, pero con el resto del recinto visible desde allí. No pasó mucho tiempo antes de que Perla y el grupo de chicas que la seguían a todos lados entraran en los baños. La joven se dirigió directamente hacia Úrsula, aunque se detuvo unos pasos antes de alcanzarla.

—Te crees muy importante, ¿no? —Perla se cruzó de brazos.

Úrsula le sostuvo la mirada, a la vez que se mantenía erguida, aun cuando se enfrentaba desnuda a varias chicas vestidas.

—Solo hice todo lo necesario para ganar, fui mejor, no hay nada más que explicar.

—¡Pero yo sí creo que debes dar explicaciones! —Elevó la voz Perla y agitó un papiro en su mano.

Úrsula se tensó.

—No puedes hacer eso, estoy indefensa.

—Se siente mal estar en desventaja, ¿no? —sonrió—, pues tal vez sea hora de que lo sientas en carne propia.

Arrojó el papiro y comenzó a reírse antes de que este explotara. Úrsula intentó mantenerse fuera del alcance mientras se oía un coro de risas llenar las duchas. Dudó, no había muchos lugares a donde ir y detrás tenía la pared. Se echó al suelo, hecha una pelota, y se cubrió la cabeza.

Para cuando hubo terminado el efecto del hechizo, Perla y su grupo se habían ido. Úrsula intentó ponerse de pie y tuvo que sostenerse de la pared húmeda.

—Espera —dijo una muchacha a su lado.

Úrsula entornó los ojos.

—¿Sara?

—Sí —sonrió la muchacha—, solo será un momento.

Se fue corriendo hacia otro extremo de la habitación y volvió enseguida con un bolso en la mano. Sacó unos papiros de curación y, poco después, Úrsula volvía a respirar con normalidad.

—Gracias.

—No hay de qué, aunque la pierna estará resentida aún unas horas —dijo Sara y bajó un poco el volumen de la voz—. No me gusta Perla ni sus amigas.

—No son algo de qué preocuparse. —Sonrió Úrsula, ya totalmente recuperada—. Es solo que no esperaba que me atacaran así, en este momento.

—Si pueden atacar así, entonces sí son algo de qué preocuparse —dijo Sara y la despidió con un gesto.

Úrsula frunció el ceño y se quedó pensativa mientras Sara se alejaba. Aunque luego sacudió la cabeza y terminó de bañarse con rapidez.

Cuando llegó a la puerta principal de la Academia, Marcos ya la estaba esperando.

—Estás cojeando —fue lo primero que dijo—, no recuerdo que te lastimaras durante el enfrentamiento.

—Es solo un tirón —dijo Úrsula con la mirada esquiva—, ya pasará.

Marcos pareció dudar, pero asintió al fin.

—Vamos, la segunda ronda es gratis antes de las ocho.

—Eso suena bien —sonrió Úrsula—, aunque todas las mías deberían ser gratis.

—La juventud, realmente, se abusa.

Úrsula rio con voz ronca.

Una hora después, Úrsula estaba en la casa de su padre. Se quedó unos segundos respirando lentamente frente a la puerta y luego dio un solo golpe sobre ella. Su padre le abrió casi al instante, como si hubiera estado esperando detrás, la saludó con un seco asentimiento y luego regresó a lo que fuera que estuviera haciendo.

Úrsula entró conteniendo la respiración y cerró la puerta tras ella.

—Ya debo irme —le había dicho a Marcos, muy poco tiempo después de haberse sentado a la mesa con él.

Su tutor la había mirado sin el menor asombro. Estaban acomodados en una de las esquinas del bar, junto a una de las muchas ventanas que se abrían en las paredes. Una suave brisa circulaba en ese sector.

—¿Ni siquiera el día en el que te gradúas?

—Ya sabes cómo es. —Úrsula dejó que sus labios formaran una leve sonrisa—. El horario de comida se cumple estrictamente en casa.

—Aun cuando ya no vives allí.

—Aun cuando ya no vivo allí —asintió Úrsula—, los días de visita son lo mismo. Padre exige que se respeten las normas.

—A rajatabla —murmuró Marcos y sus dedos se hundieron en el vaso que tenía entre las manos.

—Pensé que en eso estabas de acuerdo con él —Úrsula tomó un trago—, en eso y en otras cosas.

—Sí y no —dijo Marcos y paseó la mirada por el pequeño bar.

Casi todos los asistentes de esa noche eran jóvenes magos de la Academia. Hacían más barullo que una jauría. Aunque no podía negárseles el festejo, luego de tantos años de duro esfuerzo.

Marcos miró a su pupila.

—Hugo a veces es demasiado… inflexible. —Hizo una mueca—. Espero que ahora te concedas un pequeño descanso.

—Pequeño. —Úrsula sonrió y se puso de pie—. Nos vemos mañana.

La taberna a la cual había ido con Marcos no quedaba lejos de su casa. Nada quedaba lejos de ningún lado en ese pequeño reino. Y Úrsula había llegado a su destino en el tiempo estipulado.

Entró con cierta rigidez y echó una breve mirada a la espalda de su padre antes de ir hacia un rincón de la sala. Allí se lavó las manos y se humedeció un poco el rostro antes de sentarse a la mesa. Era una casa pequeña, solo tenía dos habitaciones además del comedor, que estaba unido a la cocina. En general, estaba en bastantes buenas condiciones, aunque algunas partes del piso y otras de las paredes comenzaban a necesitar algún cuidado extra.

Su padre sirvió la magra cena en sendos platos de madera y luego se sentó frente a ella. La única bebida era un jarrón de agua clara y fría.

—Escuché los resultados. —Erguido y con los brazos sobre la mesa, a ambos lados del plato, la miraba de frente—. Se dice que quedarás primera en tu clase.

—Es lo que espero, padre.

—Es la única opción que hay —sonrió y empuñó su tenedor—; aunque sabemos que no lograrás nada menos, no tú.

Úrsula sonrió, pero el gesto no le duró mucho. Ella también comenzó a comer.

—Los reclamos de esa muchacha no tienen fundamento.

—¿Cómo sabes…? —Levantó la mirada hacia él.

Su padre enarcó las cejas.

—Hay que estar al tanto de todo, Úrsula, eso te lo he dicho siempre y creo que es ahí —la señaló con el tenedor— donde puedes fallar.

Úrsula aferró los cubiertos que tenía en las manos e inspiró con fuerza, aunque sin hacer ni un solo ruido.

—Estoy seguro de que no dejarás que pase.

—No, padre.

Comieron en silencio unos minutos más antes de que Hugo continuara con la conversación con total desenfado.

—Si esa chica no estaba preparada, es su culpa, no tiene nada de qué quejarse.

—No, padre.

El hombre tomó un largo trago de agua y apoyó el vaso con fuerza sobre la mesa. Úrsula ni se inmutó.

—¿Qué dijo Marcos?

—Está confiado con el resultado.

—Claro —asintió—, no esperábamos otra cosa.

Úrsula titubeó un segundo y luego siguió comiendo. Al principio con rapidez, pero después sus movimientos fueron más lentos. Solo había bastado una breve mirada de su padre para que se diera el cambio.

—¿Cuándo visitarán al oráculo?

—Todavía no tenemos turno.

Su padre inspiró. Úrsula se tensó y dejó de comer, un bocado quedó a medio camino hacia su boca. Apoyó el cubierto sobre el plato y tomó un trago de agua.

—Es una demora innecesaria, no sé por qué esperan tanto. Muchos no saben qué hacer en ese tiempo.

Úrsula tomó otro trago y luego recogió el tenedor, que esa vez continuó su viaje. Ella masticó con lentitud antes de volver a hablar.

—Son solo unos días.

—Es tiempo para holgazanear —dijo él con severidad y clavó la mirada en su hija.

—Marcos tienen un encargo, lo acompañaré.

—Bien, me gusta ver que mi hija no es una perezosa. —Úrsula sonrió y se irguió levemente en su asiento—. Claro que no esperaba menos de ti.

Úrsula apretó los labios un momento y después siguió comiendo. Volvió a tomar otro trago de agua, como si necesitara ayuda para hacer que los bocados de su cena bajaran por su garganta.

La cena no se extendió mucho más. Hugo hizo alguna que otra pregunta más relacionada con sus estudios y su entrenamiento y luego la animó a volver a la Academia y no interrumpir su trabajo.

—Si te detienes un solo momento, los demás te pasarán por encima. Recuérdalo siempre, solo uno puede ir a la cabeza.

—Lo sé, padre —asintió Úrsula—, no te preocupes por mí.

Su padre asintió otra vez, con un corto movimiento rígido que parecía más un tic.

—No tengo que hacerlo, sé que no fallarás, no puedes hacerlo.

—No, padre.

Él dio otro golpe seco con la cabeza y se puso de pie con un movimiento ágil. Sin embargo, cojeó hasta la puerta. La abrió de un solo tirón y se quedó parado allí.

—Ven a verme cuando hayas recibido tu destino, entonces ya sabremos cómo continuar con tu educación. —La observó mientras ella se ponía de pie y se acercaba a él—. Probablemente, tengamos que dejarlo de lado. Yo lo hice con el mío y no sucedió nada.

Úrsula vaciló, sus labios temblaron como si una pregunta estuviera empujando detrás de ellos, tratando de escapar.

—Sí, padre. —Fue todo lo que dijo antes de atravesar el umbral y

que la puerta se cerrara a sus espaldas.

La noche ya estaba instalada cuando emprendió el camino de regreso a la Academia. Las pocas luces de la calle hacían que los ruidos de sus pasos rebotaran en todas las paredes y volvieran hacia ella en un eco interminable. A lo lejos, se oían los gritos y las risas de jóvenes festejando sus logros. Ella rumió los suyos en silencio mientras caminaba sola de regreso a su habitación.

A la mañana siguiente, Úrsula se levantó temprano, como impulsada por la costumbre.

—No importa que las clases hayan terminado —murmuró para sí como un mantra mientras se vestía—, la rutina debe ser la misma.

Se dirigió al gran patio central donde se hacían las reuniones y exposiciones. Ocupaba la mitad del tamaño de la Academia y nunca estaba vacío por mucho tiempo. Excepto tal vez por esa mañana, cuando Úrsula lo encontró completamente desocupado.

Ignorando este hecho, comenzó con un poco de ejercicio como calentamiento. Algunas rondas alrededor del patio y luego unas flexiones, antes de comenzar a practicar con la espada.

Después de una hora, se oyeron pasos que se acercaban a ella, pero Úrsula no se desconcentró de su movimiento hasta terminar con la secuencia. Cuando concluyó, dejó que su respiración volviera a su cauce normal antes de volverse. Sin embargo, la persona a su espalda no estaba dispuesta a esperar tanto.

—¿Estás segura de que deberías estar haciendo esto?

Úrsula se volvió para enfrentar al muchacho que había hablado. Era un joven de su misma edad, algo descuidado en el vestir y con una expresión placentera en el rostro que animaba a confiar en él.

—Claro que sí, no hay que perder el entrenamiento.

—Me dijo mi hermana que ayer sufriste un golpe bastante fuerte. —La mirada del muchacho se desvió hacia la pierna de ella.

—Sara exagera —bufó Úrsula y volvió a asir la espada con ambas manos.

—De todas formas, me gustaría que lo tomaras con calma.

Úrsula bajó los brazos y suspiró.

—Ustedes, los sanadores, son muy quisquillosos.

El muchacho sonrió y dejó que su cuerpo se relajara. Se acercó un poco más a Úrsula. Todavía eran las únicas personas en el enorme patio.

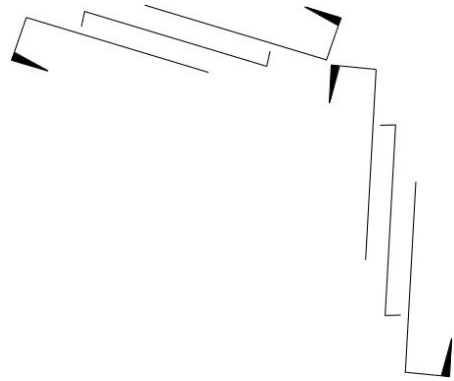
—Ayer te vi en la confrontación, estuviste excelente.

Úrsula sonrió.

—Aunque tal vez golpeaste a algunos —él vaciló un instante— demasiado fuerte.

El rostro de Úrsula se volvió serio y miró de frente al muchacho. Todavía aferraba la empuñadura de la espada, aunque la punta

apuntara hacia el piso.



Capítulo II

—Era una pelea, Julián.

—Pero no una de verdad. —Él sonrió.

—Por eso ninguno de ellos está herido de gravedad. —Úrsula se relajó y sonrió a su vez.

Julián negó con la cabeza, sin perder su sonrisa.

—Vamos a desayunar. —Le hizo un gesto leve con la mano—. Si vas a entrenar, debes alimentarte bien.

Úrsula, que había comenzado otra vez con el ejercicio, volvió a detenerse. Vio que, por fin, comenzaba a llegar gente al patio.

—Está bien —dijo recogiendo sus cosas—, pero primero me daré una ducha.

—Te esperaré fuera de los baños.

—No podrías hacerlo dentro.

El muchacho se sonrojó levemente y ella volvió a sonreír.

Caminaron lado a lado en silencio. Todos los que pasaban a su lado los observaban, sobre todo a Julián.

—Nunca entendí por qué alguien como Julián se preocuparía por alguien como… ella —dijo uno de los alumnos al verlos pasar.

Úrsula ni siquiera pestañeó.

—Es extraña tu amistad con Julián —había comentado Marcos cuando se había enterado.

—¿Por qué?

Su tutor se había encogido de hombros.

—Tienen caracteres muy diferentes.

Úrsula había asentido sin darse cuenta y las palabras habían brotado de sus labios mientras su mirada estaba perdida.

—Es una de las pocas personas que tolero sin esfuerzo. No es invasivo ni tampoco suele emitir juicios sobre las demás personas. Su

única motivación es ayudar a la gente y acude allí donde nota una necesidad. —Su voz bajó hasta casi un susurro—. A veces me pregunto si esa será la razón por la cual se acerca a… —Sacudió la cabeza—. Sus motivaciones son simples y creo que eso le da un tipo extraño de fuerza.

Marcos la había mirado con intensidad luego de esa declaración, pero no había hecho ningún comentario. Solo le había indicado el ejercicio siguiente.

Úrsula observó el perfil del muchacho que caminaba a su lado.

—Tal vez sea una necesidad suya la que intenta cubrir —murmuró —, tal vez…

Entonces se detuvo brevemente, cerró los ojos un segundo, y continuó caminando. En la puerta del baño de mujeres, se encontraron con Sara. Úrsula miró de uno a otro con sospecha.

—¿Cómo estás? —preguntó la joven, con una sonrisa idéntica a la de su hermano.

—No podría estar mejor —murmuró Úrsula mientras pasaba a su lado.

Sara la siguió hasta las duchas.

—¿Vas a bañarte también? —Enarcó las cejas Úrsula.

—En realidad, ya lo hice, pero te espero.

Úrsula abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Es inútil discutir con ninguno de ustedes. —Sacudió la cabeza mientras se desvestía—. Solo asienten con una sonrisa y se empecinan en hacer lo que ya han decidido, ¿no es así?

Sara le sonrió con ojos brillantes y asintió una sola vez, antes de sentarse a esperar.

Úrsula se dio una ducha rápida, se puso la ropa limpia que había llevado en un bolso y dejó la sucia allí. Luego, antes de ir hacia el comedor, pasaron por su habitación para dejar el bolso y su espada.

Iba flanqueada por Julián y Sara y los estudiantes seguían volviéndose para verlos cada vez que pasaban al lado de alguno. Úrsula hizo una mueca y aceleró el paso. Cuando llegaron al comedor, lo encontraron parcialmente desierto. Aún parecía ser demasiado temprano para todos los estudiantes que habían terminado las clases el día anterior.

Se sentaron a una de las puntas de las largas mesas luego de servirse los platos de comida y el café.

—Esta tarde publican las calificaciones —informó Sara, que era la que más hablaba de los dos hermanos— y un poco después, las citas con el oráculo.

—Bueno —dijo Úrsula luego de tragar un enorme bocado—, no creo que haya dudas sobre el destino de ustedes dos.

Julián frunció levemente el entrecejo.

—No siempre lo que uno desea o por lo que uno siente inclinación es su destino.

—Yo creo que sería tonto que tu destino fuera otro más que el de un gran sanador cuando se nota que naciste para ello.

El rostro de Julián resplandecía.

—Gracias.

—Yo opino lo mismo —dijo Sara—, pero espero que, en ese gran destino, haya un lugar para otra sanadora. Solo me queda un año antes de graduarme.

—No te preocupes —sonrió Julián con cariño—, estoy seguro de que estás destinada a grandes cosas.

Úrsula los observó mientras se sonreían.

—Creo que nunca voy a acostumbrarme a esa muestra de amor fraternal.

Los hermanos la miraron, desconcertados.

—Todos los demás hermanos que conozco viven peleándose entre sí. —Tomó un largo trago de café—. Estoy segura de que, si tuviera un hermano o hermana, no haría más que discutir todo el tiempo con él o ella.

—No puedes saber eso —dijo Julián—, yo creo que serías una excelente hermana; sobre todo, una hermana mayor.

Úrsula se sonrojó levemente y luego sacudió la cabeza.

—No, ustedes son distintos. Todos en la Academia lo saben, son un caso especial.

Julián sonrió con un leve rastro de condescendencia mientras negaba lentamente con la cabeza. Su hermana sonrió a su vez y ambos compartieron una mirada.

Úrsula los observó otra vez.

—Así que aquí está la tramposa. —Sonó la voz chillona de Perla sobre ella.

Úrsula inspiró y tomó otro bocado.

—¿Saben? —prosiguió Perla dirigiéndose a Sara y Julián, especialmente a este último—, no hacen bien sentándose con ella, dañará sus reputaciones.

—Creo que exageras. —Sonrió Julián—. Además, nunca vi que Úrsula no cumpliera con las reglas.

Perla apretó las mandíbulas.

—Ayer no lo hizo.

—¿Todavía continuas con eso? —Se volvió Úrsula hacia ella—. Creo que es hora de que lo superes.

—No superaré que sigas engañando a todo el mundo. —Su mirada se desvió brevemente hacia Julián—. Eres una gran mentira y yo te expondré ante todos.

Se miraron fijamente durante un minuto. Luego Perla se

recompuso, arregló su cabello y le habló a Julián con una sonrisa.

—Lo digo por tu bien, no me juntaría mucho con ella.

Se alejó seguida por su séquito.

—Es una chica extraña —comentó Julián.

Úrsula se rio con su voz grave.

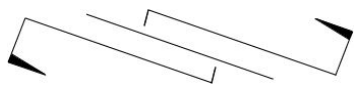
—Aquí estás —dijo Marcos mientras se sentaba su lado—. Es bueno que estés levantada temprano. Hoy tenemos que hacer un encargo.

—Creía que era en unos días. —Frunció el ceño Úrsula.

—Ese es otro, esto es algo pequeño, dentro del reino, en el distrito comercial. ¿Estarás lista en una hora?

—Por supuesto.

—Perfecto —dijo y concentró su atención en la bandeja que había puesto frente a él.



UNA HORA DESPUÉS, estaban saliendo de la Academia. La zona comercial no se encontraba muy lejos de allí y se situaba al lado del barrio que albergaba a las familias más acomodadas del reino.

Apenas unos pasos más allá de la puerta principal de la Academia, Úrsula se detuvo y observó a aquellos que se acercaban a pedir comida al templo. Solo unos pocos hermanos estaban fuera repartiendo y ninguno dejaba ver su rostro.

—Cada vez hay más —dijo Úrsula en un susurro, con la mirada pegada a las filas de gente que esperaba su ración.

Marcos se volvió en aquella dirección y solo les dedicó una breve mirada antes de animar a Úrsula a ponerse en camino con un leve golpe en el brazo.

—Siempre vienen a esta hora.

—Lo sé —Úrsula lo siguió—, pero creo que cada vez son más.

—No, es lo de siempre, lo que sucede es que no estás acostumbrada a verlos todos los días.

—¿Uno se acostumbra? —Enarcó las cejas Úrsula.

—Lamentablemente, sí.

—¿No deberíamos estar haciendo algo?

Marcos sonrió.

—Nosotros no somos como la Orden de la fe; sin embargo, ayudamos con donaciones y nuestros sanadores atienden gratis algunos días. Hacemos lo que podemos.

Úrsula se mordió el labio y miró a las personas una última vez, antes de doblar hacia un sector con casas más grandes y limpias.

—Es que no parece justo.

—¿Y quién dijo que lo fuera? —Enarcó las cejas Marcos, su voz se elevó visiblemente al final de la oración—. El mundo es así, altamente competitivo, si no tienes lo necesario…

—Lo sé, pero… si aun cuando te esfuerzas todo lo posible, no lo consigues, ¿no tienes derecho a alguna ayuda? Y si tú eres más fuerte que los demás, ¿no tienes la obligación de ayudar?

Marcos suspiró.

—A veces haces cada pregunta.

Úrsula se frotó la nuca.

—No están mal —se apresuró a continuar su tutor—, pero tienes una visión tan idealista del mundo, de lo que debería ser.

—Es que creo que…

—Que el mundo debería ser de otra forma, ¿no? —sonrió Marcos con un dejo de tristeza—, ¿tu visión del mundo? Todos los jóvenes piensan así, pero las cosas son como son por una razón.

—¿Cuál? —La voz de Úrsula sonó beligerante.

Marcos suspiró y dejó caer los hombros, como si un gran peso se hubiera posado sobre ellos.

—Que nada es tan simple como parece desde lejos, porque las personas no lo son. No son una ecuación para la cual puedes encontrar una fórmula perfecta. Y a veces, es mejor dejar las cosas como están.

—¿No hacer nada? —Úrsula sacudió la cabeza de un lado a otro.

—En efecto. Sobre todo, si no se está seguro de si lo que se hará causará incluso más daño.

Úrsula frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo, creo que hay una forma mejor, si yo pudiera…

—¿Qué? ¿Esculpir el mundo según tu ideal?

—¿Por qué no? Se puede hacer un lugar más justo para…

—Úrsula —Marcos se detuvo y la obligó a ella a hacer lo mismo, la miró de frente con intensidad—, nunca lograrás imponer una visión, al menos no de un modo en que esté bien. Nadie lo ha logrado. —Su expresión se relajó un poco—. Además, un mundo más justo no es necesariamente uno más bueno.

Úrsula suspiró.

—No te preocupes, con el tiempo comprenderás. Como dije, todos los jóvenes creen que tienen la solución a todos los males, pero no es tan fácil. Lo cual no quiere decir que no puedas ni debas hacer algo al respecto.

Úrsula asintió, aunque su rostro mostraba que no estaba tan convencida. Marcos retomó el camino y ella lo siguió.

Se acercaban al barrio comercial y comenzaron a cruzarse con más gente, alguna costosamente vestida. A Úrsula le llamó la atención una mujer que caminaba unos pasos detrás de su marido y con el

semblante sombrío. Se quedó observando lo suficiente para que su tutor también mirara en esa dirección.

—Allí tienes un ejemplo —dijo Marcos y Úrsula se sobresaltó al escucharlo a su lado.

—¿Ves a esa mujer? Elegantemente vestida, cualquiera diría que no le falta nada. ¿Qué dices tú?

—Que su marido no la trata bien, esa es mi impresión.

—¿Lo ves?, las cosas no son tan simples.

—Eso no significa nada, ella…

Marcos levantó una mano.

—No lo tomes todo tan literal, me refiero a que ella tiene las necesidades básicas cubiertas, pero aún falta más. Ves a los pobres que piden comida y seguramente piensas que con darle comida se soluciona, pero detrás de esa necesidad, hay otras. Y la sociedad termina siendo demasiado compleja para soluciones fáciles. A veces no queda otra opción que ir de a poco, no forzar los cambios.

Úrsula echó una última mirada a la mujer de rostro angustiado y se apresuró a alcanzar a su tutor. Su propio rostro permaneció pensativo durante unas cuantas cuadras más, antes de que sacudiera la cabeza como un perro se quita el agua y se dirigiera a su tutor.

—¿Cuál es el encargo?

Marcos pareció relajarse frente al cambio de tema. Recuperó su postura erguida y el vigor de sus zancadas.

—Es muy simple: un comerciante necesita una escolta hasta las afueras del reino, donde se encontrará con otro para una transacción.

—¿Solo hasta las afueras? —Frunció el ceño Úrsula—. ¿Escolta para transitar dentro del reino?

Marcos enarcó las cejas.

—Creo que estás entrenando demasiado tiempo dentro de la Academia. Debes salir más y ver la realidad de tu propio reino. —Se detuvo frente a un edificio de dos plantas—. Ah, es aquí. Espera fuera y permanece atenta a cualquier movimiento sospechoso.

Úrsula asintió y se quedó paciendo delante de las puertas por las cuales había ingresado Marcos.

Las calles estaban concurridas para esa hora de la mañana, aunque eran solo comerciantes, las familias acomodadas no salían hasta más tarde. Úrsula observó las idas y venidas de todas las personas de esa área, las cuales parecían llevar una vida bastante ajetreada. Siguió con la mirada a alguno que otro que le llamó la atención, pero ninguno parecía interesado en ella.

Marcos salió poco después, seguido de un hombre pequeño y enjuto. Apenas si miró a Úrsula y se apresuró a caminar al lado de Marcos. Este le hizo señas a su pupila para que caminara detrás de ellos.

Viajar hasta las afueras del reino llevaba unas seis horas. El trayecto fue tranquilo durante la mayor parte. Cada persona que cruzaban parecía estar en su propio mundo. Luego de atravesar las murallas exteriores, siguieron andando un trecho más hasta dejar las últimas casas detrás.

Ya había pasado el mediodía y el sol estaba en lo alto. Úrsula iba atenta a los movimientos de Marcos, obviamente a la espera de una señal que le indicara que habían llegado. Fue entonces cuando sonaron pasos apresurados a ambos lados. Úrsula evitó uno de los golpes, pero el otro la alcanzó en el costado. Se oyó la explosión de uno de los papiros de Marcos y ella desenvainó la espada. La lucha duró solo unos minutos. Luego, jadeando, Úrsula miró a su tutor.

—No hay más —dijo Marcos mirando los cuerpos inconscientes a su alrededor.

El comerciante se había escondido detrás de unos árboles. Úrsula guardó la espada con lentitud.

—No te relajes —agregó Marcos—, todavía no sabemos dónde está la persona que hizo la compra.

—¿Era aquí el lugar de entrega?

—A unos doscientos metros.

Marcos fue en busca del comerciante y los arengó a seguir su camino. Una vez que llegaron al punto de encuentro, esperaron media hora antes de que Marcos enviara a Úrsula a investigar. No tuvo que caminar mucho; poco después de una colina, encontró los cuerpos de una pareja que tal vez antes iba distinguidamente vestida. La joven regresó junto a su tutor. El comerciante se veía cabizbajo, pero no hizo ningún comentario. Úrsula lo observó con un gesto de extrañeza en el rostro. El hombrecillo sonrió con una mueca.

—No me sorprende, pasa mucho últimamente.

—Vamos —dijo Marcos con tono cansado—, regresemos. Informaremos a la guardia para que se ocupe de los cuerpos.

El camino de regreso fue tedioso y solitario. Aun cuando se adentraron en el reino, las calles seguían vacías a su alrededor.

—Todavía es temprano —dijo Úrsula— para que ya haya menguado la actividad.

—Es la situación, muchacha —replicó el comerciante mientras miraba nervioso de un lado a otro.

Marcos le hizo señas para que no preguntara más. Ella enarcó las cejas, pero obedeció.

Apenas llegaron al que había sido el principio de su viaje, el comerciante entró en su tienda, se encerró y trabó la puerta.

—Eso sí que fue un viaje inútil —expresó Úrsula y negó con la cabeza.

—Fue un viaje pago —dijo Marcos— y nunca está de más

establecer contactos y estar conscientes de la realidad de tu entorno.

—No sabía que estaba tan mal.

—Algunas cosas han empeorado últimamente, como la seguridad —miró alrededor luego de decir aquello—, pero siempre hay épocas peores que otras.

Regresaron a la Academia a través de calles casi desiertas, aunque recién había caído el crepúsculo. El templo enfrente estaba en silencio y a oscuras.

Apenas entraron en la Academia, Úrsula se dirigió directamente hacia el comedor.

—Espera. —Marcos le hizo señas para que se desviara hacia un pasillo.

Allí estaba colocada la cartelera con las puntuaciones y las citas con el oráculo.

—Quedaste primera —sonrió Marcos—, aunque te bajaron unos puntos.

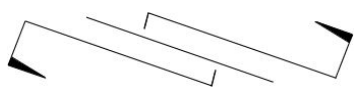
—¿Por qué? ¿Por Perla? —Úrsula se acercó a la cartelera hasta que su nariz casi la rozó.

Marcos inspiró.

—No importa —miró la otra cartelera—, tenemos cita mañana antes del mediodía.

Úrsula se había acercado a él y miraba hacia el mismo lugar.

—Bien —sonrió—, creo que no hubiera aguantado la espera.



ÚRSULA SE LEVANTÓ MÁS TARDE ESE DÍA. Incluso se quedó unos minutos en la cama, con la mirada fija en el monótono techo y la respiración lenta, sin duda pensando en su próxima cita.

—¿Qué es lo que está sucediendo? —preguntó una joven Úrsula en sus primeros meses en la Academia.

—Hoy comienzan las visitas al oráculo —le había dicho Marcos—. No es algo de lo que tengas que preocuparte todavía, debes concentrarte en tus objetivos uno a uno. Ya llegará el momento de pensar en el destino.

La niña seguía mirando con el ceño fruncido hacia donde se arremolinaba la gente.

—Es normal —Marcos suspiró—, cualquiera que recibe la noticia de que posee magia piensa automáticamente en el oráculo. —Tronó los dedos—. Esa sencilla consulta que les dirá su destino. Algo que mucha gente busca toda su vida y algunos nunca encuentran.

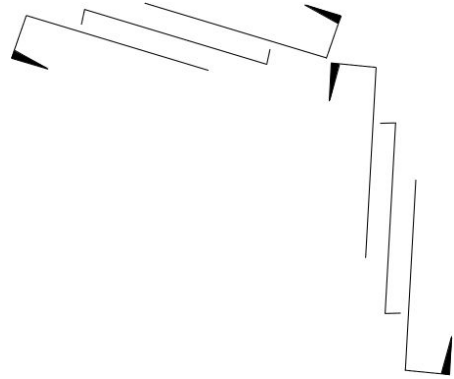
Úrsula se volvió hacia él, su frente atravesada por arrugas aún más profundas. Marcos rio.

—Pero esto no significa mucho para ti ahora, ¿no?, ni debería. Ya pensarás en ello a su debido tiempo, cuando hayas alcanzado la meta. Entonces, no quedará más que preguntarse lo que todos se cuestionan.

Úrsula parecía estar haciéndose esas mismas preguntas en ese momento, tendida cuan larga era en la sobria cama. Se demoró todavía un poco más antes de levantarse. Y ni siquiera le dirigió una mirada a su ropa y espada de entrenamiento mientras se vestía. Sencillamente, se lavó la cara, se acomodó el pelo, se cambió y fue en busca del desayuno.

El comedor estaba bastante concurrido, aunque fuera imposible llenarlo, ya que era el segundo lugar más grande después del patio. Algunos grupos de gente se centraban alrededor de aquellos pocos que ya habían tenido su visita, lo cual era obvio por los aires que se daban a la vez que mantenían los labios férreamente apretados. Úrsula los ignoró y se sentó junto a unos jóvenes que, a toda vista, tenían los nervios a flor de piel, lo cual indicaba que estaban próximos a su cita.

Úrsula comió con lentitud y esperó. Esperó hasta que Marcos fue a buscarla.



Capítulo III

PRIMERO, AGUARDARON EN UNA SALA de espera atestada. Cada alumno estaba allí con su tutor, apretujados alrededor de una habitación sin ventanas y de aire agotado. Después de casi una hora, los trasladaron a otra más pequeña. No hubo ninguna conversación en ese tiempo. Úrsula solo se dedicaba a mirar los rostros de los que salían, hasta que Marcos se dio cuenta de que ella había comenzado a golpear su muslo rítmicamente con su puño y le hizo señas para que se detuviera. En la pequeña sala, solo estaban Marcos, ella y otro alumno con su tutor. La puerta se abrió y un joven apresurado salió seguido por un mago con el ceño fruncido. El otro par que aguardaba con ellos en la sala entró sin intercambiar ni una sílaba. Úrsula y Marcos quedaron solos. Ella retomó el golpeteo contra su pierna y Marcos volvió a detenerla cuando vio entrar a la próxima pareja a la pequeña sala de espera.

Al final, fue el turno de ellos. Úrsula entró en una habitación vacía seguida de Marcos. Aunque supiera lo que debía esperar, la sorprendió la falta absoluta de muebles y ningún otro rastro en esa sala que no fuera la puerta por la que habían entrado. Marcos se quedó en una esquina y le hizo señas para que se parara en el centro. Úrsula se quedó allí esperando, sin saber bien hacia dónde mirar. Visiblemente muy desconcertada, al no tener un punto de referencia. La habitación se ensombreció un poco y se nubló a su alrededor. Úrsula miró hacia todos lados y abrió la boca para decirle algo a su tutor, pero este le hizo firmes señas para que se mantuviera en silencio. Ella se sobresaltó al escuchar una voz que llenaba la sala y que no se podía decir de dónde venía. Úrsula entornó los ojos, las primeras palabras sonaron indistinguibles. Solo se oyó con claridad la última parte: «Una de las tres que encontrarán el reino entre las nieblas».

—¿Qué? —dijo Úrsula y giró sobre sí misma en vano—. ¿Qué fue lo que dijo del reino entre las nieblas?

Pero la voz ya se había callado. La luz se hizo más brillante dentro de la habitación y Úrsula parpadeó con fuerza. Se volteó en busca de su tutor. El rostro de Marcos estaba pálido y los ojos, más abiertos de lo normal.

—¿Estás bien, Marcos?

Él asintió con torpeza.

—Debemos salir —murmuró y tomó del codo a Úrsula.

Fuera esperaban los próximos con cita para el oráculo. Marcos tiró de Úrsula y la obligó a evitarlos. Ni en esa sala ni en la siguiente alguien se asombró de su comportamiento. Ni siquiera en los pasillos parecían despertar más interés que unos cuantos susurros, que se dedicaban a todos los que rondaban las salas de espera para el oráculo.

Marcos, casi a rastras, la llevó hasta una de las habitaciones privadas de audiencia. La empujó dentro con algo de brusquedad, aunque su pupila no pareció notarlo. Marcos se apresuró detrás de ella y, apenas cerró la puerta, se quedó clavado en el lugar, como si no supiera qué más hacer.

—¿Marcos?

Ante la falta de respuesta, Úrsula se acercó a él y lo tocó en el hombro.

—¿Marcos?

El mago se sobresaltó.

Luego, pareció recuperar la compostura. Se frotó el rostro con la mano varias veces y después se desplomó sobre una silla. Suspiró.

—Estoy bien —murmuró con voz débil.

Úrsula se sentó en otra silla.

—¿Qué fue lo que pasó? La voz fue tan repentina que… —la joven se sonrojó levemente— creo que no oí la primera parte. —Sonrió—. Ahora entiendo por qué es necesario que vayamos acompañados.

Mantuvo la sonrisa unos momentos, pero su rostro recuperó la seriedad cuando vio la expresión de su tutor.

—¿Marcos?

Él negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué fue lo que dijo? —insistió Úrsula.

Marcos inspiró profundamente, una y otra vez.

—Dijo que eras una elegida —musitó y se mojó los labios resecos con la lengua—, que serías una de las tres que encontrarían el reino entre las nieblas.

Úrsula se quedó en silencio un momento y luego dio un golpe a la mesa. Marcos se sobresaltó.

—¡Eso es excelente! —Sonrió ella de nuevo—. Es la solución a lo

que sea que esté pasando, el reino entre las nieblas fue un reino grandioso.

Marcos frunció el ceño, pero su pupila no lo estaba mirando. Se había puesto de pie y ahora se paseaba por la pequeña sala.

—Más que reino era un imperio y con una magia mucho más poderosa. Eso sí es un destino increíble, estoy segura de que Perla no lo podrá igualar. —Se detuvo y se llevó un dedo a los labios, se dio unos leves golpes—. Aunque dijo que había otras dos. ¿Tú crees que ella podría ser una de esas?

—Yo no creo…

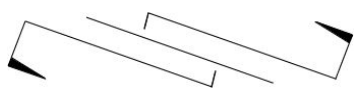
—No, yo tampoco —la muchacha de repente perdió algo de su felicidad—, pero no dijo cuándo, cuándo lo encontraría. ¿Tú qué crees, Marcos?

—Que no debes comentarle a nadie —murmuró.

—Tienes razón —asintió y luego inclinó la cabeza hacia un lado—. Solo se lo diré a mi padre.

Marcos abrió la boca, pero no logró que ningún sonido saliera de ella. La cerró y volvió a frotarse el rostro con la mano.

Úrsula seguía asintiendo en silencio, con la mirada perdida y una suave sonrisa en los labios.



ESA MISMA TARDE, Úrsula fue a la casa de su padre. Marcos había aludido a unas tareas pendientes en la Academia y se excusó de la visita.

Úrsula observó el templo cuando salió de la Academia, pero estaba silencioso en ese momento, casi parecía abandonado. Aunque las calles tenían más gente, incluso varios magos jóvenes se paseaban con expresiones que iban desde la relajación hasta la alegría, desde la preocupación hasta la miseria. Ella sonrió.

Su padre, Hugo, estaba en la casa. Le abrió la puerta de un tirón, en uno de sus brazos llevaba leña recién cortada. Le costaba bastante cojear de un lado a otro, pero cuando su hija le preguntó si necesitaba ayuda, él le lanzó una mirada que suprimió cualquier otro comentario. Úrsula se sentó a la mesa y esperó a que terminara. El hombre estaba muy habituado a su casa, como si pasara mucho tiempo en ella; la cojera solo entorpecía su andar, pero sus demás movimientos no tenían desperdicio. Úrsula miró con el ceño fruncido la leña cortada, pero se abstuvo de preguntar.

Cuando su padre terminó de ordenar lo que fuera que estuviera haciendo, preparó un poco de té y le pidió que le contara sobre el encargo del día anterior.

—No hay mucho que decir. —Se encogió de hombros Úrsula—. Aunque no sabía que estaba tan agitado el reino.

—No creo que esa gente sea de aquí —dijo su padre con desprecio en su profunda voz—. Últimamente, hay mucho movimiento entre reinos y también mucha gente que dice no pertenecer a ninguno de ellos.

—¿Vienen de sitios más lejanos?

—No lo creo, sencillamente, no son leales a nadie.

Úrsula tomó un sorbo de té e hizo una mueca. Volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—Nada de lo que no pudieras ocuparte, ¿no? —Enarcó las cejas su padre.

—Oh, eso no fue problema. —Frunció el ceño—. Pero cuando regresamos, no había gente en las calles y todavía era relativamente temprano.

—El mundo está lleno de cobardes —dijo su padre y rio—. No te preocupes, tú eres mejor que ellos.

Úrsula frunció los labios. Amagó con tomar un poco más de té, pero volvió a dejar la taza sobre la mesa antes de que llegara a sus labios.

—¿Qué más novedades tienes? ¿Cuándo visitarás el oráculo?

Úrsula apartó la taza, su rostro se iluminó.

—Lo hice esta mañana, eso es lo que venía a contarte.

—¿Esta mañana? ¿Y cómo es que recién vienes ahora?

—Creí… —dudó— que estabas ocupado.

Hugo suspiró.

—¿Qué te dijo?

Úrsula se demoró, se mordió levemente el labio y luego recuperó la compostura.

—¿No se lo dirás a tu padre? —Enarcó las cejas.

—Claro que sí, es solo que no debe saberlo nadie más.

—Por supuesto. —Su padre se veía ligeramente ofendido—. ¿Dónde está Marcos?

—Tenía algo que hacer en la Academia. —Úrsula hizo un gesto descuidado con la mano—. ¿Quieres que te cuente o no?

—Deja de dar tantas vueltas. —Sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Según el oráculo, soy una de las elegidas que encontrarán el reino entre las nieblas.

Hugo bajó lentamente la taza que había vuelto a llevar a sus labios.

—¿El reino entre las nieblas? —preguntó en un susurro.

Úrsula asintió. Hugo apoyó ambas manos sobre la mesa e inspiró con fuerza.

—¿Estás bien, padre?

Él cerró los ojos antes de contestar.

—No puedo decir que no sienta cierta envidia. —Úrsula se sorprendió. Su padre abrió los ojos y la miró con firmeza—. Es el destino que cualquier mago querría, cualquier guerrero, cualquier rey.

Úrsula volvió a sonreír y se irguió en la silla. Hugo dio un seco asentimiento con la cabeza.

—Tienes razón, no es algo que debas compartir con mucha gente, mejor si no es nadie —frunció el entrecejo— y tenemos que planearlo bien.

—El oráculo no dijo cuándo, pero supongo que, cuanto antes empiece a buscar, mejor.

—Sí —asintió su padre—, y ¿qué fue eso otro? ¿Una de las elegidas?

—Sí —se desinfló Úrsula—, dijo que sería una de las tres.

Hugo tamborileó los dedos sobre la mesa.

—No hay forma de saber si las otras dos recibieron ya su oráculo, tal vez ya estén en marcha. Sí, debemos ponernos en acción inmediatamente. ¿Dónde está tu tutor? ¿Cómo puede ser que eso no le parezca lo más importante en este momento?

—Creo que se asustó un poco. —Sonrió Úrsula.

Hugo lanzó un gruñido.

—Pues deberá recomponerse. Comenzaremos sin él.

Úrsula regresó tarde en la noche a la Academia. Buscó a Marcos en su habitación, aunque él no estaba allí. Hizo una breve pasada por el comedor y la biblioteca, pero tampoco lo encontró en esos lugares, los cuales estaban bastante vacíos. Los pasillos también se mostraban algo desiertos. Así que se fue a dormir.

Se levantó temprano a la mañana siguiente y, sin desayunar, se dirigió a la habitación de su tutor. No tocó a la puerta, sino que esperó allí hasta que Marcos apareciera, ya fuera que saliera o llegara.

El mago se sorprendió al encontrarla ahí cuando abrió la puerta y se deslizó sigilosamente hacia el pasillo.

—¡Úrsula! ¿Qué sucede?

—Tú lo sabes. —Sonrió y sus ojos se iluminaron—. Ayer hablé con padre y quiere que hoy nos juntemos temprano. Lo mejor será que salgamos de viaje lo más pronto posible.

Marcos esquivó la mirada y se llevó las manos a los bolsillos de su túnica.

—Me temo que hoy tengo otras tareas.

La expresión de Úrsula se desinfló e hizo que se viera más joven.

—Oh…, ¿cuánto te demorarás?

—No lo sé aún.

—Marcos, esto es importante, tú sabes lo que significa… —Úrsula

se calló de repente, otros aprendices se acercaban por el pasillo—. No podemos demorarlo. Ven a casa cuando termines, ¿sí?

Marcos hizo un gesto que podía tomarse por un asentimiento y se escabulló entre los estudiantes. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Úrsula —Julián apareció a su lado—, ¿cómo te fue ayer?

Las mejillas de la muchacha se colorearon y se irguió todavía más en su considerable altura.

—Excelente —sonrió—, ¿y a ti?

Antes de que Julián pudiera contestar, se escuchó un bufido a sus espaldas. Ambos se dieron la vuelta.

Perla miraba a Úrsula con la nariz fruncida, estaba sola.

—¿Qué tan especial puede ser el destino de una tramposa que ni siquiera tiene una familia apropiada?

Úrsula se mordió la lengua y después encajó las mandíbulas.

—Te sorprenderás —dijo entornando los ojos.

Perla se acomodó el largo pelo detrás de la nuca y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, lo que lograba que pareciera que la miraba por sobre la nariz, aunque fuera más baja que Úrsula.

—De eso no hay duda, pero también me reiré.

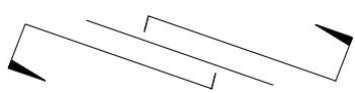
Úrsula apretó los labios otra vez, sus fosas nasales se expandieron.

—Sé lo que intentas hacer, pero no servirá. —Se volvió hacia Julián, quien no había dicho ni una palabra—. Tengo que irme —le dijo con algo de brusquedad.

—No te preocupes —agregó Perla, a quien Úrsula se esforzaba en evitar mirar—, queda en buenas manos.

Julián perdió un poco su sonrisa, pero seguía luciendo una expresión amable. Úrsula se apresuró a llegar a la casa de su padre.

Marcos nunca se presentó.



DESPUÉS DE AQUEL DÍA, pasaron tres días más en los que Marcos no parecía encontrar tiempo para juntarse con ellos. Solo una vez había acudido a la casa del padre de Úrsula durante media hora, en la que había tenido muy poco que decir y todavía menos que aportar. Úrsula había comenzado a sospechar y se empecinó en enfrentar a su tutor para que, como le había dicho a su padre, le explicara exactamente qué le sucedía. Su padre le había sugerido que lo olvidara y que se fuera sola de ser necesario; de todas formas, era su destino, no el de Hugo.

—Es la única persona que podría llevar conmigo, a la única a la que dejaría acompañarme. —Úrsula se había sonrojado ligeramente después de decir eso y dar una rápida mirada a su padre, quien no se

había inmutado.

—Pero a él no le interesa y, al final, siempre estamos solos.

Ella abrió la boca, pero luego la cerró y asintió.

Durante esos días, su padre había dado pocas muestras de que ella estuviera sola. No solo se había encargado de hacer la mayoría de los preparativos, sino que Úrsula se había asombrado de la cantidad de dinero de la cual estaba dispuesto a desprenderse para dicha empresa. Ya habían trazado algunos itinerarios posibles y esa tarde ella iría al centro a recorrer algunas librerías por mapas antiguos. Había sido la primera vez que escuchó a su padre quejarse, aunque fuera en un gruñido bajo, por la lesión que sufría.

Últimamente, pasaba tanto tiempo en su casa paterna que dormía allí otra vez. Como todavía no terminaban los oráculos, aún seguían de vacaciones los aprendices que habían terminado su entrenamiento. Era raro el sistema de turnos, a veces permanecía callado durante días, antes de continuar con otra tanda de predicciones.

Úrsula se acercó al distrito comercial después del almuerzo. Iba atenta a todo lo que sucedía a su alrededor y llevaba la espada consigo. Por un momento, creyó que la seguían y comenzó a dar unas vueltas para despistar a quien fuera que lo hiciera. Cuando le pareció que era suficiente, retomó su camino. Solo había tres librerías en el reino, una de ellas muy pequeña, así que no se demoraría mucho. Su padre le había dicho que no preguntara solo por mapas, que mantuviera la indagación con la mayor amplitud posible, así nadie sospecharía. Encontró la primera librería vacía. Los estantes estaban llenos de libros, pero nadie los recorría. Tampoco parecía que el dependiente estuviera en la tienda. Miró algún que otro estante al azar, con la ilusión de que estuvieran rotulados como en la biblioteca de la Academia. Se frustró al poco tiempo.

—¿Qué busca, jovencita? —Un hombre pequeño y encorvado había salido desde no se sabía dónde.

—Un regalo para mi padre —Úrsula se recompuso con rapidez—, le gustan los libros antiguos, tal vez alguno con ilustraciones o mapas.

El hombrecillo asintió. Se dirigió a una endeble escalera a la que subió con bastante torpeza. Úrsula se preparó para tener que agarrarlo si caía, pero el hombre regresó al suelo sano y salvo y con algunos libros bastante empolvados bajo el brazo. Los dejó caer pesadamente sobre el mostrador. Úrsula se acercó y comenzó a hojearlos. Todos estaban escritos en la lengua común, la que utilizaban todos los reinos antes, ahora se estaban comenzando a diferenciar y cada vez resultaba más difícil entenderse con gente de otros reinos. Se quedó con el libro que tenía más mapas y preguntó el precio. Casi se le cayó la bolsa de dinero al escucharlo. El hombrecillo lanzó una risita.

—¿Cuánto creía que costaban, joven? Son artesanales, no aparecen

por arte de magia.

—Claro —sonrió Úrsula, algo nerviosa—, eh…, me quedaré con este.

Le tomó un tiempo abrir la bolsa.

—Su padre lo apreciará, no lo dude.

Úrsula asintió y, con cuidado, lo colocó en su mochila. Salió de la librería con cautela y vaciló antes de visitar las otras. Su padre le había dicho que podía gastarlo todo, pero ella no se sentía cómoda con ello, no había dejado de sopesar la bolsa con dinero que le había dado Hugo. La cantidad suficiente para que varias personas se sintieran no tan seguras desprendiéndose de ella.

Mientras pensaba para sí, un escalofrío recorrió su cuerpo. Levantó la mirada y escudriñó a su alrededor, como si buscara a alguien. No vio a nadie. Se acomodó la mochila en el hombro y se encaminó hacia la segunda librería. Era mucho más limpia que la anterior y tenía libros más nuevos a la venta. La joven que atendía también se veía pulcra y algo apocada. Úrsula husmeó un poco bajo la distraída mirada de la muchacha y pareció decidir que allí no habría nada que valiera la pena. La joven no le hizo ninguna pregunta cuando se fue sin comprar nada ni hacer ninguna consulta.

Fuera de la tienda, otra vez parecía incómoda y no podía dejar de mirar alrededor, como si tuviera la sensación de estar siendo observaba. Esa vez aminoró el paso adrede, era obvio que dejaba que se le acercaran. Entonces, poco después de girar en una de las calles, volvió sobre sus pasos con rapidez, para encontrarse con el grupo de Perla, con aquella al frente. Úrsula se relajó un poco, pero echó una mirada a su espalda. No estaba rodeada. Apoyó una mano sobre el pomo de la espada y acercó la otra a un bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué estás haciendo en esta parte del reino? —Perla se cruzó de brazos.

—Puedo ir a donde quiera.

—No te alcanza el dinero para comprar nada de lo que hay en este lado.

—Fue a la librería —dijo una de las seguidoras de Perla.

—¿Libros? —sonrió—, ¿es ese el secreto por el cual te escabulles de la Academia para visitar al tullido de tu padre? —Se rio—. Realmente, no sabes siquiera cómo ser interesante.

—¿Entonces por qué me sigues? —Entornó los ojos Úrsula—. Es obvio que soy lo suficientemente *interesante* para ti.

Sus seguidoras miraron de reojo a Perla, pero ella se recompuso con rapidez.

—Yo voy a desenmascararte.

—Puedes hacer lo que quieras —se dio la vuelta Úrsula—, yo estoy ocupada.

Perla se acercó a ella y la agarró del brazo.

—No creas que vas a volver a salirte con la tuya.

—Es suficiente, Perla, ¿por qué no te ocupas de tu vida? ¿Qué te dijo el oráculo?

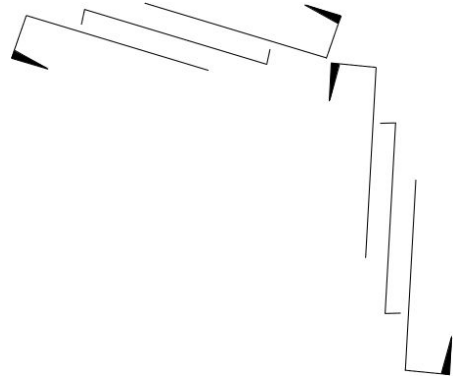
—Todavía no fue —comentó una de las seguidoras y Perla le lanzó una mirada asesina.

—Espero que vayas pronto —dijo Úrsula con exasperación—, así tienes algo útil que hacer.

Perla la agarró de la mochila y tiró de ella. Úrsula se volvió con rapidez y la golpeó en la mandíbula con el codo. Se escucharon los pasos de las otras chicas que se acercaban. Sin volverse a mirarlas, Úrsula lanzó el pergamino que tenía en el bolsillo y salió corriendo. Dio las suficientes vueltas para que sus perseguidoras se perdieran, en caso de que la estuvieran siguiendo otra vez. Cuando se sintió bastante segura, se detuvo. Sacó la nota que llevaba en el bolsillo, donde había anotado el nombre y la ubicación de las tres librerías. Frunció el ceño.

—Si saben que estoy visitando librerías —musitó—, ¿no me estarán esperando en la tercera?

Frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. Al final, se decidió y se puso en camino. Dio un rodeo para llegar a la librería, sin dejar de detenerse a cada rato para verificar a su alrededor. Observó el local desde fuera. Era pequeño y casi se diría que estaba acurrucado entre dos negocios más grandes. Después de mirarlo un rato, resolvió entrar.



Capítulo IV

DENTRO HABÍA MUY POCO ESPACIO PARA CAMINAR, los libros estaban apilados por todos lados, incluso el piso. Parecían muy viejos o tal vez era que estaban muy sucios. Úrsula husmeó en algunos y tuvo un acceso de tos.

—Hay que tocarlos con cuidado —advirtió una joven mujer, poco mayor que ella.

Úrsula asintió.

—¿Qué buscabas?

—Un libro de historia antigua, para mi padre.

La mujer sonrió.

—No hay que avergonzarse por tener un interés en la historia o en la lectura.

Úrsula se sonrojó.

—Revisa por aquí —le indicó la mujer—, el libro indicado te llamará.

—Uh…, claro.

Úrsula se acercó con incomodidad al estante. Su padre le había dicho que no se guiara por la intuición, que era tonto hacerlo. Pero allí, en un ambiente tan místico, parecía ser lo correcto y Úrsula cerró los ojos mientras pasaba los dedos por los libros. Se sintió atraída por uno pequeño, sin ilustraciones ni mapas.

—Es ese, ¿no? —La sorprendió la voz de la mujer, a su lado.

—Sí —dijo con seguridad y no pudo evitar comentar su sorpresa al notar lo barato que le salió.

—Es el precio justo —le había asegurado la mujer.

Cuando iba a salir, vio a una de las amigas de Perla merodeando por la calle. La joven caminaba con desgana, pero sería imposible evitarla.

—Por aquí —le indicó la vendedora y le señaló una puerta trasera.

Úrsula dudó.

—No hay problema, a no mucha gente le gusta admitir que estuvo aquí.

—No es eso…

La mujer sonrió.

—En esta ocasión tal vez no, pero te sirve.

—Gra… gracias.

La puerta daba a un estrecho callejón y luego a una calle trasera, en penumbras y solitaria. Úrsula la siguió hasta que desembocó en calles más conocidas.

Llegó a su casa para la cena.

Su padre no hizo ningún comentario cuando llegó, ni siquiera se había molestado en abrir la puerta. Sencillamente, le gritó que entrara y continuó preparando la cena. Úrsula aprovechó para lavarse un poco antes de la comida. Llevaba el pelo rubio corto, con lo que le resultaba fácil arreglarse. Se frotó la cara con una toalla y se miró al espejo durante un momento. Luego regresó a la sala, la cena ya estaba servida.

Después de comer, en un silencio algo tenso, repasaron las compras de Úrsula. Ella se veía nerviosa y su voz titubeó cuando dijo lo que le había costado el primer libro, pero su padre, otra vez, no hizo ningún comentario. Ella continuó con su relato, sin incluir lo sucedido con Perla, y él la escuchó con el ceño fruncido.

Cuando terminó, se quedaron en silencio un largo rato, mientras Hugo revisaba los libros que Úrsula había puesto sobre la mesa, frente a él.

—¿Cuál fue tu destino? —preguntó de repente ella.

Hugo continuó mirando el libro como si no hubiera escuchado durante un largo momento. Acarició la tapa y pasó un dedo por el lomo. Luego suspiró.

—Nada importante —murmuró.

—Pero…

—No tiene sentido hablar de eso ahora. —Hincó un dedo sobre el libro—. Esto es más importante.

Siguió otro momento de silencio, los cuales eran como pozos insondables y parecían separar a padre e hija por una distancia mayor a la de la mesa.

Úrsula tamborileó los dedos e hizo una mueca.

—No sé qué le pasa a Marcos.

—Ya te dije que te olvidaras de él —dijo Hugo sin levantar la vista, había abierto uno de los libros y miraba con atención cada página.

—Pero es mi tutor.

—No dirá nada, lo conozco lo suficiente para saber eso, pero

siempre tuvo una veta cobarde. No puedo decir que me asombre su actitud.

Úrsula observó el gesto severo de su padre, mientras este seguía estudiando las páginas del primer libro que había comprado ella.

—Fue un libro muy caro —dijo y cambió de tema otra vez.

Hugo cerró el libro de un golpe y alzó la mirada.

—¿Qué sucede? Creo que te crie para que dijeras las cosas de frente.

Ella se removió incómoda en su asiento.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí… —apretó los labios un momento—, pero no puedo dejar de preguntarme…

—¿Qué saco yo de todo esto?

Úrsula dejó escapar una sonrisa nerviosa y luego frotó las manos contra sus muslos. Hubo tamborileó los dedos sobre la tapa del libro.

—El reconocimiento, participar en el descubrimiento y, por supuesto, compartir cualquier magia o tesoro que encuentres allí.

Úrsula frunció el ceño.

—¿No crees que lo merezco? —preguntó con suavidad Hugo—. ¿Acaso lo quieres para ti sola?

—¡No! No es eso, es que… nunca te… —sonrojó—, te interesaste tanto por…

—¿Por…? —Entornó los ojos Hugo.

Úrsula se aclaró la garganta.

—Nunca pasamos tanto tiempo… juntos.

—Hice muchas cosas por ti, desde que naciste. —Suspiró—. Pensé que las apreciabas.

—Lo hago, es que…

—No creí que fueras de las que necesitaba una palmada en la cabeza como buena chica a cada rato, te di todo lo necesario para triunfar, ¿qué más puedes querer? Y nunca me fallaste.

—No pude —murmuró.

—¿Por qué querrías? —Elevó la voz Hugo.

—No es eso lo que quise decir, sino… —Úrsula se puso de pie y abrió y cerró las manos—. No sé lo que digo, estoy cansada, eso es todo.

—Entonces ve a descansar y continuaremos mañana temprano, tienes que estar concentrada en el objetivo.

Úrsula amagó con decir algo más, pero desistió y se acercó a la puerta de salida, aunque las noches anteriores las hubiera pasado allí. Miró una vez más hacia atrás. Su padre seguía sentado a la mesa, inclinado tensamente sobre el libro, que había vuelto abrir. Ni siquiera había amagado con levantarse para despedirse. Úrsula puso la mano en el picaporte. Cerró los ojos, suspiró y volvió hacia la mesa. Se sentó frente a su padre y abrió el libro más pequeño. Él no dijo nada, pero

relajó levemente los hombros.

Las hojas pasaban en silencio, una tras otras, al igual que los minutos. Las velas descendían en un chisporroteo silencioso. Úrsula alzó la vista varias veces, pero sin decidirse nunca a hablar. Hacía rato que estaba en la misma página del libro que estaba revisando.

—¿Qué sucede? —dijo su padre con cansancio, luego de un par de horas.

Úrsula se sobresaltó, Hugo no había levantado la vista y ni siquiera la estaba mirando en ese momento.

—Es que no entiendo este pasaje —vaciló y le tendió el libro por sobre la mesa.

Él hizo a un lado el suyo y recogió el pequeño libro con sus recias manos. Leyó la página que le había señalado su hija, moviendo los labios en silencio. Se quedó un largo rato observando la hoja amarillenta y después releyó el pasaje varias veces antes de sonreír.

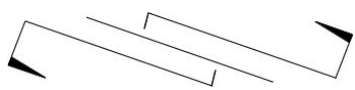
—Eso es interesante, creo que al fin encontramos una pista prometedora.

Úrsula se inclinó hacia delante.

Estuvieron hablando hasta pasada la medianoche, cuando su padre le dijo que podía quedarse a dormir, como las otras noches. Úrsula se relajó, ya nunca se quedaba sin invitación de por medio. Como si esa hubiera dejado de ser su casa el día en que se había mudado a la Academia.

Úrsula se retiró a la habitación que había sido la suya con paso cansado. Era un cuarto pequeño, con una cama desproporcionadamente grande. Su padre era tan alto como ella y había previsto, o tal vez intuido, que su hija heredaría ese rasgo.

La casa estaba en un silencio profundo, pero ella tardó en dormirse.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Úrsula se levantó temprano y abandonó la casa de su padre sin despedirse. La Academia estaba en silencio y parecía deshabitada. Las visitas al oráculo habían terminado la noche anterior y ahora todos se permitirían un día de descanso antes de continuar con los planes de su vida. Úrsula pasó por el pasillo donde todavía estaban colgadas las clasificaciones finales, se quedarían allí hasta que comenzara el próximo ciclo.

—Sabía que estarías levantada —dijo Julián, que había doblado en el pasillo en ese momento.

—¿Acaso me sigues? —preguntó Úrsula.

—No —sonrió—, es solo que hace mucho que no te veo

entrenando y eso es extremadamente raro.

—Estuve unos días con mi padre. —Hizo una mueca—. ¿Y tú qué haces levantado ya?

—En realidad, todavía no me acosté. —Se frotó la nuca—. Ayer a la tarde llegó un contingente de campesinos que necesitaban diversas curaciones.

—Te exiges demasiado.

Julián rio.

—Viniendo de ti, es muy grave ese comentario.

Úrsula sonrió.

—¿Cómo está Sara?

—Ella fue directo a la cama apenas terminamos, a mí se me ocurrió pasar primero por el comedor, ya que no pude cenar.

—Pues si quieres te acompaño, yo tampoco desayuné en realidad. No puedo demorarme mucho, estoy buscando a Marcos.

Se pusieron en marcha, lado a lado.

—No lo encontrarás aquí. —Pareció sorprenderse Julián—. Partió ayer por la tarde y dijo que no regresaría en todo un día.

Úrsula bufó.

—¿Sucede algo?

—Creo que me está evitando.

—¿Por qué haría eso? Siempre fueron muy unidos.

Úrsula abrió la boca y la cerró de golpe, habían entrado en el comedor.

—Ah —la voz Julián se convirtió en un susurro—, por eso. —Inspiró y sacudió la cabeza lentamente—. A veces, las relaciones se ponen tirantes después de…, ya sabes, pasa entre muchos pupilos y sus tutores luego del… —volvió a detenerse antes de decir la palabra — oráculo. No te preocupes, ya pasará.

—Es que no esperaba que reaccionara así… ¿Cómo te fue a ti?

La pregunta de Úrsula fue vacilante, como si tanteara la reacción del muchacho. El rostro de Julián se iluminó.

—Muy bien.

Ella dejó ir la tensión.

—Me alegro. —Sonrió.

Se sentaron a una mesa que estaba prácticamente vacía, frente a frente.

—Supongo que Sara estará muy orgullosa.

Julián se ruborizó.

—Oh, no —Úrsula se atragantó con el pan—, no quise decir que ella supiera, ni que debieras contarle, claro que no…, o sea…

—No te preocupes —sonrió Julián—, ella lo sabe —bajó la mirada — y está muy feliz por mí.

—Buenos días —saludó Perla y se sentó al lado de Julián luego de

apoyar su bandeja con fuerza sobre la mesa.

Úrsula frunció el ceño, miró alrededor, pero la joven parecía estar sola. Y había muchos otros lugares libres en el comedor.

—¿Qué sucede? —preguntó Perla—. ¿No puedo sentarme a desayunar?

—Después de lo que hiciste ayer —Úrsula se inclinó hacia delante —, no sé siquiera cómo te atreves a hablarme.

—No sé a qué te refieres. —Perla tomó un pequeño bocado de pastelillo—. ¿Quisieras contarme qué pasó?

Úrsula se puso de pie, su desayuno quedó casi sin tocar.

—Lo siento, Julián, tengo que dejarte, tengo otras cosas que hacer.

—¿En serio? —sonrió Perla—, ¿quieres compañía?

Úrsula frunció el ceño.

—No te preocupes —dijo Julián—, ya nos veremos más tarde.

Úrsula asintió y se dio la vuelta.

—Si buscas a tu tutor, no lo encontrarás. —Elevó la voz Perla—. Tal vez ande visitando librerías.

Úrsula apretó los puños, pero no se volvió.

Antes de dirigirse a su habitación, pasó por la de Marcos, pero era cierto que estaba vacía. Fue a la suya y la encontró como la había dejado, aunque no se molestó en revisar mucho. Las habitaciones eran privadas, pero con una cerradura poco fiable. Esa había sido la razón por la cual su padre había insistido en dejar los planes en su casa.

Úrsula tendría que volver en breve, solo había ido a la Academia con un objetivo y no podría cumplirlo. Sin embargo, antes de emprender el regreso, sacó su espada y fue a la arena de entrenamiento.

Después del almuerzo, todavía no había vuelto a la casa de su padre y seguía merodeando por la Academia. Había entrenado un rato más con la espada, luego de intentar en vano descubrir el destino de Marcos. Lo único que había logrado era cruzarse a cada rato con Perla, algo que no había mejorado el humor de Úrsula. Hacia la media tarde, por fin vio, a través de una de las ventanas, a su tutor acercándose a la Academia. Se ocultó cerca de uno de los pasillos que nacían en la entrada.

Marcos no había dado ni diez pasos dentro del edificio cuando Úrsula salió a su encuentro.

—Tenemos que hablar.

—Estoy ocupado.

—Tienes que dejar de evitarme —murmuró Úrsula acariciando el pomo de la espada que aún llevaba encima.

Marcos se tensó.

—¿Estás segura de que quieres seguir ese camino?

—Solo quiero hablar. —Alejó la mano y desvió la mirada, sus

mejillas levemente coloreadas.

Marcos suspiró.

—Está bien, vamos a mi habitación.

—No, a una sala. No quiero que nos escuche nadie.

Marcos la siguió de mala gana. Se cruzaron con varios magos y unos cuantos aprendices, ninguno de ellos era Perla.

Una vez dentro de la sala, Úrsula se volvió hacia su tutor y se cruzó de brazos.

—Perla me sigue hace unos días.

—Siempre le agradó inmiscuirse en los asuntos de los demás.

—Y tú me evitas.

—No lo hago, además de ser tu tutor, también tengo vida propia.

—No lo niegues, Marcos. —Úrsula descruzó los brazos y los puso en jarra, los puños cerrados—. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

Marcos la observó atentamente. Luego suspiró y se desplomó sobre una silla.

—No quería tener esta conversación —dijo en un murmullo.

—¿Qué conversación? —Frunció el ceño Úrsula—. ¿Qué es lo que sucede? Justo cuando más necesito tu colaboración para…

—Justamente, ese es el problema.

—¿No quieres ayudarme?

—No creo que sea sabio que sigas tu destino.

Úrsula se quedó con la boca abierta. Los brazos, laxos, cayeron a los costados del cuerpo. Pasaron unos largos minutos de silencio antes de que Marcos retomara la palabra.

—No tiene nada que ver contigo.

—¡Tiene todo que ver!

—Úrsula, entiende, es un destino muy peligroso.

—Por eso mismo apreciaría tu consejo. —La última palabra se le atragantó en la garganta y no salió con tanta fuerza.

—No, no entiendes —negó con la cabeza él—, lo peligroso es que lo cumplas.

Úrsula volvió a quedarse en silencio durante un momento y luego inspiró con fuerza, las aletas de la nariz se le dilataron.

—A ver si entiendo —hizo una pausa—, no quieres que cumpla mi destino, ¿es eso lo que me pides?

—No todos los destinos deben cumplirse.

—*Este* es importante.

—Demasiado, eres muy joven para entender las consecuencias, la clase de poder que está en juego…, podría desestabilizar los tres reinos.

—Tal vez sea lo que haga falta —repuso ella con dureza.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta de tomar tú sola esa decisión? — Por un breve instante, el rostro de Marco recuperó su energía.

—¡¿Egoísta?! Te estoy pidiendo que lo hagas conmigo.

—Es lo mismo —se frotó la cara con la mano—, dos personas o tres no pueden decidir por reinos enteros.

—¿No es eso lo que hace un rey?

—¿Es así como te consideras? —Enarcó las cejas.

—¡Claro que no! —Úrsula elevó los brazos al techo—. Es solo un ejemplo de que lo que dices no tiene sentido. Este cambio puede ser muy importante, algo bueno.

—O algo malo.

—Como sea, ya está en marcha, hay otras dos.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Marcos, ¿cómo puedes no ver todo el bien que se podría hacer?

—¿Cómo puedes no ver todo el mal? —La miró con fijeza—. Yo sé por qué.

—¿Ah sí? —dijo Úrsula y puso los brazos en jarra otra vez.

—Porque vives en tu mundo ideal, pero así no es la realidad —negó con la cabeza—, no lo es.

—¿Entonces tengo que rendirme antes de empezar?

—No, podemos encontrar otra forma, otra que no involucre…

—¿Un verdadero cambio? Admítelo, tienes miedo.

—El miedo no es necesariamente malo —dijo tranquilamente Marcos—, eso es algo que nunca aprendiste.

—Sí que lo hice —entornó los ojos—, sé cuándo hay que tener cautela y cuándo hay que arriesgarse.

Se quedaron mirándose el uno a la otra durante largo rato.

—Entonces, ¿no vas a ayudarme?

—No creo que sea lo correcto.

Úrsula inspiró.

—¿Lo harás de todas formas? —preguntó Marcos.

—Es mi destino, ¿cómo puedes pedirme que renuncie a él?

—Pero lo hago.

—¿Y si no te obedezco? ¿Dejarás de ser mi tutor?

Marcos no contestó, pero cerró los ojos y bajó la cabeza. Úrsula abrió la puerta de la sala y salió al pasillo. No muy lejos de allí, se cruzó con Perla, a quien ignoró luego de darle un empujón fuerte.

Fue directo hacia la casa de su padre y se encerró en la que solía ser su pieza cuando había sido niña. Hugo no estaba allí. Úrsula se paseó de un lado a otro de la habitación hasta que escuchó la puerta principal abrirse, poco después de que comenzara a oscurecer. Se detuvo, se oía a su padre cojeando por el comedor. Luego, los golpes a la puerta de su habitación la sobresaltaron.

—Ven, Úrsula, ya perdimos bastante tiempo hoy.

Ella salió de mala gana y se sentó a la mesa. Había muchos libros y mapas sobre esta. Hugo no le preguntó dónde había estado todo ese

día, sino que se concentró de inmediato en la tarea por realizar y comenzó a escribir en la agenda que había llevado desde el principio. Úrsula revolvió algunos libros, de mal humor, antes de hablar.

—No lo entiendo.

—¿A Marcos?

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo contó? ¿Acaso Perla…?

Hugo levantó una mano.

—No sé quién es Perla, pero me imagino que es eso lo que te preocupa —entornó los ojos— y la razón por la cual fuiste a la Academia sin avisarme.

Úrsula apretó los labios.

—Las personas son así, por eso no puedes confiar mucho en ellas.

—Pero ¿cómo pudo pedirme que abandone mi destino?

—¿Fue eso lo que hizo? —Enarcó las cejas Hugo.

—Sí, no quiere que lo siga, dice que es peligroso.

Él se quedó callado, con el ceño fruncido.

—Hasta insinuó dejar de ser mi tutor si lo perseguía.

Hugo se puso de pie de repente.

—Iré a la Academia.

—¿Qué sucede?

—Tú quédate aquí y continúa con los planes.

—¡Padre!

Hugo, que ya había alcanzado la puerta, se volteó hacia ella.

—¿Crees que dejará de ser mi tutor?

—Creo que puede hacer algo mucho peor.

—¿Peor?

Su padre inspiró, todo su cuerpo estaba en tensión. Cuando habló, lo hizo a través de las mandíbulas fuertemente apretadas.

—Un tutor puede pedir detener el destino de su pupilo si cree que es peligroso para los demás, o sea, para el reino.

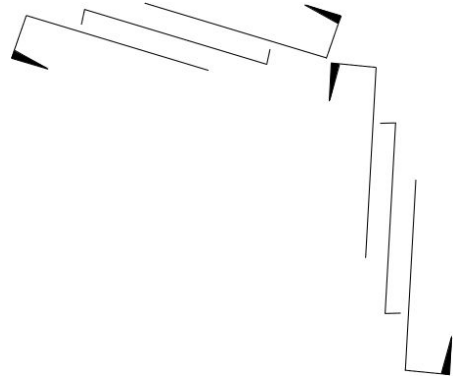
—¡¿Qué?! —Úrsula se puso de pie y la silla se cayó hacia atrás.

—Tú quédate aquí —dijo con firmeza su padre—, yo arreglaré esto.

Úrsula no se movió, ni siquiera se inmutó cuando el portazo de su padre retumbó en la habitación. No estaba claro si era que estaba acatando su orden o que sencillamente no lograba reaccionar. Su mirada vacía se paseó por todos los libros frente a ella, pero ninguno logró captar su interés. Parecía solo poder concentrarse en la puerta, a la espera del regreso de su padre.

Luego de media hora, se obligó a continuar con la tarea.

—Padre no estará feliz si descubre que no he avanzado nada —murmuró mientras levantaba la silla y se acomodaba a la mesa.



Capítulo V

UN PAR DE HORAS DESPUÉS, sonaron golpes a la puerta. Úrsula se sobresaltó. No podía ser su padre. Miró los papeles sobre la mesa y los cubrió con algunos libros. Se levantó y abrió la puerta solo un poco, entornándola. Por la rendija, vio el rostro de Perla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería ver si necesitabas ayuda —sonrió—, ahora que tu padre no está.

—En serio, Perla, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Quiero saber qué planeas y por qué todo el mundo está siempre revolucionado a tu alrededor. En la Academia no hablan más que de ti y todos están agitados.

—¿Qué dicen? —Los dedos de Úrsula se clavaron en el marco de la puerta.

—Tú cuentas tu secreto —Perla se inclinó hacia delante con una nueva sonrisa en el rostro— y yo cuento el mío.

Úrsula se echó hacia atrás.

—Olvídalo, Perla, ya me encargaré de averiguarlo sola. —Cerró la puerta, pero Perla la detuvo.

—Yo también lo haré.

—¡Vete!

Úrsula dio un portazo y trabó la puerta. Jadeaba como si hubiera estado en una pelea. Ni siquiera intentó volver a concentrarse en los libros. No hizo más que merodear por la sala sin dejar de echar vistazos a la puerta.

Entrada la noche, esa puerta retumbó.

—¡Qué diablos, Úrsula! —gritó su padre—. ¿Por qué la trabaste?

Ella corrió a abrirla.

—Perdón —dijo dejándolo pasar—, tuve visitas desagradables.

—¿De quién? —Su padre se veía cansado, pero alerta.

—Una de las aprendices, puedo manejarla.

—Bien —dijo Hugo y se sentó sobre una silla—, porque estoy agotado.

Su hija pareció sorprenderse de esa declaración, aunque no hizo ningún comentario. En vez de eso, dijo:

—¿Cenaste?

—No.

—Prepararé algo.

Úrsula dejó que su padre recobrara el aire mientras cocinaba. Cada tanto le echaba un vistazo, como si esperara a que él estuviera listo para contestar preguntas. Sin embargo, Hugo comenzó a hablar por su cuenta.

—Llegué a tiempo —dijo con un gruñido—, pero no creo que pueda mantenerlo mucho. Marcos tiene allí más amigos que yo.

Úrsula sirvió la mesa que había despejado de libros y papeles.

—No sabía que un tutor podía hacer eso —susurró.

—Es muy raro que suceda, pero es la razón por la cual los tutores también oyen al oráculo: para prevenir desastres.

—Pero entonces todos…

—No. No tiene que revelar tu destino. No es obligatorio. Y está tan asustado que estoy seguro de que no lo hizo ni lo hará. Además, sabe que muchos estarían encantados de ayudarte a conseguirlo.

—Tal vez si hablo con él otra vez… —Úrsula se sentó a la mesa.

—No conseguirás nada, es demasiado terco.

Cenaron en silencio y luego Hugo insistió en continuar con el trabajo. Aunque se durmió sobre la mesa unas horas después de la medianoche. Úrsula se levantó con sigilo y salió de la casa.

Las calles estaban vacías y demasiado oscuras como para ver nada más que sombras amorfas. La Academia tenía una mínima iluminación, pero también estaba bastante desierta.

Úrsula se escabulló por los pasillos con una facilidad que solo le pudo haber dado la práctica. Entrar en la habitación de Marcos no fue ningún problema.

El hombre se despertó sobresaltado.

—¿Úrsula?

—¿Cómo puedes hacerme esto? —susurró ella con fervor, seguía parada junto a la puerta cerrada—. Después de todo este tiempo juntos.

—Lo hago por todos, también por ti. —Ambos se cuidaban de no alzar la voz—. Algún día lo entenderás.

—No, jamás podré entender por qué me traicionas.

Marcos suspiró.

—Te protejo. Todo terminará mañana, entonces podremos hablar

en calma.

—¿A qué te refieres?

—Mañana, Úrsula, es de noche todavía y yo no soy tan joven.

—Siempre entrenas conmigo solo un poco después de esta hora...

—Ahora no, Úrsula.

—¿Qué sucederá mañana?

Marcos calló.

Úrsula se tensionó y, de repente, se abalanzó sobre él, quién no pudo reaccionar a tiempo. Solo unos puntos de presión bien aplicados y Marcos quedó inconsciente. Úrsula controló que siguiera respirando y se quedó inmóvil un momento.

Ahogó un gemido y abrió la puerta.

El pasillo solo estaba poblado de sombras. No parecía que se movieran, pero todo estaba nubloso y era difícil discernir los límites. Úrsula cerró la puerta de la habitación de Marcos y corrió por los pasillos. Corrió hasta llegar a la casa de su padre. La puerta se abrió antes de que la alcanzara. Hugo miró por encima del hombro de su hija antes de hacerla entrar con brusquedad y de cerrar.

Úrsula jadeaba y tenía el rostro algo pálido.

—Te dije que no serviría de nada hablar con él.

—Lo dejé inconsciente. —Se retorció los dedos.

—¿Qué? —Alzó la voz Hugo—. ¿Cómo pudiste ser tan tonta? Ahora se abalanzarán sobre ti y yo no puedo…

—Él me dijo que todo estaría resuelto mañana.

Hugo se detuvo.

—¿Mañana? —susurró. Parpadeó varias veces—. Entonces tal vez hiciste lo correcto. ¿Estás segura de que solo está inconsciente? — Echó una rápida mirada a la espada que su hija llevaba colgada y alzó la vista para mirarla de frente.

Ella asintió.

—Deberás partir ahora —dijo Hugo después de dejar salir un suspiro.

—¿Qué?

—No hay otra opción, yo me ocuparé de las cosas aquí.

Prácticamente empujada por su padre, Úrsula preparó su mochila, con las pocas pertenencias que le quedaban en su casa. Había sido una suerte que la última vez que volviera de la Academia, luego de hablar en la sala con Marcos, hubiera llevado su espada consigo.

Cuando tuvo todo listo, Hugo le dio unas últimas instrucciones, otra bolsa con dinero y el pequeño libro donde habían encontrado la mejor pista. Después llevó a su hija hasta una puerta trasera de la propiedad que ella no conocía.

—¿Qué es…?

Su padre la calló con un gesto severo.

—No conocía este acceso —susurró Úrsula.

Hugo la ignoró y abrió la puerta de rejas, que se movió sin un sonido. Empujó a su hija a través del umbral.

—Sigue el camino y encontrarás un caballo. Está todo listo.

—¿Cómo sabías…?

—Hay que estar preparado en todo momento. ¡Ahora ve!

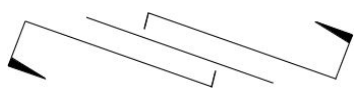
Úrsula se apresuró a hacer lo que le ordenaban, sin mirar atrás.

Hugo observó a su hija alejarse por el camino y luego se dirigió hacia la puerta frontal de su casa. Una sombra se movía en los arbustos y él sonrió, con un papiro ya preparado en la mano.

Úrsula estaba demasiado lejos cuando se oyó un grito chillón y tampoco pudo ver a su padre arrastrando un cuerpo inconsciente fuera de su propiedad. Hugo regresó a su casa cojeando y jadeando, pero con expresión satisfecha en el rostro.

En la Academia, todavía era lo suficientemente temprano en la madrugada como para que los pasillos permanecieran tranquilos. Ahora que el oráculo había callado, se respiraba el aire de una espera diferente.

Ajena a todo ello, Úrsula cabalgaba hacia el nacimiento del sol, lejos de su reino y de su hogar, en busca de su destino.



EL PRIMER DÍA DE VIAJE fue tediosamente largo. El camino que había elegido su padre para ella la alejaba de la carretera principal y casi la dejaba dentro de uno de los bosques que separaba los reinos. Durante todo ese día, no se cruzó con nadie, lo cual era bueno en algunos sentidos y malo en otros. Varias veces volteó para mirar alrededor o se detuvo para escudriñar a la distancia, pero no encontró más que árboles retorcidos. Ni siquiera se escuchaban ruidos de cascos en la ruta principal.

Esa primera noche cenó sola, junto a una pequeña fogata que no había tardado en encender.

—Esto te será de utilidad más veces de las que crees —le había dicho Hugo a su hija en una de las tantas veces que la había llevado a acampar.

La pequeña Úrsula asintió con el ceño fruncido, sin dejar de estar atenta tanto a los movimientos de las manos mientras acomodaba las ramas como a los demás sonidos del bosque.

Su padre se detuvo de repente y con una patada dispersó todas las ramas que había juntado. Úrsula dio un paso atrás, pero luego encajó la mandíbula y se mantuvo firme.

Hugo dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Ahora, hazlo tú.

La niña dudó un momento y luego se agachó para recoger las ramas dispersas a los pies de su padre.

—No, busca las tuyas.

Úrsula contuvo un suspiro y, con los labios apretados, se irguió y comenzó con la búsqueda. Cuando regresó, su padre ya no estaba en el mismo lugar. Lo buscó por todos lados, pero ni siquiera encontró el caballo que los había llevado por allí. Por un momento, se quedó inmóvil con las ramas aún en los brazos. Hasta que su vista captó el bolso de su padre tirado en el piso, en el cual siempre llevaba unos pergaminos preactivados.

Colocó las ramas con paciencia, con dedos temblorosos, pero que no se detuvieron hasta que hubo terminado. Luego registró el bolso y sacó el pergamino correspondiente. Cuando el fuego comenzó a crepitar, su padre apareció entre los árboles.

—Bien hecho —dijo y se sentó junto a la fogata, llevaba un conejo en la mano—. La próxima vez, también buscarás la comida tú y luego te quedarás unos días…

Úrsula no fue capaz de suprimir un escalofrío.

—Siempre estamos solos, Úrsula —dijo su padre con severidad—, debes aprender a cuidar de ti misma.

—Sí, padre —susurró la niña y se sentó a observar la fogata mientras su padre preparaba la cena.

Ahora estaba otra vez, como tantas veces, observando un fuego en el bosque. Se acomodó junto a un árbol y se quedó mirando los rescoldos hasta que se quedó dormida.

La despertó el sonido de cascos. Se puso de pie inmediatamente y escudriñó a su alrededor. El ruido provenía de la carretera. Frunció el ceño.

—No había acampado tan cerca —murmuró.

Sin embargo, no se quedó en ese pensamiento, sino que se acercó a su caballo, donde tenía la espada y la mayoría de los papiros. Su cuerpo se tensó y su respiración se redujo al mínimo, mientras esperaba.

Poco después, se distinguieron en la carretera los caballos que se acercaban. Eran dos e iban al trote. Por las vestiduras que llevaban los jinetes, no eran de la guardia ni pertenecían a una Academia o a algún templo de la Orden.

—Lo más probable es que sean comerciantes —murmuró, pero se mantuvo en guardia.

Los hombres disminuyeron el paso cuando se acercaron a ella. Ninguno de ellos habló, pero ambos mantuvieron una mano fuera de la vista mientras pasaban lentamente a su lado, sin dejar de sostenerle la mirada.

Úrsula se quedó inmóvil.

Ese instante se extendió durante un tiempo indeterminado mientras los tres se mantenían la mirada y los caballos de los hombres hacían resonar sus cascos en la vacía mañana.

Cuando por fin la pasaron de largo, los hombres arrearon sus caballos y se alejaron al galope. Úrsula relajó los hombros y, con un gruñido, despegó los dedos que se le habían incrustado en el pomo de la espada.

—La gente es muy desconfiada —murmuró y flexionó los dedos, con alguna mirada más alrededor.

Comió un rápido desayuno antes de continuar el viaje. Revisó los mapas y las anotaciones que le había dado su padre. Por un momento, contempló el bosque y luego la carretera principal; miró de uno a otro durante un rato. Luego, con un resoplido, guardó los mapas y las notas y se subió a su caballo.

—Si no iniciaron la búsqueda todavía, es que ya no lo harán. —Hizo girar su montura a la izquierda y se acercó a la vía principal—. Será más rápido de esta manera.

Hacia la tarde de ese día, ya había bajado el paso a un lento andar y observaba el paisaje con desgana. Cada tanto debía obligarse a sacudir la cabeza y volver a enfocar la mirada en el camino. Una de esas veces, incluso tuvo que tirarse agua en el rostro.

—Y todavía falta más de un día de viaje hasta el próximo reino —murmuró.

Rebuscó en su alforja y sacó uno de los libros que ya había leído varias veces, tanto en la casa de su padre como durante ese viaje. Era muy pequeño, una de las razones por la cual lo llevaba consigo.

Frunció el ceño y clavó la mirada en las ambarinas páginas:

El segundo de los grandes reinos tiene la misma extensión que el tercero y, aunque no tiene la misma riqueza, posee la Academia de magia más grande de los tres reinos. Magos de todos los reinos acuden a estudiar allí, algunos incluso permanecen en su afiliación.

—No puede ser tan diferente de la mía —murmuró Úrsula.

Antes de que pudiera continuar leyendo, el sonido de cascos volvió a ponerla en guardia. Esta vez era más fuerte e incluía otros ruidos que se mezclaban con los pasos de los caballos. Úrsula cerró el libro y se volvió hacia atrás.

Detrás de ella, se acercaban varias carretas de diferentes tamaños y muchas personas a caballo. Aún con el libro en la mano, Úrsula se hizo a un lado para dejarlos pasar. Algunos le dedicaron alguna que otra mirada, pero la mayoría se apresuró a seguir su camino. Se notaba que viajaban todos juntos y que se conocían entre ellos. Había pequeños grupos que se apiñaban juntos e iban charlando y riendo. Las carretas estaban llenas de bultos y algunos niños.

—¿Nunca antes habías visto una feria itinerante?

Úrsula se volvió para ver al hombre que se había detenido a su lado.

—No —aferró las riendas del caballo—, ¿es eso lo que es?

—Sí —sonrió él—, la más grande de los tres reinos. Ahora nos dirigimos al segundo de los grandes reinos para pasar unos días.

El hombre se volvió hacia otro que lo había llamado y se olvidó de Úrsula.

El grupo llevaba un paso más rápido que el de ella y pronto la rebasaron. Ella había permanecido a un lado hasta que los ruidos de cascos quedaron por delante. Y recién se puso en movimiento cuando los sonidos eran solo un recuerdo.

Poco después, cayó la noche otra vez. La cena fue tan solitaria como la anterior y Úrsula sacó el libro pequeño que había llevado con ella, el que había entusiasmado a su padre. Releyó algunas páginas, sobre todo las que había marcado Hugo.

—Será lo primero que revise cuando llegue a la gran Academia. —Sonrió y se recostó contra un árbol.

Pasó la noche en una duermevela alerta. La mañana ya no se veía tan descansada; sin embargo, se levantó con bríos y se puso en camino después de un breve desayuno.

—Debería llegar hoy —dijo en voz baja mientras ponía en marcha a su caballo.

Hacia el mediodía, se volvieron a escuchar ruidos de cascos en la carretera tras ella. Se dio la vuelta, con expectación en el rostro. Era un grupo de hombres a caballo. Se hizo a un lado para dejarlos pasar, pero ellos aceleraron a la vez y la rodearon.

—¿Qué tenemos aquí?

—¿Una joven sola?

—Revisemos qué lleva en tantas bolsas.

El cuerpo de Úrsula, inmóvil en un primer momento, recordó los años de entrenamiento y sus movimientos se volvieron automáticos. Una de sus manos buscó su bolsillo, lleno de papiros, y la otra asió la espada.

—Tengo muchos de estos —dijo a la vez que lanzaba un pergamino en llamas.

Los hombres se desconcentraron un instante, lo justo para que ella atacara al que tenía a la derecha. Ellos intentaron cerrar el círculo a su alrededor otra vez, pero Úrsula se movía sin parar, agitando la espada y lanzando un papiro tras otro. Finalmente, se hizo un hueco y ella salió al galope a través del humo de las explosiones.

Se internó en el bosque y no se detuvo hasta que su caballo mostró signos de fatiga. Cuando se apeó, revisó primero su montura y luego a sí misma. El animal estaba intacto y ella solo tenía unos leves cortes

en el brazo. Todos sus bolsos y alforjas seguían con ella.

Suspiró y sacó la cantimplora.

—¿Cómo puede andar un grupo así de grande tan cerca del reino? —Se preguntó en voz alta mientras recogía las riendas del caballo y comenzaba a caminar con lentitud.

Avanzó más dentro del bosque, a pie y con la espada lista, pero no se cruzó con ningún otro grupo de forajidos ni de nada.

Se detuvo cuando se hizo de noche y miró alrededor. Su caballo relinchó suavemente. Estaban rodeados de un bosque espeso y ni siquiera quedaba la más leve marca de por dónde había llegado allí.

—Me ocuparé de ello por la mañana —murmuró Úrsula y ató al caballo a un árbol.

Esa noche no se molestó en encender una fogata. Sencillamente, se acurrucó junto al tronco del mismo árbol y se durmió casi al instante.

Se despertó sobresaltada. El bosque en rededor seguía oscuro. Frunció el ceño y se levantó con lentitud mientras estudiaba su entorno. Las sombras se movieron sobre su cabeza y varias alas le golpearon la cara mientras una bandada descendía del árbol y se internaba entre otras ramas enmarañadas.

—Malditas aves —murmuró, pero relajó los hombros.

Se acercó a su caballo, el animal se removía algo inquieto. Lo acarició en el cuello y le susurró algunas palabras reconfortantes. Luego le dio un poco de agua.

—Ya debería ser de mañana —se extrañó y miró hacia el cielo.

Las ramas entrelazadas de los árboles bloqueaban casi toda la luz, la poca que se filtraba era mortecina y fría. Úrsula reprimió un escalofrío y desató al caballo.

—Tal vez será mejor que nos movamos un poco antes de desayunar.

Caminó durante horas, pero el paisaje a su alrededor no cambiaba. Varias veces se detuvo para observar a los árboles con cuidado y poco después comenzó a hacer marcas. Sin embargo, llegó el momento en el que tuvo que rendirse. Estaba otra vez demasiado oscuro como para continuar. Volvió a buscar un árbol para atar al caballo y este se resistió un poco.

—Lo sé, lo sé —dijo Úrsula palmeándole el cuello—, no has encontrado comida y yo tampoco.

Volvió a sacar su cantimplora y repartió un poco entre los dos. Después se acurrucó contra el tronco del árbol y permaneció despierta todo lo que le fue posible.

Cuando se despertó, encontró al bosque exactamente como la vez anterior. Buscó en sus bolsos y sacó el mapa que le había dado su padre. Intentó leerlo con la poca luz que se filtraba entre las grises hojas. Tuvo que desistir poco después. Guardó el mapa y desató al

caballo.

—Vamos, ya encontraremos nuestro camino.

Unas horas después, escuchó ruidos.

Se detuvo.

Se oían voces no muy lejos de donde ella estaba, aunque era imposible ver a través de la espesura del bosque. Úrsula titubeó en esa dirección y luego decidió dar la vuelta. Guio al caballo lentamente en la dirección opuesta.

—Tal vez sean ellos —susurró—, o similares. Será mejor encontrar nuestro camino solos.

Le llevó varios intentos hallar la ruta correcta para salir de aquel bosque.

—Esto no se parece en nada al bosque de casa, papá —dijo en voz alta, como se había acostumbrado a pensar en los últimos días—, no sé por qué lo describirías así. Pero saldré de esta, como siempre.

Encontró unas pocas frutas raquíticas que pudo comer y que su caballo devoró con avidez. Ya estaban utilizando la segunda cantimplora y Úrsula cada vez descansaba menos y se forzaba a avanzar con mayor rapidez.

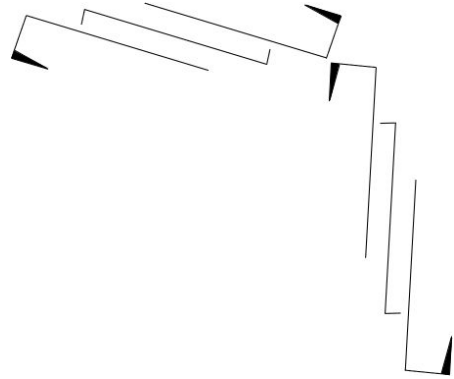
Sin embargo, cada vez que se oían ruidos de voces o cascos, daba la vuelta para ir en la dirección opuesta.

Le llevó bastante tiempo encontrar la salida, pero lo hizo. Apenas el bosque se volvió más claro, fue capaz de divisar la carretera principal. Aunque no se acercó demasiado, había bastante gente transitando por allí. Ató al caballo a un árbol cerca de mucha pastura y se dedicó a buscar comida para sí misma y agua.

Retomó su camino después de descansar un poco y llegó a las afueras del reino cuando ya era de noche. Se quedó mirando las puertas aún abiertas durante un rato.

—Podríamos entrar ahora o esperar a la mañana, una noche más en el bosque... —El caballo piafó con violencia—. Está bien, un establo para ti y una cama para mí. —Espoleó su montura—. Realmente, no me vendría mal descansar bien por una noche.

Para cuando encontró una posada, era medianoche, pero se desplomó sobre la cama con una sonrisa en el rostro.



Capítulo VI

AL DÍA SIGUIENTE, se levantó temprano, llena de energía. Luego de pedirle el desayuno a la posadera, le hizo algunas preguntas sobre el reino, la Academia y la situación en general. Casi se atraganta con el café cuando la mujer comentó algo.

—Perdón —dijo cuando recuperó la voz—, no puede… Todavía falta un mes para la primavera.

La mujer rio.

—Ustedes, los magos, pasan tanto tiempo con la nariz en papiros que olvidan hasta las más simples fechas.

Con otra sonrisa, le rellenó la taza de café y se fue a atender a otros clientes.

—No puede ser —susurró, pero se volvió para examinar con discreción a la gente que había en la posada.

Sus ropas definitivamente no eran de invierno y fuera, a través de la ventana, se veía un sol demasiado brillante para ser suave.

—¿Cómo pudo…? —frunció el ceño—, el bosque… —musitó, pero sacudió la cabeza con fuerza—. No, no puede ser, esa clase de magia no… —se detuvo otra vez y se llevó un dedo a los labios.

Finalmente, exhaló con lentitud.

—No contestaré ninguna pregunta aquí. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta, ya llevaba con ella sus posesiones más valiosas.

La posada estaba algo alejada del centro, por lo que tuvo que caminar unas horas antes de llegar a él. El reino ya estaba en movimiento y se veía algo de tensión en el ambiente, sobre todo en las conversaciones tirantes entre las personas y la distancia que dejaban entre ellas. Úrsula les prestó atención mientras pasaba a su lado, pero no se detuvo en ningún momento.

Cuando llegó a la Academia, se quedó un instante mirando el

edificio desde fuera. Era enorme, imponente, aunque el templo frente a él rivalizaba en tamaño. Se veían muchos clérigos que iban de un lado a otro y conversaban con la gente. Incluso había un pequeño grupo mixto de clérigos y magos que mantenían una conferencia que se veía muy intensa. Úrsula despegó su vista de ellos y se dirigió hacia la Academia.

Llamó a la puerta y esperó. La abrió un mago que la miró de arriba abajo y luego le hizo señas de que lo siguiera. Úrsula se había cuidado de dejar en la posada su capa de viaje y asistir solo con la túnica de maga.

A medida que seguía a su guía, se dedicó a observar a su alrededor. El diseño del interior del edificio era similar al de la Academia de su reino, pero multiplicado por cien. Los pasillos se sucedían unos a otros y Úrsula pronto dejó de contarlos. Sin embargo, no pudo evitar detenerse a mirar uno de ellos. Entornó los ojos y se inclinó hacia delante. No se veía el fin del pasillo, como si se perdiera en una bruma. Se inclinó por poco más.

El mago que le había abierto la puerta carraspeó. Ella, de mala gana, se apresuró a alcanzarlo. Poco después, el hombre se detuvo frente a una pequeña sala con la puerta abierta. Úrsula entró y tomó asiento. El hombre le sirvió una taza de té y le ofreció unos pastelillos.

—La hospitalidad mínima para cualquier mago de otro reino —dijo con un tono bastante indiferente.

—Gracias —contestó Úrsula y se sirvió uno.

El hombre se sentó frente a ella, después de cerrar la puerta.

—¿Cuál es el motivo de la visita? ¿Estudios, consulta, descanso?

Úrsula tragó el té.

—Quisiera visitar la biblioteca.

El mago asintió.

—Está abierta todo el día. Una hora por día es gratis, después son tres monedas por hora. Si quieres sacar un libro, son cuatro monedas por libro por día.

—Está bien —dijo Úrsula, aunque se había quedado algo pálida.

—¿Necesitas también un lugar donde quedarte?

—Mmm, ¿cuál es el costo?

—La primera noche es gratis.

—Está bien —lo interrumpió Úrsula—, no creo que esté mucho más tiempo.

El hombre enarcó las cejas.

—Debe de ser una búsqueda corta.

—Es bastante específica —repuso Úrsula y se mordió la lengua.

Sin embargo, el hombre no le hizo ninguna otra pregunta. Se quedó pensativo mientras ella terminaba el té y luego le hizo señas para que lo siguiera de nuevo.

Úrsula contó en voz baja las vueltas de cada pasillo, pero perdió la cuenta otra vez y se dedicó solo a seguir al mago. Este se detuvo frente a una puerta doble. Se volvió hacia ella, una tenue sonrisa se insinuaba en sus labios.

—Antes de que consideres cuánto tiempo te quedarás, creo que tendrías que ver esto.

Abrió las puertas de par en par y la mandíbula de Úrsula cayó de un golpe. Se recompuso con rapidez y se irguió, mientras echaba una mirada a lo que tenía enfrente.

La biblioteca era enorme, incluso más grande de lo que el edificio de la Academia anunciaba ser por fuera. Aunque ya la cantidad de pasillos se había encargado de demostrar lo engañoso de su aspecto, ese lugar era impresionante. Había libros y libros en interminables hileras. También estaba lleno de magos, todos en silencio, ya fuera leyendo o buscando en los incontables estantes.

—Tal vez quieras reconsiderar tu estadía —insistió el mago a su lado.

—Eh..., sí, creo que… voy a tener que pensarlo.

El mago asintió y la guio hasta uno de los bibliotecarios, para luego desaparecer en un suspiro. El bibliotecario era un mago de curación y le explicó todo con extensa paciencia.

—¿Siempre está tan lleno de magos? —preguntó Úrsula.

—No tantos, aumenta durante la época de exámenes.

—¿Exámenes? Creía que ya habían terminado. Yo me gradué hace poco. —Volvió a morderse la lengua.

«¿Estaba dando demasiada información?».

Pero el mago solo sonrió.

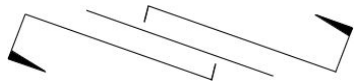
—Tenemos un ingreso tardío de unas semanas después del plazo anual, esos estudiantes terminan para estas fechas.

El hombre la llevó hasta una de las mesas, donde ella pudo dejar su bolso, y la ayudó a buscar algunos libros.

Después de un par de horas de lectura, Úrsula comenzó a masajearse el cuello. Levantó la vista, pestañeó un par de veces con fuerza y luego la paseó a su alrededor. La población de la biblioteca no disminuía. Se fijó en una chica que estaba en su misma mesa, era una maga de defensa y todavía no se había graduado. Volvió a pasear la mirada por los magos, los de defensa eran los menos abundantes, como sucedía en todas las academias. Regresó a la muchacha y la observó unos minutos más.

Luego volvió a concentrarse en su lectura. Dejó escapar un pequeño suspiro al ver todos los libros que tenía a su alrededor.

—Con el costo de cada día que me llevará esto —musitó—, no puedo permitirme ninguna demora. —Se removió en su asiento—. Ninguna otra demora.



PASÓ LOS SIGUIENTES TRES DÍAs leyendo todos los libros posibles en la biblioteca, solo se concedía pequeñas pausas para dormir y comer. Había decidido mudarse a la Academia, lo cual había hecho en la primera tarde que estuvo allí, después del almuerzo.

A medida que pasaba el tiempo, se comenzó a notar que el caudal de magos en la biblioteca disminuía. Incluso se pudo percibir el momento exacto en el cual habían comenzado las visitas al oráculo. No dejaba de levantar la mirada cada vez que oía los susurros nerviosos o emocionados de los jóvenes. Demasiadas veces parecía dejarse embargar por la misma emoción que la rodeaba, como si fuera ella la que estuviera esperando por saber cuál era su destino. En cierta forma, tal vez así era, ya que los libros allí aún no le habían dado respuestas. Cada tanto levantaba la vista y comenzaba a mirar de una nueva maga a otra, escudriñaba sus rostros.

—Tal vez sea una de ellas —musitó y luego sacudió la cabeza—. Sería imposible averiguarlo. A lo mejor sucedió el año pasado o incluso antes y entonces ella o ellas podrían ya estar buscando… o a punto de encontrar…

Reprimió un escalofrío.

—No puedo pensar en eso —bajó la mirada hacia el libro que tenía delante—, debo concentrarme en lo que vine a buscar. Tiene que haber algo aquí que me ayude a encontrarlo.

Retornó a la lectura que había interrumpido:

El reino entre las nieblas, aunque se desconoce su ubicación, fue un reino inmenso, algunos historiadores incluso lo han considerado un imperio debido a su tamaño, pero había un rey. Cierto es que apenas se recuerda su nombre, ya que no ha quedado ningún registro. Sin embargo, se sabe, y en este punto todos los historiadores coinciden, que era un mago poderoso y hábil.

Los pocos registros que sobrevivieron a su desaparición indican que ese era un reino de magia. La mayoría de sus habitantes, sino todos, eran experimentados magos. Concentraban entre ellos todo tipo de magias, incluso aquellas que les que permitieron alzar una ciudad imponente y las que los ayudaban a crear maravillas.

Es indudable que aquel reino mágico estaba en su apogeo el día en que, misteriosamente, se replegó en sí mismo y se escondió tras las brumas. Desde ese momento, se sostuvieron varias teorías sobre este hecho: que algún experimento mágico había salido mal, que el rey se había vuelto loco, que la soberbia por fin había llegado a sus cabezas, que…

Pero lo cierto es que no se sabe nada.

No importa lo que digan algunos supuestos historiadores, son solo cuentos. No se supo nada entonces y no se sabe nada ahora. Nada más que esto: un día existía, otro estaba cubierto de neblinas y después ya no estaba.

Úrsula apartó ese libro, sin cerrarlo, y acercó otro que también estaba abierto.

Algunos estudiosos dicen que el reino entre las nieblas desapareció de un día para el otro, pero hay quienes aseguran que existen registros donde hablan que las nieblas habían durado un tiempo (de allí el nombre que le damos al reino, ya que realmente no lo conocemos). Durante ese período, todo aquel que se internaba entre las brumas terminaba por desaparecer y pronto dejaron de intentarlo. Fue entonces cuando, poco a poco, las nieblas se habían consumido, para dejar paso al misterio.

Los tres reinos actuales, que crecieron en estas tierras después de la desaparición, no guardan ningún registro de la ubicación del misterioso reino. Ubicación que, sin duda, debió ser cercana. Hace ya varios años, cuando algunos dudaban de su existencia, se encontraron retazos de la genialidad de ese reino maravilloso. Aquello avivó las leyendas, se hicieron investigaciones serias e incluso algunas expediciones, ya que muchos ambicionaban lo que pudieran encontrar allí. Solo se llegó a una conclusión, una sola unanimidad: el reino entre las nieblas existió y fue maravilloso.

Úrsula cerró el libro que estaba leyendo y se frotó los ojos.

—Demasiadas veces olvidas tomar un descanso, muchacha —comentó el bibliotecario, que se había acercado a ella, con rostro preocupado.

—Creo que sí —dijo Úrsula y se puso de pie con una mueca.

Estiró el cuerpo e hizo una mueca cada vez que movía un brazo, una pierna, el cuello.

—Llevo mucho tiempo sin entrenar con la espada y ya comienzo a notar el entumecimiento.

Úrsula se detuvo cuando vio que el mago la observaba pensativo.

—Tengo entendido que es habitual en el reino del cual provienes, aunque nunca comprendí el porqué.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que siempre fue así. —Sonrió—. Creo que iré a caminar un poco.

Se despidió del bibliotecario y salió de la Academia.

Fuera, estaba oscureciendo. Apenas atravesó las grandes puertas, se quedó contemplando la cantidad de gente que se acercaba al templo. Lo había hecho todas las veces que era testigo de la repartición de comida.

—Tal vez yo pueda corregir eso, a lo mejor mi destino pueda —musitó y luego miró alrededor, pero no había nadie lo suficientemente

cerca para oírle.

Mientras más personas se acercaban, se apresuró a alejarse por calles menos transitadas y mantenerse fuera del camino.

Se detuvo bruscamente cuando vio a una joven de su misma edad, que se alejaba abrazando su ración. Instintivamente, frunció el ceño y se llevó una mano a la cintura, donde siempre llevaba la espada. En ese momento, aparecieron dos hombres jóvenes que interceptaron a la muchacha y la empujaron contra el piso. Úrsula corrió y, con unos cuantos golpes, espantó a los agresores. Luego se volvió hacia la muchacha para ayudarla a levantarse, pero esta se arrastró fuera de su alcance. Úrsula vaciló, intentó esbozar una sonrisa, pero la joven no dejaba de temblar; así que finalmente la maga optó por alejarse.

Siguió caminando por calles todavía más vacías. Solo se cruzó con una pareja que recorría la acera, mirando de vez en cuando las vidrieras de las tiendas. Eran jóvenes y en realidad no prestaban atención a su entorno, sino que iban absortos el uno en el otro. De repente, de una callejuela, salieron tres hombres armados con cuchillos. Úrsula se acercó con rapidez y desenvainó la espada.

—Solo queremos para comer —dijo uno de los hombres.

Úrsula bajó levemente la espada, hasta que vio los anillos de oro que llevaba el hombre que había hablado, quien ahora sonreía. Úrsula volvió a levantar el brazo y la pareja corrió para agazaparse tras ella.

Un par de estocadas, un papiro y los hombres ya corrían. Los jóvenes enamorados le agradecieron tímidamente, aunque no tardaron en salir corriendo por su cuenta.

Úrsula suspiró.

—Esto no está siendo un gran descanso —murmuró—. ¿Cuándo se volvió tan inseguro este reino? ¿O siempre habrá sido así?

No había nadie alrededor que pudiera contestar sus preguntas. Así que continuó caminando unas cuadras más. Pronto llegó a una zona de comercios con mayor actividad. Se percató de un muchacho que llevaba una carga pesadísima sobre la espalda. Arrastraba los pies descalzos sobre la calle empedrada.

Úrsula se acercó a él.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te ayude?

El chico se encogió, sin levantar la vista.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Un hombre enorme y de pesadas vestimentas se acercó a ella.

—Esta carga es mucha para el muchacho.

—Para eso lo tengo —le dio un empujón al joven, quien casi cayó al piso—, ¿para qué, si no, uno daría de comer a un esclavo?

—¿Esclavo? —Frunció el ceño Úrsula.

El hombre la miró de arriba abajo.

—No eres de este reino —dijo con tono despectivo—. ¿No tienen

huérfanos en el tuyo?

Úrsula enmudeció, sus mejillas enrojecieron.

—¡Claro que los tienen! —Rio el hombre—. No simules compasión aquí, cuando en casa haces lo mismo.

—Yo no…, sé que existe una organización que… —parpadeó y miró del muchacho hacia el hombre obeso y de vuelta al chico—, siempre creí que sería justa, debe serlo, debe…

El hombre rio con desprecio y le dio otro empujón al muchacho.

—¡Vamos! No tengo todo el día.

El chico retomó su lento andar, con el hombre a su lado. Úrsula quedó sola en el medio de la calle.

—Marcos tiene razón —susurró ella—, paso demasiado tiempo dentro de la Academia, persiguiendo mis propios objetivos, pensando cómo es el mundo —giró para mirar alrededor, cada persona se ocupaba solo de sí misma—, cómo debiera ser, y suponiendo que esa es la realidad. —Sacudió la cabeza—. Justamente, por eso es que debe cambiar, Marcos, ¿por qué no puedes ver eso? ¿Por qué no puedes creerlo? ¿Cómo puedes temerle más al cambio que a lo que está pasando ahora?

Volvió a la Academia con una expresión agotada. Pasó por la biblioteca solo para recoger sus cosas y se dirigió directamente a su habitación. Intentó durante unas cuantas horas dormirse y, finalmente, se puso de pie, encendió una lámpara y abrió uno de los cuadernos de anotaciones y comenzó a leer.

—Yo puedo cambiarlo —musitó—, solo tengo que encontrar cómo. Tengo que encontrarlo.

A la mañana siguiente, aunque solo hubiera dormido dos horas, se levantó temprano y entrenó durante una hora antes de desayunar.

Luego se dirigió a la biblioteca. Sopesó la bolsa de dinero que le había dado su padre y frunció los labios.

—Hoy es el día, lo sé.

El bibliotecario la saludó con amabilidad cuando la vio entrar.

—Ya tienes lista tu mesa —dijo mientras aceptaba el pago por el día anterior—. Hoy te ves con más energía.

—Tengo un presentimiento. —Sonrió Úrsula.

El mago se alejó y la dejó sumergirse en los libros. Aunque no fue hasta la tarde que Úrsula levantó la cabeza como si tiraran de ella con un resorte y murmuró:

—El bosque.

Enseguida miró alrededor, pero no había nadie que le estuviera prestando atención.

Regresó al libro que estaba leyendo y luego rebuscó en sus anotaciones, golpeó el dedo repetidamente contra la palabra.

Cerró los ojos e inspiró.

—Mis instintos eran todo lo que tendría que haber escuchado, lo sé.

Abrió los ojos y volvió a observar la palabra que oscilaba sobre su uña: bosque.

—Sí —asintió—, tendré que sumergirme en él.

Volvió a revisar alrededor, pero seguía sola en muchas mesas a la redonda, no había más que un mago de ataque absorto en su propia lectura, mientras balanceaba las piernas en la alta silla.

Úrsula reprimió una sonrisa.

Volvió a rebuscar en sus libros y anotaciones.

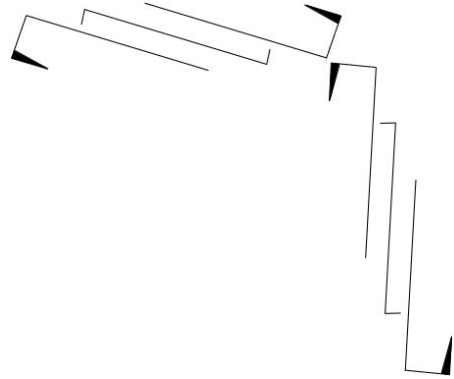
—Qué raro —frunció el ceño—, no hay información sobre este bosque (o si es el mismo o son diferentes), no es que sea malo por sí mismo, pero… —Un escalofrío la recorrió y su mirada se perdió en el recuerdo durante un momento—. No, conozco los bosques, solo debo prepararme para pasar algunos días a la intemperie.

Se puso de pie y fue en busca del bibliotecario.

El resto de la tarde se dedicó a realizar preparativos. Una vez se detuvo en uno de los puestos de correo, pero luego de empezar varias veces un mensaje para su padre, terminó por abstenerse.

—No tiene importancia, ¿qué puede hacer él desde ahí? —Arrojó el papel hecho un bollo—. La Academia podría interceptarlo y… —Suspiró—. Marcos, ¿en qué estabas pensando? ¿En qué estás pensando ahora?

Sacudió la cabeza y salió del puesto del correo. De regreso a la Academia, pasó por delante de un hombre que ofrecía un par de caballos y una mula. Úrsula se detuvo a examinar esta última. Después de un poco de vacilación, decidió no comprarla. Hubo de escuchar los insultos del hombre durante varios metros mientras se alejaba.



Capítulo VII

—NO NECESITO LLEVAR TANTO CONMIGO —murmuró como si todavía estuviera hablando con aquel hombre—. Además, atravesaré varios pueblos en el camino.

Cuando llegó a la Academia, pasó por la biblioteca para poner en orden su cuenta, la habitación la pagaría cuando se fuera. Luego se dirigió hacia el comedor para una rápida cena antes de retirarse a dormir.

Se puso en marcha al día siguiente, temprano en la mañana. Poco antes de salir del reino, se detuvo para mirar alrededor. Aun a esa hora se veían problemas por todos lados: gente que peleaba entre sí, que desconfiaban unos de otros.

—No es un reino tan grandioso como parecía cuando llegué —murmuró e hizo dar la vuelta a su montura.

Llegó a las afueras del pueblo ensimismada en sus propios pensamientos. Alrededor de las puertas, había una procesión importante de gente que se iba del reino, pero también que llegaba. Casi todos ellos viajaban en grupo, Úrsula era la única que iba sola. Se adelantó a varios de los viajantes y llegó a la carretera principal. La guardia que estaba apostada allí ignoraba a todos los que pasaban, incluso a unos cuantos que se peleaban entre sí. Úrsula apretó los labios y franqueó las puertas.

Cuando ya había dejado las últimas casas atrás, su caballo comenzó a cojear. Úrsula lo frenó y se bajó de él. Lo revisó en forma minuciosa: una de las patas traseras tenía floja la herradura.

—Maldición —murmuró y comenzó a rebuscar en sus bolsos.

Pocos minutos después, un par de viajeros se detuvieron cerca. Úrsula se tensó.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo sola.

El hombre, que ya había desmontado, vaciló y después se acercó con unas herramientas en la mano.

—Gracias —murmuró Úrsula, pero se ocupó ella misma de ajustar la herradura mientras el caballo no dejaba de moverse y ella comenzaba a sudar.

El hombre parado a su lado no hizo ningún comentario y esperó pacientemente. Úrsula terminó de arreglar la herradura, revisó las otras de nuevo y le devolvió la herramienta.

—Gracias —repitió.

—No hay problema —sonrió el hombre—, mi esposa también es muy testaruda.

Se alejó silbando mientras Úrsula se sonrojaba. La carcajada del otro viajero se escuchó poco después, pero ella lo ignoró y se subió a su caballo.

Más adelante, se cruzó con un grupo de carretas que viajaban juntas. Úrsula las esquivó y se alejó un poco de la carretera principal. Sin embargo, esa noche, cuando se sentó a hacer una fogata, el grupo de carretas acampó cerca y no pasó mucho tiempo antes de que unas personas se le aproximaran.

—Oye, ¿no quieres unirte a nosotros? Es mejor que pasar la noche sola.

—No, estoy bien, gracias.

La mujer que le había hablado se encogió de hombros.

—Siempre puedes acercarte si cambias de opinión.

—Gracias.

El grupo se alejó, con alguna que otra mirada hacia atrás y varios murmullos. Úrsula los ignoró, como ya era su costumbre, y terminó de encender el fuego.

Comió sola, mientras observaba la fogata del otro grupo rodeada de gente charlando y riendo. Sacó su cuaderno de notas, el que se había acostumbrado a llevar como su padre, y se empecinó en leer las últimas anotaciones a la luz de las llamas. Cada vez que las risas de la fogata cercana se elevaban, Úrsula cambiaba de posición. Bufó un par de veces, hasta que al final cerró el libro y tomó la espada. Comenzó con los ejercicios básicos, una secuencia después de otra, pero finalmente, también desistió de esa actividad. Y se acomodó contra un árbol, en una posición semisentada y con los ojos cerrados. Sin embargo, los párpados le temblaban cada vez que las voces se dejaban oír, unas voces que no se callaron hasta la madrugada.

Se puso en marcha bastante temprano a la mañana siguiente, aunque su rostro atestiguaba la falta de descanso. Después de unas horas, se alejó de la carretera principal y se internó en el bosque. Su rostro, ya despejado, mostraba la determinación de cruzarlo.

Verificó sus anotaciones.

—Debe de haber un camino cerca de aquí —dijo y levantó la vista.

Guardó el cuaderno antes de arrear a su caballo. Lo llevó con lentitud, mientras escudriñaba a su alrededor en busca de señales. Pero no encontró el sendero ese día, ni al día siguiente. Al tercero, halló una ruta más o menos despejada y la siguió.

No mucho después, se escuchó el inconfundible sonido del agua que corre. Úrsula arreó al caballo innecesariamente, ya que el animal también había oído el agradable ruido y había aumentado la velocidad.

El río era bastante ancho, aunque no muy profundo. Varias piedras en el lecho, que sobresalían como baldosas flotantes, aseguraban una corriente rápida y agitada. Úrsula desmontó y se acercó al agua. No fue hasta después de tomar el primer trago cuando oyó el zumbido que rozó su cabeza. Se puso de pie de inmediato y corrió hacia el caballo, el animal ya estaba inquieto. Ella lo guio con firmeza de regreso a la seguridad del bosque. Varias flechas pasaron a su lado, pero solo fueron rasguños. Cuando estuvo segura de que el animal estaba a salvo, regresó con cautela cerca del río.

Otra vez, recién cuando se aproximó lo suficiente al agua fue cuando comenzó el ataque. Úrsula los esquivó, se escondió tras una de las rocas más grandes que bordeaban el río y lanzó varios papiros en llamas. Sin embargo, las flechas no menguaron. Ella trató de acercarse al lugar de donde provenían, pero no había suficiente cobertura. Finalmente, decidió regresar con el caballo.

—Necesitamos el agua —dijo mientras acariciaba el cuello del animal— y también necesitamos cruzar el río, pero no creo que podamos hacerlo mientras esquivamos las flechas. —Se volvió para observar las hebras de agua que se podían ver desde allí—. Tendremos que seguir su cauce y cruzar más adelante.

Volvió a subir al caballo y lo guio hasta ponerlo en un camino paralelo al río.

Sin embargo, cuatro días después, todavía sus intentos para acercarse al agua eran neutralizados por una lluvia de flechas.

Úrsula se detuvo a la noche para encender una fogata y cocinar el pequeño conejo que había conseguido. No la molestaban mientras estuviera alejada del agua, pero sus cantimploras estaban vacías desde el día anterior y no lograba cargar más que unos centímetros cada vez que corría hasta el agua.

Después de comer, se recostó para descansar.

—Tendré que enfrentarlos, no me queda otra opción, no puedo seguir desviándome de mi camino.

Le llevó todo un día encontrar a la gente que la atacaba. El grupo que interceptó era de unos pocos muchachos, al borde de la adultez.

Eran muy elusivos y desconfiados. Úrsula se aseguró de avanzar con las manos alzadas y la espada enfundada.

—Solo quiero hablar.

Pasó un minuto antes de que uno de los muchachos se acercara entre las sombras.

—No eres bienvenida aquí, este es nuestro río.

—¿Quiénes son ustedes?

—No pertenecemos a ningún reino, solo a nosotros y este es nuestro río.

—Yo no quiero su río —Úrsula miraba de un lado a otro, las sombras de los muchachos estaban en constante movimiento—, solo quiero atravesarlo y… recargar mis cantimploras.

—Es nuestro territorio.

Úrsula se mojó los labios.

—Solo estoy de paso.

Silencio.

—Miren —bajó las manos y, sin darse cuenta, se llevó una a la empuñadura de la espada—, no tengo más intenciones que las de…

Las flechas comenzaron a caer de inmediato y tuvo que correr para encontrar refugio. Esa vez fueron rasguños más importantes y tuvo que atarse una venda en el brazo derecho.

Al día siguiente, volvió a encontrar al grupo de muchachos.

—¡Vete!

—Solo quiero…, por favor, yo no quería… —Esa vez había dejado la espada con el caballo—. Solo necesito cruzar el río, nada más.

Se escucharon murmullos.

—No pertenecemos a ningún reino.

—Ya sé que…

—No queremos pertenecer a ningún reino, no nos obligarás.

Úrsula frunció el ceño.

—Yo no quiero obligarlos…

—Si saben de nosotros, vendrán.

Le llevó un momento entender el significado de estas palabras.

—No, no, yo solo… —suspiró— estoy de viaje, sola —se mordió la lengua—, solo estoy cruzando un bosque desierto, nada más.

El silencio otra vez por respuesta y después el ruido de pasos apresurados. Úrsula esperó con el cuerpo tenso, pero no vio a nadie acercarse. Aprovechó para intentar llegar al agua. Una flecha se clavó en el piso, justo delante de su pie.

Suspiró y se alejó con cautela.

—No podemos seguir así —murmuró a su caballo cuando regresó junto a él.

Sacó su cuaderno de notas y su mapa.

—Podría ir a este pueblo —señaló el mapa—, pero sería retroceder

y además, ¿qué podrían hacer ellos? De todas formas, tengo que seguir en la dirección del otro lado del río.

El caballo movió las orejas.

—Sí, ya sé que todavía no encontré la forma, pero puedo hacerlo sola, solo tengo que… ¿Qué haría mi padre? —Sacudió la cabeza—. No, mejor sería pensar qué haría Marcos.

Apartó las notas y el mapa y se llevó los dedos a las sienes, las cuales masajeó con fuerza.

—Debería haber comprado alguno de esos hechizos preactivados de defensa.

Durante el resto de ese día y el siguiente, tuvo varios encuentros con el grupo de muchachos y otros distintos, incluso uno con unos cuantos adultos. Todos terminaron en el mismo resultado. Al final, Úrsula tuvo que desistir.

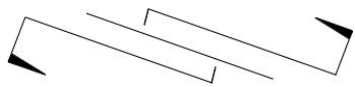
—¡Qué gente tan testaruda! ¿Cómo puede ser tan difícil entender lo que les digo? —Se dejó caer cerca del caballo, quien la miraba con ansiedad. Ella le dio la poca agua había sido capaz de recolectar—. Sería todo tan fácil si todos fueran razonables y escucharan lo que les digo. No es más que lógica, ¿cómo pueden no comprenderlo? —Se mesó los cabellos—. Sí, sí, Marcos, ya sé que dijiste que no es tan fácil como se ve, pero si solo…

No acabó la frase ni tampoco volvió a intentar hablar con aquellas personas que rodeaban el río, sino que siguió su cauce con más determinación, cada tanto acercándose lo necesario para tomar un poco de agua, en busca de un lugar donde pudiera cruzarlo.

Le llevó dos días encontrar un punto donde las flechas llegaban con menos fuerza y en menor cantidad.

—¡Por fin! No puede ser que su terreno sea tan grande.

Primero se acercó un par de veces hasta recargar ambas cantimploras y luego atravesó el río a caballo. Una de las flechas rasguñó al animal y otra se clavó en los bolsos, pero logró cruzar el agua e internarse rápidamente en el bosque que había del otro lado.



YA HACÍA UN DÍA que había dejado el río atrás. Ahora que tenía bastante agua, eran las demás provisiones las que habían comenzado a menguar, ya que la caza había disminuido notablemente. El bosque era bastante espeso y en algunos lugares tuvo que bajar del caballo y guiarlo a pie. Sin embargo, era bastante silencioso, apenas si se oía el ruido de sus pasos sobre las hojas secas y las ramas caídas.

Hacia el atardecer, el tenue camino que había encontrado comenzó a abrirse y un pueblo apareció en un horizonte cada vez más cercano.

Úrsula montó otra vez y galopó hacia él. Al atravesar sus límites, el caballo trastabilló y ella casi se cayó. Detuvo su montura y se dio la vuelta, sus ojos escudriñaron el aire que la rodeaba.

—¿Una barrera? —murmuró.

Retomó la marcha a un ritmo más pausado y se acercó a las casas con cautela. No había nadie en las calles, pero se notaba que el lugar estaba habitado. Úrsula estudió varios edificios hasta encontrar uno que tenía posibilidades de ser una posada. Desmontó y se acercó a la puerta con cierta vacilación, hasta que se escucharon los murmullos que provenían de dentro y el ruido de vasos.

Ató al caballo al poste que había fuera y entró en la posada. Encontró que allí se apiñaba casi todo el pueblo.

—Mmm —se aclaró la garganta Úrsula—, me preguntaba si daban alojamiento.

El posadero se acercó a ella.

—Tenemos una habitación disponible. —Miró por sobre el hombro de Úrsula—. ¿Es para una sola persona?

—Sí.

El posadero le hizo una seña a un muchacho que estaba sentado junto a la puerta. El chico se levantó de un salto y salió a la carrera.

—Él se ocupará de tu caballo. —El hombre se dio la vuelta—. Te llevaré a la habitación.

Úrsula lo siguió por la escalera.

—¿Quieres cenar allí o abajo?

—En la hab… —Úrsula se detuvo de repente—, mejor abajo.

El posadero asintió y le señaló una puerta.

—Baja cuando quieras, estaremos bastante más tiempo despiertos y siempre hay comida y bebida a la mano.

Úrsula entró en la habitación, era pequeña, bien dispuesta y limpia. Se sacó un poco de ropa y se lavó la cara y los brazos. Miró por la ventana. Fuera ya era prácticamente de noche. Un instante después, sonó el aullido lejano de un lobo. Úrsula frunció el ceño, pero no le prestó mayor atención y abandonó la ventana.

Sacudió un poco la ropa que se había sacado y arregló un poco la que todavía llevaba puesta. Luego se mojó el cabello y trató de arreglarse un poco antes de bajar a cenar. Dejó los bolos y alforjas sobre la cama. Por un momento, consideró llevar la espada, pero finalmente la dejó y se decidió por un pequeño bolso con algunos papiros.

Ya en la parte de la posada que funcionaba como taberna, se podía ver que el lugar estaba más concurrido que antes si cabía. Sin embargo, al ver a la maga, le hicieron espacio en una pequeña mesa para dos. La comida que le sirvieron lucía simple. Úrsula comió un bocado y cerró los ojos.

—Caliente y bien sazonada —murmuró—, sin carne de conejo, por fin.

Durante los próximos minutos, se dedicó a disfrutar de la comida. Los pueblerinos apenas si parecían acusar su presencia, aunque no dejaban de murmurar. Parecía como si estuvieran a la espera.

Úrsula estaba dando los últimos bocados a su cena cuando se oyeron otra vez los aullidos de los lobos, esa vez más cercanos. Instintivamente, levantó la cabeza y miró hacia la puerta. El chico que estaba sentado allí se le acercó de un salto.

—No se preocupe, señorita —dijo el muchacho—, el caballo está en el establo, a buen resguardo, por las dudas.

—Los lobos no suelen acercarse a los pueblos —informó Úrsula.

—Estos sí —asintió con vehemencia el chico—, al menos lo hacían antes de la barrera.

—La sentí —murmuró pensativamente Úrsula—. ¿Sabes quién la puso allí?

—Sí, señorita, unos magos que pasaron por aquí hace ya tres días —su rostro se volvió triste—, pero ya no funciona tan bien como al principio.

—¿Qué sucedió?

El muchacho se encogió de hombros. Los aullidos se incrementaron. Úrsula se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Tal vez sea mejor que no salga —sugirió el posadero, quien se había acercado sigilosamente—, no sabemos cuánto resistirá la barrera. —Sacudió la cabeza—. La idea era buena y la niña casi desfallece al hacerlo, pero…

—Iré a inspeccionar —dijo Úrsula con un tono que no admitía réplica—, no se preocupe por mí, también soy maga.

Se escuchó un leve murmullo cuando cerró la puerta de la posada tras de sí. Se acercó a pie hasta los límites del pueblo, sin dejar de verificar alrededor. Al llegar allí, encontró que decenas de lobos se apiñaban contra la barrera. No dejaban de aullar y cada tanto alguno arremetía contra el muro invisible.

—Esto no es normal —murmuró Úrsula.

Se acercó un poco más y se llevó la mano a la cintura. No llevaba la espada. Chasqueó la lengua y se sobresaltó cuando un sonido grave sonó frente a ella. Un lobo que la miraba con fijeza tenía una expresión casi humana.

—Pero no existe magia que controle a los animales —murmuró—. O al menos no se suponía que existiera.

Otros lobos golpearon contra la barrera y ella retrocedió.

Volvió a la posada con paso agitado y sin dejar de mirar hacia atrás cada tanto. Todos los murmullos cesaron de inmediato cuando entró y varios pares de ojos la miraron con expectación.

—Eso no son lobos normales.

—No, señora —dijo un granjero.

—¿Los otros magos…?

—No hicieron mal trabajo —repitió el posadero—, la barrera resiste. Nos dijeron que con el tiempo menguaría, pero los lobos están cada vez peor y no creemos que vaya a durar mucho más.

Úrsula volvió a mirar la puerta luego de que se oyera otro aullido.

—Ahora es muy peligroso salir, pero hay alguien detrás de esto. —Endureció el gesto—. Magos, probablemente.

—Buscamos durante varios días, incluso antes de la barrera —explicó el granjero—, pero nunca encontramos a nadie.

—Si no les molesta, echaré un vistazo alrededor mañana.

Se miraron unos a otros.

—Pues no —dijo el granjero.

—Ya quisiéramos librarnos de esos lobos —agregó el posadero.

—Bien —asintió Úrsula—, entonces creo que iré a dormir un poco.

Le abrieron el paso en silencio, los murmullos no retornaron hasta que ella no llegó a su habitación.

Como era su costumbre, se levantó al alba. Luego de hacer sus abluciones y vestirse, al bajar a la taberna, encontró el lugar todavía bastante poblado. El granjero se acercó a ella apenas se sentó a una mesa.

—Luego del desayuno, la acompañaré, señorita.

Úrsula abrió la boca, ya estaba moviendo la cabeza en negación, pero captó el peso de demasiadas miradas sobre ella. Así que apretó los labios y asintió. El posadero le acercó el desayuno a los pocos minutos.

Media hora después, ella y el granjero caminaban hacia las afueras del pueblo.

Úrsula tardó dos horas en encontrar un rastro. Lo siguieron con cautela, hasta que escucharon el ruido de voces. Ella le hizo un gesto silencioso a su acompañante y sacó su espada. Se acercaron con sigilo. Apenas ocultos por unos arbustos, había cuatro hombres sentados alrededor de una fogata apagada.

—No, eso ya lo intentamos —dijo uno—, deberíamos probar esto otro.

—Ya estoy cansado de probar —se quejó otro—, ¿por qué no entramos al pueblo?

Todos estaban leyendo una única hoja de papiro, bastante vieja.

—Es mejor que sepamos si se puede romper una barrera.

Úrsula miró al granjero, que estaba en el lado opuesto. El hombre asintió, llevaba un largo cuchillo en la mano. Úrsula lanzó el primer papiro. Los hombres se irguieron de inmediato. Ella esgrimió la espada con rapidez y alcanzó a herir a dos antes de que ellos lanzaran su

propio ataque. El granjero se arrojó sobre la espalda del que había lanzado un papiro. El grito de ese hombre distrajo a los otros y Úrsula lo aprovechó.

Poco después, solo ella y el granjero quedaban de pie. Úrsula tenía la mirada fija en uno de los magos a sus pies. No parecía podía quitar la vista de la herida roja que aún rezumaba.

—¿Fue tu primera vez, muchacha?

Úrsula miró al granjero, aún sin palabras.

—Fue en defensa propia, no lo olvides —suspiró con pesadez—, aunque nunca es fácil.

Úrsula asintió en silencio. El hombre se acercó los dos que estaban heridos e inconscientes. Les vació los bolsillos y les ató las manos y los pies. Úrsula se agachó a levantar un trozo de papiro que el grupo había estado leyendo. Lamentablemente, no había sobrevivido a la lucha.

—¿Eso era lo que enfurecía a los lobos?

Úrsula se sobresaltó, el granjero estaba mirando por sobre su hombro. Aferró la espada que aún llevaba en la mano.

—Creo que sí, pero nunca había escuchado de este tipo de magia.

—Entonces es mejor que desaparezca.

Úrsula no contestó.

Volvieron al pueblo arrastrando a los dos magos restantes. Mucha gente los recibió a mitad de camino y entre exclamaciones de alivio, enojo, alegría y festejo, les quitaron la carga que llevaban encima y los arrastraron hasta la posada.

El posadero invitó tragos para todos y decidió no cobrarle el alojamiento ni la comida a Úrsula. Ella agradeció, pero se quedó en un rincón mientras el resto del pueblo festejaba y reía en un ambiente más relajado.

El granjero se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro.

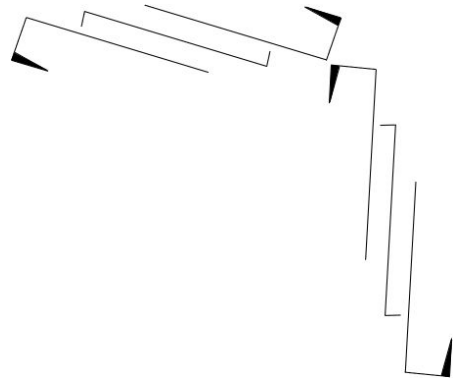
—No pienses más en ello, sino en esto —hizo un gesto para abarcar toda la gente que conversaba con entusiasmo y se felicitaban unos a otros—, esto fue lo que hiciste.

Úrsula inspiró profundamente, asintió y se dejó llevar hasta una de las mesas. Aceptó uno de los tragos y se esforzó en integrarse en las conversaciones.

—¿Hay algo más que necesites? —preguntó el posadero, que se había acercado a ella con una sonrisa.

Úrsula sonrió a su vez, todavía con algo de vacilación.

—Mmm, ¿un baño?



Capítulo VIII

YA HACÍA UN DÍA que habían resuelto el enigma de los lobos. O, por lo menos, habían descubierto quién los manejaba. Casi todo el día anterior lo habían pasado festejando y cuando durante la noche no se escuchó ni un solo aullido, los festejos comenzaron otra vez. Úrsula se había mostrado cada vez más relajada, incluso se había unido a varias de las charlas. La habían consultado por varios temas, el más importante de todos: qué harían con los dos magos sobrevivientes. Finalmente, habían decidido recluirlos en una de las casas abandonadas hasta que la guardia real itinerante pasara por allí y pudieran enjuiciarlos. Varios hombres se habían ofrecido como voluntarios para montar guardia durante día y noche. También hubo voluntarios que habían ido hasta el lugar de la pelea de Úrsula y el granjero para enterrar a los otros dos magos. Ella hizo un amago, pero no se ofreció a ayudarlos.

Cuando se hizo de noche, el pueblo otra vez se había reunido en la posada. La expectación se había condensado en el aire mientras todas las miradas se habían concentrado en Úrsula. La muchacha se había movido varias veces en su silla y había mirado hacia las escaleras que llevaban a su habitación, hasta que el granjero que la había acompañado esa mañana se había sentado frente a ella con una sonrisa reconfortante en el rostro.

Cuando ya entrada la noche, no se oyeron aullidos, todos salieron a las calles. El perímetro estaba libre de visitas no deseadas y el pueblo hizo una fiesta allí mismo, incluso los niños permanecieron despiertos hasta tarde. Llevaron a rastras a Úrsula al centro de los festejos y no pararon de agradecerle.

Esa mañana, Úrsula estaba tomando su segundo baño en dos días. Tenía en su mano el único trozo de pergamino que había quedado.

Hacía horas que lo miraba fijamente, con la vista ya empañada y el ceño fruncido con furia. El agua ya se había enfriado y la piel se le había arrugado en casi todo el cuerpo. Con un estremecimiento, se despertó de su ensueño y, con cuidado, se decidió a salir.

No había terminado de vestirse cuando sonaron golpes a la puerta. Al abrirla, encontró al posadero fuera con una bandeja.

—La esposa del granjero hizo unos bollos muy buenos. Y creí que te gustarían algunos con un poco de café.

—Gracias —dijo Úrsula algo incómoda y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

El posadero no dejó de sonreír mientras acomodaba el refrigerio en la única pequeña mesa de la habitación y aún lucía una amplia sonrisa cuando salía del cuarto.

—Mandaré a alguien a buscar la tina.

—Gracias —repitió Úrsula y cerró la puerta.

Úrsula tomó un largo trago del café humeante y le dio un mordisco a uno de los bollos. Cerró los ojos un momento y luego lo miró con satisfacción.

—Mmm —murmuró con la boca ya llena del segundo mordisco—, es cierto que están muy buenos.

Se comió dos antes de volver a centrar su atención en el pergamino. En un rápido impulso, rebuscó en su bolso y sacó el cuaderno donde había hecho las anotaciones junto a su padre.

—Esto me suena a algo —murmuró para sí mientras pasaba las páginas—, estoy segura de que debe estar por aquí.

Sin embargo, no logró encontrar lo que buscaba y, unas horas después, arrojó el cuaderno sobre la cama y se sentó en el piso.

A la tarde, bajó a la parte de la posada que funcionaba como taberna. Había estado caminando en círculos dentro de su pequeña habitación y murmurando para sí.

—Algo falta, algo falta —miró por la ventana y luego otra vez al cuaderno que ahora yacía sobre el piso—, algo falta, pero no puedo seguir demorándome más aquí. Tengo que continuar el viaje.

Fue entonces cuando bajó las escaleras y volvió a encontrarse con gran parte del pueblo sentado en la taberna. Cada uno que pasaba a su lado no dejaba de agradecerle y, a esa altura, Úrsula ya parecía haberse acostumbrado a ello. Se sentó a una de las mesas sin prestar atención a las miradas que recaían sobre ella.

El granjero apareció poco después, acompañado por otro hombre mucho mayor.

—¿Tienes un momento?

—Claro —dijo Úrsula e hizo un gesto a la silla frente a ella.

—Este es el viejo molinero.

—Hola, señor.

El viejo asintió.

—Estuve pensando —comenzó el hombre más joven—; a los otros magos les pagamos con unos mapas que ya no tenemos, entonces tal vez a ti también te interese el conocimiento.

Úrsula se inclinó hacia delante y fijó su mirada en el hombre.

—No sé qué será ese pergamino que vimos, lo poco que llegamos a ver —prosiguió el granjero—, pero hubo un símbolo que me llamó la atención.

Le hizo un gesto al viejo y este abrió la cartuchera que llevaba consigo, arraigada a sus curvos dedos. El cuero crujió cuando el hombre lo extendió sobre la mesa. Con lentitud, sacó un solo papiro, pequeño y amarillento, muy similar al que habían tenido aquellos magos en sus manos.

—¿Puedo verlo? —preguntó Úrsula y extendió el brazo.

—Con cuidado —dijo el viejo con voz enclenque—. Era de mi abuelo, lo consiguió en uno de sus tantos viajes.

—No se preocupe —sonrió ella—, tendré cuidado.

Úrsula tomó el pergamino en sus manos con suavidad. Frunció el ceño al ver la escritura, movió los labios en silencio y luego se mordió uno de ellos.

—Parece ser que estará en nuestro… —susurró—, pero algo no está bien... —Se inclinó más sobre el pergamino y se concentró en una palabra—. Sin embargo, me resulta tan familiar….

Siguió una línea con el dedo, sin llegar a rozar el papiro, y las letras se acomodaron y se alinearon de forma ligeramente diferente.

—¿Qué fue eso? —preguntó el granjero y abrió los ojos en toda su extensión.

—¿Se rompió? —chilló el viejo.

—No, no —se apresuró a decir Úrsula—, es…, es sensible a la magia, como si fueran runas.

Se dio cuenta de que más gente se reunía a su alrededor, aunque guardaban las distancias. Úrsula se removió incómoda en su asiento.

—Hazlo de vuelta —dijo el granjero con entusiasmo.

Ella echó una mirada a la gente que los rodeaba y luego rozó otra vez las letras con el dedo y estas se reordenaron.

—¿Qué dice? —preguntó una de las personas que estaba detrás de ella.

—Parece ser la crónica de un viaje —frunció el ceño Úrsula—, pero es parcial.

Recorrió todo el pergamino, cada tanto pasaba los dedos y esperaba a que las palabras se acomodaran. Después, se quedó en silencio un largo rato. El resto del pueblo aguantaba la respiración con ella.

—Es muy raro —murmuró de repente.

Se inclinó sobre el pergamino otra vez y volvió a recorrerlo, esa vez con más velocidad, hasta que se detuvo súbitamente. Los ojos se le agrandaron y abrió ligeramente los labios.

—¿Encontraste algo? —dijo el granjero, quien no podía estirarse más sobre la mesa.

—Creo que sí —murmuró ella, y luego sonrió—, creo que sí. Me parece que ya sé por dónde continuar mi viaje.

—Entonces la deuda está paga. —Sonrió el granjero.

—Solo una cosa más —dijo el posadero, que en algún momento se había unido al grupo de personas que los rodeaban.

Úrsula se volvió hacia él.

—Habrás notado que no te hicimos preguntas sobre tu viaje ni tu destino, ni siquiera ahora, cuando te ayudamos a continuarlo.

—Es cierto —dudó Úrsula—, yo…

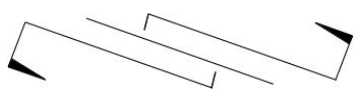
—No —dijo el hombre y levantó una mano, luego señaló el pergamino—. Nosotros no preguntamos ni hablamos mucho sobre ti a los que vengan después. También habrás notado que solo aludimos a los otros magos, sin nombrarlos ni nada más.

El viejo molinero guardó el pergamino con parsimonia.

—Entiendo —asintió Úrsula—, yo solo pasé por aquí a descansar unos días en la posada. No ocurrió nada más.

El posadero asintió a su vez e invitó a todos con una ronda de bebidas gratis. Úrsula cenó allí con todos ellos, aunque se retiró temprano, luego de anunciar que partiría en la mañana.

Esa noche hubo fiestas otra vez. Los vecinos gritaban y reían y, cada tanto, se detenían a escuchar el silencio.



HABÍA PARTIDO SOLA DEL PUEBLO, pero todo en su postura y expresión indicaba que iba con ánimos renovados. Llevaba las alforjas llenas de comida y agua para el nuevo viaje. Hasta el caballo parecía estar feliz de estar otra vez en movimiento.

Si bien apenas abandonó el poblado se aseguró de alejarse en la dirección contraria a la que había llegado, no tardó en encontrarse otra vez con el bosque. Sin embargo, esa vez sabía que era el mismo que había recorrido antes, lo había revisado en uno de los mapas del pueblo. La verde espesura solo hacía un hueco en su seno para albergar al pueblo y luego se extendía por kilómetros y kilómetros; en algunas partes parecía un bosque normal y en otras se tornaba espeso y sombrío.

El primer día, Úrsula avanzó con bastante rapidez. Hizo una sola parada en el camino para almorzar y luego aprovechó toda la luz del

sol para cubrir la máxima distancia posible. Cuando decidió detenerse a dormir, la noche ya era cerrada y se había levantado una brisa fresca. Cenó las sobras del almuerzo y, después de atender a su montura, se recostó contra el tronco de un árbol. Siempre con el oído atento, le llevó varios intentos obviar los ruidos normales a su alrededor para caer en el sueño.

El segundo día fue una repetición del primero. El bosque se volvía por momentos más cerrado, pero aún era transitable a caballo y había conseguido una pequeña caza que le permitiría no menguar sus reservas de comida. Aunque no había encontrado ninguna corriente de agua, todavía no parecía estar preocupada por este hecho.

El tercer día, la mañana fue igual a las dos anteriores: un avance rápido y fácil. No fue hasta el mediodía que comenzó a mostrarse incómoda. Cada tanto se detenía y se erguía sobre los estribos. Miraba a su alrededor con el ceño fruncido y la mano en el pomo de la espada. Hasta su montura parecía avanzar con especial silencio y cuidado.

Cuando se detuvo para almorzar, no hizo una fogata, sino que engulló la comida fría, sin dejar de mirar a su alrededor. El caballo piafó con suavidad y ella le acarició el hocico. Luego, con una repentina resolución, retomó el camino en sentido contrario.

Al poco avanzar, se oyeron ruidos frente a ella. Eran rumores de hojas y movimientos, pero no era el viento. Algo se arrastraba por el piso, algo grande. Úrsula merodeó por la zona, pero lo que fuera que hubiera allí la eludía. Sacó un papiro y escribió unas runas rápidas. Lo activó y lo arrojó contra unos arbustos especialmente comprimidos. Solo se oyó el estallido de la magia y las hojas que volaron a su alrededor.

Con una última mirada, Úrsula hizo girar su montura y retomó su camino. Esa noche la pasó en guardia, apenas durmió algún que otro minuto. Cuando la luz fue suficiente para ponerse en marcha otra vez, preparó sus cosas y montó el caballo. No había terminado de acomodarse en la silla cuando algo la hizo voltearse. El bosque se erguía silencioso a su alrededor. Úrsula azuzó al caballo y salió al galope.

Las ramas bajas comenzaron a ponerse en su camino. Tuvo que inclinarse sobre el cuello del caballo. Lo hizo girar a la derecha varias veces, hasta acabar haciendo un círculo. Ahora se hallaba detrás, detrás del ruido que la seguía desde el día anterior. Y vio que eran dos jinetes. Ambos llevaban capas con capucha, muy similares a la de ella. Uno de ellos parecía ser más pequeño, tal vez fuera una mujer. Por lo menos de espaldas, no llevaban nada que los identificara.

Úrsula acarició las crines de su caballo para mantenerlo tranquilo. Los jinetes se habían detenido. Desde donde se encontraba Úrsula solo

se escuchaba un murmullo de lo que parecía una agitada conversación. Úrsula esperó con paciencia, hasta que los jinetes se decidieron y retomaron la marcha. Ella los siguió con el mayor sigilo posible.

No habían avanzado mucho cuando uno de ellos, el más alto, se dio la vuelta. Úrsula se llevó la mano automáticamente a la cintura, pero allí quedó. Los dedos se deslizaron lánguidos por el pomo de la espada mientras ella tenía la mirada clavada en el jinete. Se escuchó una risita que procedía de su compañero.

—Así que ahí estás. —La voz de Perla sonaba amortiguada en ese bosque, el cual le quitaba su tono filoso.

Sin embargo, Úrsula no le prestó atención a ella, solo podía mirar al hombre que tenía frente a sí.

—Úrsula —Marcos adelantó su caballo hacia ella—, es una suerte que te hayamos encontrado.

—¿Con ella? —Fue lo primero que salió de los labios de Úrsula—. ¿Ahora estás con ella?

—Es irrelevante —dijo Marcos.

—¡¿Irrelevante?! —chilló Perla—. Soy la mejor maga de ataque de la Academia.

—Después de mí —aclaró Úrsula automáticamente, todavía sin mirarla.

—Tú ya no perteneces a la Academia. —Sonrió la rubia joven.

Úrsula entornó los ojos hacia su tutor.

—Es algo que podemos arreglar rápidamente si vuelves con nosotros —dijo este.

—Con ustedes —murmuró Úrsula.

—Conmigo. —Marcos se acercó un poco más—. Sé que es difícil de entender, pero esto también lo hago por ti.

—¡No! —Retrocedió Úrsula—. Es solo por ti y por tu miedo. No puedo creer que me hayas traicionado con ella.

—Nunca haría algo así —se irguió Marcos—, ella no sabe nada.

—Eso es lo que crees, viejo. —Sonrió Perla mientras metía una mano en su bolsillo—. Sé mucho más de lo que piensas.

Sacó un papiro ya activado, el cual lanzó su luz mortecina a los árboles que los rodeaban.

—¡No! —dijo Marcos y se interpuso con rapidez entre ella y Úrsula, lo que dio tiempo para que Úrsula lanzara su propio papiro y saliera al galope.

Ella llevaba la ventaja de ya haber recorrido ese camino y saber por dónde las ramas permitían pasar a caballo y por dónde no.

Azuzó a su caballo e hizo caso omiso del grito de Marcos.

Estuvo corriendo durante el resto del día, hasta que su montura ya no aguantaba más el ritmo. Sin embargo, ni siquiera así se detuvo. Se

bajó del caballo, le dio un poco de agua, tomó unos tragos ella y luego continuó con su marcha a pie.

El bosque comenzó a ralear de pronto y Úrsula frunció el ceño.

—Me desvié demasiado —dijo entre dientes y dejó escapar un suspiro.

Poco después, encontró rastros de una población cercana, comenzaron a aparecer huellas de caballos, carretas y caminos claramente marcados. No tardó mucho en encontrar a otras personas que viajaban, aunque la mayoría estaba buscando un lugar donde acampar, ya que había oscurecido no hacía más de una hora.

Úrsula siguió avanzando hasta que era la única persona que caminaba por el sendero. Muchos la miraban con extrañeza, pero ella ni siquiera parecía notarlo, sumida como iba en sus propios pensamientos. Cuando los bostezos comenzaron a sucederse uno tras otro, buscó un lugar alejado de las demás personas y se dispuso a pasar la noche.

A la mañana siguiente, se levantó con el alba y, después de un frugal desayuno, se puso en camino. Con el caballo ya descansado, avanzó a un trote lento. Las conversaciones a su alrededor comenzaron a incrementarse y algunos jirones llegaron hasta ella. Se volvió bruscamente cuando algo le llamó la atención.

—¿Este camino lleva al tercer reino? —dijo antes de darse cuenta de haber hablado en voz alta.

El hombre que viajaba no lejos de ella, sobre una carreta desvencijada y con una esposa sentada a su lado, se rio con ganas.

—¿Y a dónde pensabas que ibas, niña?

Úrsula frunció el ceño y se mordió la lengua antes de responder.

—No estaba segura, pensé que habría un poblado por aquí.

El hombre asintió, aunque más por lo que pensaba que por lo que ella hubiera dicho.

—Un poblado grande. —Sonrió—. Es momento de dejar el viaje, niña, cuando ya no sabes dónde estás.

Úrsula se dio la vuelta y volvió a mirar hacia delante, murmurando algo por lo bajo.

—No le hagas caso, niña —gritó la mujer a su espalda—, no es mal hombre, aunque tiene un sentido del humor algo extraño.

Úrsula miró por encima de su hombro y le dedicó una leve señal de asentimiento.

—De todas formas —continuó la mujer—, haya sido o no tu intención, nunca viene mal un pequeño descanso en el viaje. —Frunció los ojos como si estuviera tratando de verla en forma más definida—. Estás algo pálida, no estás comiendo ni descansando bien.

—Estoy bien —dijo Úrsula y se dio la vuelta—, gracias.

Discretamente, azuzó al caballo para que fuera un poco más rápido

y así alejarse sutilmente de esa carreta.

Las puertas de acceso al tercer reino no estaban muy lejos; aunque había un pequeño atoramiento, Úrsula fue capaz de cruzarlo rápidamente ya que solo llevaba el caballo sobre el cual iba montada. Apenas cruzó la muralla, miró con asombro a ambos lados, no cabía duda de que se trataba de un reino rico, aun tan lejos del centro, donde seguramente vivían las familias más acomodadas.

Úrsula preguntó el precio en varias posadas y este iba aumentando a medida que se alejaba de las murallas exteriores. A media mañana, dejó de hacer preguntas y solo pidió la indicación para ir a la Academia.

Una vez allí, el trato fue el mismo que en el primer reino, la condujeron a una habitación privada donde le preguntaron el motivo de su visita y la invitaron a pasar una noche. El costo de las noches siguientes era bastante menor que en las posadas, por lo que Úrsula aceptó al instante, aunque rehusó ayuda para la biblioteca, así como sacar libros de ella.

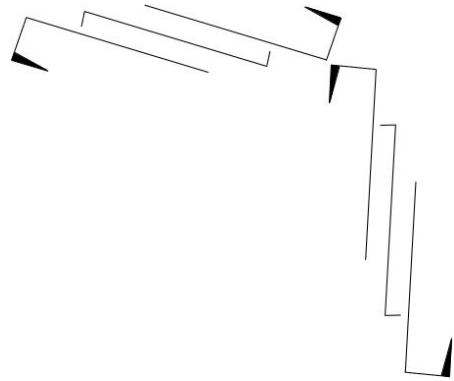
Pasó varios días sumergida en libros, cada vez más antiguos y más difíciles de descifrar; sin embargo, su cuaderno de apuntes no tenía ninguna nueva observación. Allí también aprovechó para entrenar todas las mañanas, repasar algunos de los hechizos que más necesitaría para el viaje y reponer su provisión de papiros.

Después de varios rechazos a los magos que se le acercaban para ayudarla, a cambio de una módica suma, según algunos, Úrsula consiguió que la dejaran en paz. Pero aquello tampoco sirvió en su búsqueda. Un mago obeso en particular le dedicó varias miradas interesadas, aunque nunca se decidiera a hablarle y ella optó por ignorarlo. A la semana, tuvo que darse por vencida.

—Esto no es más que una pérdida de tiempo —dijo una tarde tras cerrar el libro que estaba leyendo y ponerse de pie. Cerró los ojos un momento—. Debo retomar el viaje.

Miró a su alrededor, había poca gente en la biblioteca ese día y ya nadie le prestaba atención. Asintió en silencio, como si estuviera poniéndose de acuerdo con ella misma, y comenzó a recoger los libros sobre la mesa.

Lo que quedaba del día se dedicó a adquirir provisiones para el viaje, en el cual se embarcó al día siguiente.



Capítulo IX

LE LLEVÓ SOLO UN DÍA alejarse del ajetreado reino y sus alrededores, pero cuando había cambiado a un trote cómodo, vio señales de otros viajeros por la ruta que seguía.

—Marcos —murmuró para sí y, con sigilo, se dedicó a rastrear las huellas.

Dos días después, los había encontrado. Aunque ellos no la vieran, Úrsula pudo asegurarse de que se trataba efectivamente de su tutor, o extutor, y su compañera de estudio, por llamarla de alguna manera. Se quedó varias horas observándolos, mientras intentaba decidir su curso de acción. Al final, optó por alejarse de allí.

Al principio, solo había galopado durante unas horas, no debería llevarle más que eso huir de aquellos que no la estaban siguiendo en ese momento. Pero ya llevaba días alejándose de Perla y Marcos, una vez había alcanzado a escucharlos tras ella, aunque los sonidos de sus casos indicaban que no se habían percatado de su presencia. Úrsula se había detenido varias veces para borrar su huella, era una suerte que Marcos no hubiera sido su único tutor. Su padre siempre se había mantenido como parte de su entrenamiento. Aun cuando había dejado de practicar la magia y se había separado de la comunidad.

Durante los siguientes días, Úrsula trató de alejarse tanto de ellos como de su destino, para que no quedaran rastros en aquella dirección, pero sin desviarse demasiado. El viaje debería haber sido más rápido luego de salir del reino, pero por fin, después de una semana, fue capaz de ver las cumbres que su padre y ella habían sospechado, las que creían que mencionaban esas crónicas perdidas del pequeño pueblo.

Hizo un alto en el camino. Aunque hacía días que estaba segura de que los había perdido definitivamente, se cuidó de elegir un lugar

apartado y rodeado de árboles y arbustos. Revisó sus suministros y comió solo un poco de ellos, ya no le quedaban casi provisiones y tuvo que restringirse a nada más que dos tragos de agua.

Miró fijamente hacia el camino que había recorrido, no se escuchaba nada más que los ruidos naturales de un bosque tranquilo.

Sacudió la cabeza.

—No puedo arriesgarme —dijo para sí y suspiró—, si se les ocurre seguirme hacia aquí…, si llegan siquiera a sospechar… Aunque Marcos lo sabe, pero es mejor si no…, si llego yo antes. —Sacudió la cabeza otra vez, con más fuerza—. Finalmente, tendré que hacer lo que quería evitar, lo que mi padre hubiera hecho en un principio: tendré que tenderles una trampa.

Se levantó y puso manos a la obra. Al pasar cerca de su montura, le dio unas cariñosas palmadas en el cuello.

—Lo lamento por los caballos —murmuró—, pero no puedo permitir que sigan con esta persecución.

Ya llevaba dos horas armando su trampa cuando se oyó el sonido de cascos. Se notaba que habían cogido velocidad y no se molestaban en ocultarlo.

Úrsula dejó que se acercaran lo suficiente para que vieran dónde estaba e incluso para que Marcos gritara su nombre y después salió al galope, ignorando el llamado de su tutor. Los ruidos se aceleraron a su espalda. Se escucharon explosiones y gritos, y luego el silencio. Úrsula sonrió, con algo de tristeza, y galopó un poco más.

Cuando consideró que se había alejado lo suficiente, borró sus rastros y se apresuró a desviarse de su camino anterior y acercarse al verdadero, al que quería recorrer. Solo vaciló al mirar las cumbres, no podía saberse si estaba del lado correcto de ellas o no.

Tuvo la suerte de encontrar un río muy angosto, pero que le permitió llenar sus cantimploras. Un par de días después, el bosque comenzó a ralear, era posible ver la luz filtrarse entre los troncos y pequeños trozos de cielo entre las hojas.

Al tercer día, cuando estaba haciendo un reconocimiento de la zona antes de ponerse en marcha, la alertó un ruido de batalla.

—Marcos. —Fue la primera palabra que se le escapó de los labios.

Se detuvo, frunció el ceño e inclinó la cabeza para concentrarse en el sonido.

—Pero ¿contra quién pelean?

Se acercó con cautela hacia el lugar del cual provenían los ruidos, con sus instrumentos listos. Luego de salir del reino, se había cuidado, como siempre, de no utilizar muchos papiros. El ruido de explosiones y choque de metales se hizo más fuerte. Pronto fue capaz de ver a un joven mago luchar contra otro mayor que sonreía y parecía tener el control de la situación. También había una muchacha a caballo, que

llevaba un bulto delante de ella. Por la forma en que se comportaba, no era una luchadora. Otro mago se acercó a la joven y aferró las bridas del caballo. Úrsula no lo pensó más y se lanzó en su defensa. Tal vez con más entusiasmo del necesario.

Ya fuera por la sorpresa o por la falta de preparación de su contrincante, Úrsula pudo imponerse con facilidad y guio a los jóvenes hasta el refugio que había usado la noche anterior, el cual todavía no había desarmado. Apenas ayudó a la joven a descargar a su amiga del caballo, se fijó en el muchacho. Solo bastaron unas cuantas palabras entre ellos para que Úrsula tensara los hombros y entornara los ojos cada vez que lo viera.

—Toma —dijo Úrsula y le tendió a Inés unos papiros en blanco.

—Gracias —respondió Inés—, eres muy amable.

La observó intentar curar a su amiga y fallar, más de una vez. Al final, se decidió a hablar.

—No sé mucho sobre magia de curación —dijo Úrsula—, pero creo que debes dejar la culpa de lado, no fue tuya.

—Es que si yo no hubiera… —Se le llenaron de lágrimas los ojos a Inés.

—No debes disculparte por querer seguir tu destino —dijo con ferocidad Úrsula.

Inés asintió.

Después de unos segundos de silencio, Úrsula captó el brillo del anillo de Inés y le pidió verlo. Lo observó un rato con fijeza y el rostro serio. Sin decir una palabra, sonrió y se puso de pie. Ante la extrañeza de Inés, se volvió hacia Fermín, quien las observaba a cierta distancia.

—Vamos —le dijo al muchacho—, buscaremos algo de comer.

—¿Quién eres para dar órdenes?

Úrsula se encogió de hombros.

—Si no tienes hambre…

El joven mago la siguió de mala gana. Cada tanto le lanzaba miradas furtivas que ella se guardaba de ignorar. Sin embargo, luego de unos minutos de caminata, no fue capaz de reprimir un comentario.

—¿Qué te pasa? ¿Nunca habías visto una maga de ataque?

—Sí —dijo Fermín—, pero nunca una que también manejara la espada. —Úrsula sonrió—. ¿Es que no te gustaba ninguna actividad femenina?

Úrsula desenvainó con rapidez y apuntó al cuello. El filo quedó a solo unos centímetros de la piel.

—De donde vengo, no hay diferencia.

—Ah, sí —el muchacho no se inmutó—, *ese* reino, tan pequeño… que no alcanza para dividirse en hombres y mujeres —dijo con sorna.

Úrsula apretó los labios y, con esfuerzo, guardó la espada otra vez.

—Me haces perder el tiempo, debemos encontrar comida antes de que anochezca.

Fermín no borró la sonrisa de su rostro en todo el tiempo que estuvieron juntos. Cuando volvieron, Inés había curado a su amiga. Fermín la miró con sospecha, aunque mantuvo las distancias. Úrsula, por su parte, no pudo evitar mirar el anillo que brillaba en el dedo de la joven maga.

Después de una cena rápida y tensa, Úrsula anunció que ella haría la primera guardia, que también sería la segunda y la tercera. Resultaba difícil oponerse a sus órdenes cuando las daba con tanta determinación.

Una vez que todos estuvieron dormidos, Úrsula sacó su cuaderno de apuntes y esforzó la vista para ver los símbolos que había copiado y remarcado varias veces en todas sus búsquedas. Cuando lo vio ahí, soltó la respiración que había estado conteniendo y pasó los dedos suavemente sobre aquellos símbolos. El resto de la noche se dedicó a mirar a Inés mientras dormía.

—¿Qué debo hacer? —musitó—. ¿Qué?

La mañana siguiente la encontró otra vez mirando dormir a Inés. Fermín también tenía los ojos cerrados, pero estaba inconsciente y maniatado. Cuando Úrsula se puso de pie, había tomado la decisión hacía tiempo. Se acercó a Inés y la zarandeó con suavidad. Había algo en ella que hacía querer tratarla con delicadeza. Apenas abrió los ojos Inés, Úrsula le hizo señas para que mantuviera el silencio. Entre las dos despertaron a Jimena y la ayudaron a alejarse un poco del refugio para no despertar a Fermín.

Úrsula preparó rápidamente una fogata y compartieron el desayuno. Inés le agradeció otra vez su amabilidad. Úrsula se removió incómoda.

—No es para tanto.

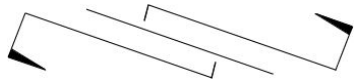
Jimena la observaba con fijeza y casi con desafío, pero Úrsula solo asintió en reconocimiento. Poco después, las ayudó a montarse al caballo y luego se acercó a Inés, le hizo señas para que se inclinara. Ignoró las miradas que le lanzaba Jimena desde detrás de Inés y le habló al oído a la sanadora.

—¿Puedo preguntar desde qué dirección vienes? —Su mirada se desvió un segundo hacia el anillo.

Inés se mordió el labio y pestañeó varias veces antes de sonreír. La respuesta fue solo un murmullo, antes de que se girara hacia su amiga.

Úrsula las observó alejarse y después fue a esperar a que Fermín despertara. Mientras, calculaba cuánto tiempo podía demorarle cruzar la montaña. O si tal vez tendría que rodearla...

Se oyó el gruñido del muchacho. Úrsula sonrió.



AHORA HACÍA TRES DÍAS que viajaba por la ladera de la montaña. Estaba decidida a rodearla, no parecía ser demasiado ancha en su base; además, ella no contaba con la ropa ni las provisiones para sobrevivir arriba si nevaba. En todo ese tiempo, no había vuelto a escuchar a sus perseguidores ni a ningún otro ser viviente, con lo cual se sintió más confiada.

Ese mismo atardecer, tres días después de haberse separado de Inés, pudo mirar a la cumbre de la montaña y decir que estaba del otro lado. Comenzó a bajar de la ladera, donde siempre se había sentido expuesta. Unas horas después, estaba rodeada de un espeso bosque.

—Podría ser el mismo —murmuró mientras observaba los troncos enroscados que se torcían para acercarse unos a otros.

No pasó mucho tiempo antes de que tuviera que bajarse del caballo y guiarlo a pie. Poco después, también tuvo que usar la espada para abrirse camino. Las ramas estaban por todos lados, parecían crecer desde el piso y alzarse como una enredadera, formando paredes a su alrededor.

El caballo piafaba y se removía a su lado. Úrsula observó que tenía pequeños cortes en los flancos, así como ella en los brazos. Nada grave, pero sería mejor salir de allí. Se tomó un descanso y, jadeando, miró a su alrededor. Todo se veía igual.

—Por dónde, por dónde —murmuró por lo bajo.

Cerró los ojos y sacó el pedazo de papiro que llevaba en un bolsillo, lo acarició en círculos con un dedo, como si dibujara un anillo. Dejó que su respiración se tranquilizara. Cuando abrió los ojos, eligió el próximo lugar para atacar con su espada.

Horas después, un camino se abrió frente a ella y Úrsula sonrió. El sendero era estrecho, pero el caballo se relajó apenas comenzó a transitarlo y ella fue capaz de acelerar el paso, por primera vez en días. Ni siquiera en la ladera podría haber mantenido ese ritmo.

Cuando estaba oscureciendo, fue capaz de distinguir el final del camino y el pueblo que se vislumbraba más allá. Se detuvo un instante para contemplar la escena. Luego, acarició el cuello del caballo, que tenía los músculos inquietos y salió disparado apenas ella tocó las bridas.

El pueblo parecía igual a cualquier otro. Úrsula se detuvo a unos metros de su perímetro y lo observó. Las casas eran todas bajas y alargadas. Algunas se extendían tanto que parecían varias casas en una e incluso tenían múltiples chimeneas.

Luego de unos breves momentos, se acercó al paso, mirando de un

lado al otro. Si bien estaba oscuro, no era tan tarde. Sin embargo, no había nadie en las calles.

Ya había llegado al centro del pueblo y todavía no veía a ninguna persona, ni siquiera perros sueltos. Tampoco había podido encontrar un edificio que fuera o pareciera una posada.

Dio una vuelta sobre el lugar que parecía el centro del pueblo y, con el rabillo del ojo, captó movimiento en una ventana. Una cortina se había corrido. Se bajó del caballo y se acercó a esa casa. Era la más larga que había visto hasta ese momento. Llamó a la puerta y esperó. No se abrió hasta pasados unos minutos. La que apareció en el umbral era una mujer joven, aunque mayor que ella.

—¿Sí?

—Mmm —Úrsula se frotó las manos—, me preguntaba dónde podría pasar la noche.

—No hay posadas en este pueblo. —La mujer sostenía la puerta para que no se viera nada del interior de la casa.

—Ah… —dijo Úrsula—, ¿nunca reciben viajeros?

—Sí, a veces.

La mujer no agregó nada más, ni siquiera cuando Úrsula dejó pasar varios minutos a la espera.

—Y entonces, ¿cómo…?

La mujer inspiró, parecía molesta.

—Depende de si alguien quiere darles hospitalidad.

Úrsula asintió, la mujer aún no abría la puerta.

—Y… ¿sabes quién podría…?

—Bueno, a mí me gusta estar sola, pero tal vez haga una excepción. —Miró a Úrsula de arriba abajo—. Espero no tener que arrepentirme.

La muchacha enarcó las cejas y estaba a punto de responder cuando la mujer bufó con desgano y luego abrió la puerta.

La mujer se hizo a un lado con reticencia y le hizo una seña a Úrsula para que ingresara, aunque desvió levemente la mirada. Úrsula vaciló, miró al caballo que aún sostenía de las bridas y lo ató rápidamente a donde pudo antes de entrar en la casa.

El lugar estaba caliente y era muy luminoso. La mujer la guio por un largo pasillo hasta una habitación confortable y espaciosa.

—Puedes ponerte cómoda —dijo con sequedad—. En un momento, te traeré algo de comer. A mí me gusta cenar sola.

—¿Cuánto cuesta?

—Son cuatro monedas la noche, incluye la cena y el desayuno.

—Está bien —dijo Úrsula e instintivamente sopesó la pequeña bolsa que llevaba en el bolsillo interior de su ropa.

La mujer volvió poco después con una bandeja y aún menos palabras.

Esa noche, Úrsula no le prestó mucha atención, estaba acostumbrada a que cada uno en la Academia se dedicara a su vida, con poca atención a las ajenas. De todas formas, le interesaba más poder dormir en una cama esa noche. La comida estaba caliente y era muy buena. Se sacó algo de ropa y se dispuso a dormir. La habitación que le había dado tenía una ventana. Úrsula se acercó a ella y corrió la cortina. Daba a una calle trasera y permitía divisar varias casas. Las calles seguían vacías, pero la luz que se percibía detrás de cada ventana y el humo de sus chimeneas decía que todas estaban ocupadas.

Se durmió apenas apoyó la cabeza en la almohada.

Al día siguiente, se despertó con la claridad que entraba por la ventana. Se levantó como un resorte. Miró hacia el cielo, por la posición del sol ya hacía tiempo que había amanecido. Se vistió, se lavó y salió de la habitación.

—Estos pasillos parecen los de la Academia. —Sonrió para sí y se detuvo un momento antes de seguir.

Le llevó unos cuantos intentos llegar hasta la sala. La mujer se encontraba allí, sentada a la cabecera de una larga mesa. Úrsula abrió la boca y la cerró con un golpe de mandíbulas que resonó en el salón.

—Mmm, disculpa, creo que no recuerdo tu nombre.

—No lo preguntaste —dijo la mujer a medida que se ponía de pie.

—Eh…, claro, perdón.

La mujer se alisó el vestido.

—Querrás desayunar, yo ya lo hice —señaló una silla—, toma asiento.

Úrsula se acercó a la mesa.

—Espera —le dijo a la mujer que se había dado la vuelta y ya se iba—. ¿Cómo te llamas?

—María —respondió ella sin volverse y salió de la habitación.

El desayuno fue tan bueno como la cena. María se quedó en la sala con ella, aunque no comió nada.

—Creo que hace poco una amiga pasó por aquí —dijo Úrsula después de haber devorado casi todo lo que le habían servido.

—¿Una amiga? —repitió María con poco interés.

—Sí, bueno, no hace mucho que la conozco, pero tenemos mucho en común, creo.

María la observaba desde el otro lado de la mesa. Úrsula se removió en la silla.

—Ella viaja con una amiga.

—Otra.

—¿Perdón?

—Otra amiga —dijo María—; si tú eres una, con la que viaja es otra.

—Sí, supongo que sí.

—Una joven con amigos —insinuó su primer sonrisa María—, debe de ser afortunada.

—Supongo.

—¿Cómo la conociste?

—Mmm, bueno, ella estaba en un apuro y la ayudé.

María asintió y luego se puso de pie, su gesto se había relajado levemente.

—Creo que deberías caminar por el pueblo —sugirió antes de dejarla sola—, tal vez encuentres lo que buscas.

Úrsula frunció el ceño, pero terminó el desayuno en soledad y luego salió de la casa. Esa vez sí vio personas en la calle. Eran unos pocos y cada uno caminaba por su cuenta, sin dirigir más que un saludo a la gente que se cruzaba en su camino.

Úrsula paseó un poco por el centro y luego por las calles secundarias. Era un pueblo extraño, no se veían tiendas de ningún tipo ni edificios públicos, solo casas y más casas. Úrsula estuvo todo el día buscando por el pueblo, aunque no supiera en realidad por dónde hacerlo ni qué buscaba realmente.

A la noche regresó a la casa de María. Notó que alguien había cuidado del caballo que ella había olvidado y se acercó para darle unas palmadas en el cuello. María le abrió la puerta antes de que llamara.

—Tendrás hambre.

—Sí —se apresuró Úrsula detrás de su anfitriona después de cerrar la puerta—, y también quisiera un baño.

—Serán tres monedas más.

—Claro.

Luego del segundo desayuno a la mañana siguiente, María la invitó a salir otra vez. Úrsula sospechó que no la quería ahí, pero no iba a discutírselo. Por la tarde, cansada de tanto caminar sin rumbo, se sentó en uno de los tantos troncos sueltos por allí. Un viejo se acercó a ella casi al instante.

—Así no vas a encontrar nada.

Úrsula se puso de pie.

—¿Usted sabe lo que busco? —Las palabras se le escaparon antes de que apretara los labios con fuerza.

—Si no lo sabes tú… —se encogió de hombros el viejo—, pero diría que es ayuda lo que necesitas.

Úrsula frunció el ceño.

—Muy orgullosa, ¿eh? —Sonrió huecamente.

Úrsula se sonrojó.

—No, es que… —Apretó los labios otra vez y luego dejó salir un largo suspiro a medida que soltaba los hombros—. Está bien, necesito

ayuda.

—Era todo lo que tenías que admitir.

Úrsula notó que varias personas se habían detenido a su alrededor y la miraban con fijeza. El viejo le hizo una seña para que lo siguiera.

Esa noche, María le abrió la puerta con una sonrisa, aun cuando hubiera llegado pasada la medianoche.

—Supongo que partirás mañana.

—Sí —sonrió Úrsula a su vez—, gracias por la ayuda.

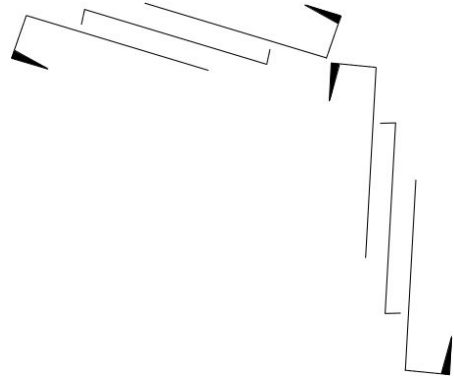
María y otras personas del pueblo la despidieron a la mañana siguiente, excepto el viejo. Con él había tenido una despedida a solas la noche anterior, su encuentro había sido corto, pero Úrsula había regresado de él con renovadas energías y dispuesta a continuar su viaje y no detenerse hasta encontrar su destino.

Era una mañana brillante y bastante calurosa, el sol reinaba solo en un cielo despejado y elevado. Úrsula dejó el pueblo atrás con una sonrisa en los labios, que se ensanchaba cada vez que veía el reflejo de los rayos del sol sobre su nuevo anillo.

Poco después de alejarse de las últimas casas alargadas, se encontró nuevamente con el bosque sempiterno. Esa vez no lo miró con resignación, sino con curiosidad. Se internó en él con lentitud y este la envolvió poco a poco, suavemente. Ella se detuvo a los pocos metros y dio una amplia mirada alrededor.

—El bosque —murmuró—, ya sabía yo que era raro que apareciera por todos lados.

Azuzó al caballo y continuó su camino.



Capítulo X

La fosa en la que habían caído Perla y Marcos era lo suficientemente profunda como para que no pudieran salir por su cuenta. Las paredes de tierra se deshacían con facilidad y no parecían poder soportar su peso. Uno de los caballos había caído con ellos y se había fracturado dos patas. Habían discutido sobre terminar con su dolor, pero no se decidían a hacerlo mientras ellos mismos todavía estuvieran allí.

Luego de varias horas, en las cuales casi se habían quedado dormidos y el gemido del caballo se había reducido a una imperceptible brisa, Perla se puso de pie otra vez. Dio varias vueltas por el reducido espacio, pateando tanto al caballo como a Marcos, aunque ninguno de los dos se quejó. La joven se detuvo frente a una de las paredes terrosas y tiró la cabeza hacia atrás.

—¿Hola? —gritó con la voz rasposa.

—No entiendo por qué haces eso —murmuró Marcos, quien estaba de cuclillas recostado contra la pared opuesta. Sobre su regazo trataba de acomodar un papiro y escribir en él—. Estamos en el medio de un bosque.

—¿Y qué? —Perla puso los brazos en jarra y se volvió a mirarlo—. ¿Acaso es más efectivo lo que haces tú? —Inspiró con fuerza y, con la mirada clavada en Marcos, volvió a gritar—. ¡Hola! ¡Hola! ¿Hola?

—Silencio. —Marcos se puso de pie, la poca luz que se filtraba en el hueco hacía que las ojeras se le vieran más pronunciadas.

—Tú no puedes darme órdenes, no eres mi…

Marcos se movió con inusitada velocidad y le tapó la boca con la mano. Perla estuvo a punto de empujarlo, pero de pronto se quedó quieta. Entornó los ojos y miró hacia arriba. Marcos la soltó con lentitud. Se oía el ruido de cascos cercanos.

Marcos se concentró en el sonido y cerró los ojos.

—Es más de un caballo —murmuró.

Los ojos de Perla se iluminaron.

—Sabía que aparecería alguien. —Perla volvió a mirar hacia arriba, incluso dio unos pequeños saltos—. ¿Hola? ¡Necesitamos ayuda!

Los cascos se detuvieron y luego se escucharon los ruidos de personas apeándose de caballos, un suave rebuzno y el sonido de pasos que se acercaban.

Poco después, dos personas se asomaban a la fosa.

—Aquí. —Agitó los brazos Perla y golpeó a Marcos en el hombro.

—No creo que eso haga falta —suspiró Marcos—, es imposible que no nos vean.

—Me parece que uno de ellos es un mago —dijo por lo bajo Perla.

Marcos entornó los ojos para observar esos rostros otra vez, sus dedos se curvaron sobre el papiro que todavía tenía en la mano.

Los hombres, quienes no habían dicho ni una sola palabra, hicieron lugar para que se acercara otra persona. Esta era una mujer que los miró con un gesto de fastidio en un primer momento y luego su expresión se transformó en pensativa.

—¿Quieren salir de allí?

—¡Pues claro que queremos! —chilló Perla.

Marcos se alejó de ella un poco y se dispuso a esconder el papiro bajo la manga de sus ropas.

—Tendrá un precio —dijo la mujer desconocida.

—¡¿Qué?! —La voz de Perla se elevó todavía más.

Marcos le puso una mano sobre el hombro, de la cual ella se libró con brusquedad.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Marcos con calma.

—Sencillamente, tienen que ayudarme a recuperar algo que es mío.

Marcos lo consideró. Durante un instante, ni siquiera se oyó el suave gemido del caballo que compartía con ellos el poco lugar de ese hueco.

—¿Qué hay que pensar? —murmuró Perla con ferocidad—. Le diremos que sí y luego haremos lo que queramos.

Marcos apretó los labios antes de contestar.

—Hay un mago con ellos, sabrá de nuestro incumplimiento…

Perla bufó y tiró sus cabellos despeinados hacia atrás.

—¿Y qué hay del suyo? ¿No se supone que tiene que ayudarnos? Somos magos como él.

Marcos frunció el ceño.

—Eso es cierto, pero si está bajo las órdenes de un acuerdo…

—¡Qué importa! —dijo entre dientes Perla—. Lo resolveremos

después, no puede ser peor que permanecer aquí. Salimos, la ayudamos un poco para lo que sea que necesite y listo, problema solucionado.

Marcos dudó un poco más antes de soltar un suspiro resignado y dejar caer la cabeza hacia atrás.

—De acuerdo.

El sol brilló sobre la sonrisa de la mujer, la cual enseguida se echó hacia atrás y dejó que un poco de tierra cayera sobre ellos.

Cuando salieron del pozo, media hora después, Marcos y Perla vieron que sus benefactores eran cuatro viajeros. La mujer y su doncella, un mago, cuyos ropajes parecían indicar que pertenecía al tercer reino, y un clérigo. La mujer que estaba al mando les sonrió.

—Tienen suerte de que pasáramos por aquí, ¿cómo cayeron en ese pozo? No parece ser natural.

—Eso es asunto nuestro —contestó Marcos.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró por encima de la nariz. El resto del grupo parecía estar esperando a que alguno de los dos rompiera el contacto visual.

—Supongo que no importa —dijo ella al fin—, siempre y cuando cumplan con lo que prometieron.

—¿Y qué es eso que debemos ayudarle a recuperar?

La mujer sonrió otra vez.

—Mi esclava, se fue con uno de ustedes. —Su boca se torció en un gesto que no tenía nada de amable—. Pero ella era mía y su magia me pertenece.

—Los magos somos libres —dijo Perla y se cruzó de brazos.

La mujer la miró de arriba abajo.

—Eso es lo que creen.

—Si no me equivoco, no pertenecemos al mismo reino —intercedió Marcos con cautela—, pero creo que las reglas con claras en cualquiera de ellos: si se descubre magia en una persona, sea cual sea su condición, esta pasa a ser responsabilidad de la Academia que rija la zona donde reside.

—Pues esas reglas son estúpidas. Se les da demasiado poder e independencia a los magos. ¿Por qué pueden quedarse ellos con mi propiedad?

—Señora —Marcos aún conservaba la calma—, no creo que tenga fundamentos para un reclamo como ese.

—Eso lo veremos —desafió la mujer y se dio la vuelta para alejarse de ellos—. Ustedes solo tienen que ayudarme a encontrarla.

Marcos apretó los labios.

—Eso nos puede llevar mucho tiempo —se quejó Perla.

—Pues es a lo que se comprometieron —dijo la mujer sin mirarlos e hizo una seña a su doncella, quien comenzó a preparar las cosas

para acampar allí—. Pero no creo que demoremos tanto como piensas, a mí tampoco me gusta esperar. Sabemos hacia dónde se dirige.

—¿Cuántas personas viajan con ella? —preguntó Marcos.

La mujer lo miró por sobre el hombro y enarcó las cejas. Era lo suficientemente alta como para parecer imponente solo con ese movimiento.

—Si es solo una muchacha, dudo que necesiten tanta gente para traerla. Aun cuando sea una maga de ataque, así como su tutor. Ella tendrá poca experiencia, ¿no?

La mujer entornó los ojos.

—Viaja con otros cuatro —murmuró—. Uno es un mago de ataque y otro un soldado, exsoldado, los otros dos no valen mucho, son solo dos huérfanos.

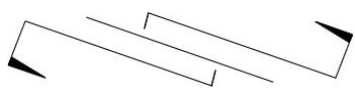
Marcos apretó los puños, las aletas de su nariz se agitaron cuando inspiró con fuerza.

—Bien —dijo con la mandíbula algo tensa—, dos magos de ataque; nosotros somos tres.

—Ella es de defensa —dijo el otro mago, hablando por primera vez.

Marcos se sorprendió, pero no pudo continuar con sus preguntas.

—Partiremos temprano —dijo la mujer—, así que les recomiendo que descansen. —Se acomodó en la manta que había preparado su doncella, la cual inmediatamente empezó a peinarle el cabello—. Pueden llamarme señora Raquel.



A MEDIDA QUE LAS VOCES SE ACERCABAN, unos cuerpos comenzaron a perfilarse. La niebla todavía hacía difusos sus contornos, pero se notaba que era un grupo grande, tal vez unas cuatro o cinco personas. Jimena se colocó delante de Inés y se aferró a la espada, aunque aún no la desenfundó.

—¿Estás segura de que es por aquí? —se escuchó la voz de un hombre.

—Creo… —dudó la voz de una muchacha.

El grupo se detuvo, se escucharon varios murmullos bajos y luego todas las sombras continuaron avanzando.

Inés y Jimena contuvieron la respiración. La neblina frente a ellas comenzó a ceder, aunque lo hizo a un ritmo lento, como si quisiera mantener el suspenso todo el tiempo posible. Finalmente, se rompió frente a ellas con un sonido similar a una suave succión.

La primera persona en aparecer fue una joven, quien se detuvo bruscamente.

Las tres muchachas se quedaron inmóviles, mirándose unas a las otras.

—¿Jimena? ¿Inés?

—¿Ema? —Inés, quien solo había estado asomada, salió completamente de detrás de Jimena.

El resto del grupo de Ema apareció tras ella en ese instante. Jimena frunció el ceño y volvió a aferrar la empuñadura de su espada.

—Ellos son mis amigos —dijo Ema mientras hacía un gesto que abarcaba a todo su grupo. Luego miró hacia ambos lados de Inés y Jimena—. ¿Dónde está Rocío?

Inés tembló y bajó la vista.

—La perdimos —murmuró Jimena.

—Lo…, lo siento —dijo Ema y dejó pasar un silencio antes de agregar con suavidad—, pero me alegro de que ustedes estén bien.

—Nosotras también nos alegramos por ti. —Sonrió con tristeza Inés.

—Es bueno que la gente esté feliz —ironizó Tadeo a la vez que se adelantaba para mirar más de cerca a Jimena, quien le llevaba más de una cabeza—, pero ¿qué están haciendo ustedes aquí? ¿Acaso nos estaban siguiendo?

Jimena bufó.

—Como si fuera posible verte por sobre el suelo.

Mayra reprimió una risa, la cual transformó rápidamente en una atragantada tos. Tadeo no se inmutó, sin embargo, sino que se acercó aún más a Jimena.

—No vas a lograr distraerme con tus burdas bromas, no creo que este encuentro sea casualidad. Y tal vez tampoco lo fuera el de la cabaña, como mi aprendiz ilusamente creyó…

Ema frunció el ceño y miró a Inés.

—No es así, Ema —se apresuró a decir esta y luego sonrió otra vez y se sonrojó un poco—. ¿Podemos hablar a solas?

Se volteó para mirar alrededor.

—Creo que no sería conveniente alejarse mucho en esta neblina, señoritas. —Se adelantó Yago—. Aun con las precauciones que podamos tomar.

Jimena lo miró de arriba abajo, deteniéndose brevemente en la espada que llevaba a un costado, aunque lo que le llamó la atención fue otra cosa. Alrededor de la cintura de Yago había una soga, la cual también estaba anudada alrededor de la cintura de Ema y del resto del grupo.

—Bueno —dijo Inés y miró nerviosamente a Jimena, se llevó una mano al rizo que colgaba a un lado de su rostro—, creo que, de todas formas, no tiene mucho sentido mantener el secreto ahora, ya que pienso que todos estamos aquí por lo mismo.

—¿Estás segura, Nini?

Inés asintió. Inspiró con fuerza y se irguió un poco. Después de pasear la mirada por todo el grupo, se concentró en la joven que tenía frente a ella.

—Verás, Ema, en realidad estoy aquí por ti.

—¿Qué le contaste? —saltó Tadeo al instante—. ¿Es que no puedes mantener tu destino en secreto?

Ema se sonrojó.

—Ella me salvó la vida, yo… yo…

—Magos de curación —murmuró Tadeo y se removió en el lugar como si le hubieran tirado un balde de arena encima—, siempre creen que tienen derecho a oírlo todo.

—Ten cuidado con lo que dices. —Dio un paso adelante Jimena—. Inés no la obligó a decir nada.

—No —dijeron Inés y Ema a la vez.

Tadeo bufó.

—Pues el cupo está lleno —señaló hacia atrás—, ya somos demasiados aquí.

Inés sonrió.

—En realidad, no somos los suficientes.

—¿Qué quieres de…? —Tadeo se detuvo y luego se acercó a Inés con lentitud.

Era unos centímetros más bajo que ella, pero parecía más imponente.

—Eres una de las tres —murmuró.

—Sí —dijo Inés y se volvió hacia Ema—, y fue conocerte a ti, ver cómo ibas detrás de tu destino, lo que me hizo reconsiderar la ruta que yo había tomado.

—Bien hecho, muchacha —le dijo Tadeo a su pupila, con un sarcasmo imposible de obviar en su voz.

—Supongo que eres su tutor, ¿no? —continuó Inés con dulzura y una rápida sonrisa a Ema, quien seguía sonrojada.

—Sí —confirmó Tadeo.

—Entonces escuchaste el oráculo al igual que nosotras —dijo Inés —. Tal vez no tenían las mismas palabras, pero me arriesgo a decir que el de ustedes tampoco mencionaba nada sobre que solo una tenía que ser la que lo encontrara.

Tadeo la observó con fijeza durante un momento.

—No —gruñó al fin—, pero mientras más gente haya involucrada, más peligroso es el asunto. Sobre todo, si los… intereses no son los mismos.

—En eso tengo que mostrarme de acuerdo —dijo Yago—. Durante años ha habido demasiadas luchas por este conocimiento.

—Yo no lo creo —intervino Ema y todos se volvieron hacia ella—.

Es decir, creo que Inés es justo la persona con la que menos riesgo se corre.

Esta le dirigió otra sonrisa.

Tadeo dejó salir una pesada exhalación y se alejó de ambas, miró a su alrededor. La niebla había vuelto a rodearlos.

—De todas formas —dijo—, tenemos otras urgencias en este momento.

—¿Cuánto hace que están aquí? —preguntó Yago.

Inés y Jimena se miraron una a la otra.

—No estamos muy seguras, varias horas, tal vez un día.

Yago asintió.

—La niebla hace eso, desorienta, nosotros creemos llevar un par de días, tal vez algo más.

—Ya quisiera poder volver a ver el sol —dijo Mayra hablando por primera vez desde que se encontraran—, mediados de primavera siempre fue mi época preferida y siento que me la estoy perdiendo.

Jimena e Inés se miraron una a la otra.

—Pues creo que ya te la perdiste —comentó Jimena—, ya estamos entrando en las últimas semanas.

—¡No puede ser! Es imposible que hayamos estado tanto tiempo aquí —Mayra miró hacia todos lados—, las provisiones no nos hubieran alcanzado.

Tadeo frunció el ceño y miró hacia abajo, sus labios se movían como si estuviera hablando para sí.

—Tal vez no sea tan imposible —dijo al fin, volviendo a mirar hacia delante—, esta neblina no es natural, eso lo sabemos.

—Creo que lo mejor será que tomemos un descanso —propuso Yago con la mejor de sus sonrisas—. Tal vez podamos sacar todavía algo más de esas provisiones, ¿te parece, Mayra? —Miró a Jimena e Inés—. Es una excelente cocinera.

—Eh…, claro, sí —dijo Mayra, aún un poco desorientada.

—¿Te parece? —insistió suavemente el soldado.

—Sí, sí. Tienes razón, comeremos algo y nos contaremos nuestras historias.

Tadeo gruñó por toda respuesta.

Una hora más tarde, todos charlaban alrededor de una fogata que a cada instante amenazaba con apagarse. Jimena elogió la comida de Mayra y comió tanto como Yago.

—¿En dónde obtuvieron esos anillos? —le preguntó Tadeo a Inés.

—En un pueblo que atravesamos camino hacia aquí.

—¿Y cómo llegaron aquí?

—A través del bosque.

—¡Igual que nosotros! —Sonrió Gaspar, quien hacía rato que se mostraba demasiado callado.

Tadeo volvió a gruñir.

—Está bien —dijo Ema apoyando una mano sobre el brazo de su tutor—, mi intuición me dice que esto está bien.

—Tu intuición crea más problemas de los que soluciona.

—No le prestes atención —le dijo Ema a Inés.

Tadeo enarcó las cejas hacia su pupila, pero no dijo nada. Inés sonrió.

—Yo también estaba siguiendo mi intuición.

—Tal para cual —murmuró Tadeo.

—Tú dijiste que hiciera eso —repuso Ema.

—Siempre tan literal, muchacha.

—Pues no había mucho más que hacer en aquel bosque —intervino Jimena.

—Tampoco aquí —dijo Mayra señalando el blanco alrededor—. ¿Cuál es el próximo paso?

Ema e Inés compartieron una mirada.

—No lo sé —dijeron a la vez.

Entonces se escucharon pasos. Eran pesados y mostraban cierta prisa en su dueño. Yago les indicó a los demás que mantuvieran silencio y estiró el brazo en busca de su espada. Poco después, pudieron vislumbrar una figura que se acercaba ellos. Se movía con rapidez y llegó pronto junto a ellos. Inés se puso de pie de un salto.

—¿Úrsula?

Úrsula se detuvo de repente y llevó la mano automáticamente a la empuñadura a su costado.

—¿Inés? —susurró a medida que repasaba con la mirada a todo el grupo frente a ella.

Inés se acercó a ella con las manos extendidas. Úrsula tuvo que soltar la espada para tomar sus manos.

—¡Qué suerte que estás aquí! Solo faltabas tú.

—Otra más. —Sacudió la cabeza Tadeo y se puso de pie para empezar a caminar en pequeños círculos.

—Es la tercera —se volvió Inés hacia él—, sabías que...

—Sí, sí —bufó Tadeo sin mirarla siquiera.

—La tercera —repitió Úrsula y volvió a pasear la mirada por todo el grupo, el cual la observaba en silencio. Suspiró—. Te diste cuenta, ¿no?

—Sí —dijo Inés—, aunque fue un poco después de que nos separáramos.

—La tercera —murmuró una vez más Úrsula y miró a Mayra y Ema y se quedó con esta última, la cual se había puesto de pie lentamente después de que lo hiciera su tutor.

—Ella es Ema —la presentó Inés—, es maga de defensa.

—Una de cada uno —dijo pensativamente Úrsula y luego asintió

con lentitud—, sí, tiene sentido, así cada rama tiene su oportunidad.

—Esta no es una de tus tontas competencias —dijo Tadeo, quien se había detenido y observaba a la recién llegada con desconfianza.

—Tú qué sabes de eso —entornó los ojos Úrsula—, en tu Academia solo hay magos gordos y perezosos.

—Úrsula es del tercer gran reino —le explicó Inés a Ema.

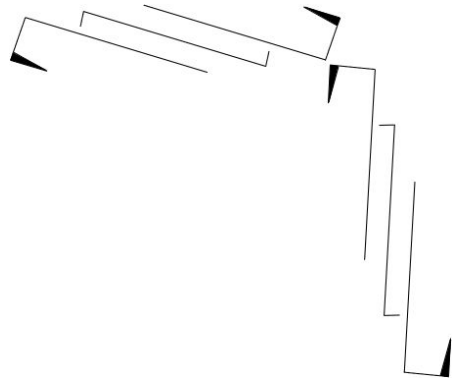
—Ah —sonrió Mayra—, casi son una de cada magia y de cada reino.

—No casi, realmente, lo somos. —Sonrió Inés—. Yo en realidad nací en el segundo reino y pasé parte de mi niñez ahí. Luego fui a vivir con la familia de Jimena.

Todos se quedaron en silencio, rehuyendo la mirada entre ellos. La niebla se agitaba a su alrededor como si estuviera jugando a tocar a cada uno por turnos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mayra de pronto—. Creo que quedó un poco.

—Ven, siéntate cerca del fuego —dijo Inés tirando del brazo de Úrsula—, esta humedad es muy fría.



Capítulo XI

La charla renació, aunque ya no fue tan animada como antes. Se miraban con tensión los unos a los otros, separados en los grupos originales.

—Tal vez podríamos dormir un poco —sugirió Yago cuando ya parecían haberse agotado todas las palabras.

—Por mí pueden hacerlo —se puso de pie Úrsula—, yo voy a seguir mi camino.

—No hace falta que vayas sola —dijo Inés.

—Pero así lo prefiero. ¿Recuerdas lo que te pedí a cambio de mi ayuda?

—Déjenla ir por su cuenta —sonrió Tadeo mientras rellenaba su pipa—, sin provisiones no va a durar mucho.

—Es cierto —dijo Jimena—, es imposible conseguir comida o agua por aquí. Recuerdo que estabas mucho mejor preparada cuando te conocimos, ¿qué sucedió?

Úrsula se tensó.

—Perdí al caballo en la niebla.

Tadeo se rio por lo bajo, inmutable a las miradas que les dirigieron algunos. Inés se puso de pie y se acercó a Úrsula. Con timidez, estiró el brazo y le tomó la mano, acarició el anillo con suavidad.

—Lo encontraste. —Sonrió.

Tadeo levantó la vista inmediatamente y frunció el ceño. El movimiento no escapó a la atención de Úrsula, quien miró tanto las manos de él como las de Ema.

—Veo que no todos lo hicieron. —Dirigió una sonrisa felina a Tadeo.

—Quédate con nosotras —insistió Inés—, al menos hasta que sepamos cómo movernos en esta niebla.

Úrsula vaciló. Ema se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Sabes?, creo que ya te había visto antes.

—Fue en la Academia —dijo Tadeo—, pasó varios días en la biblioteca, seguramente la viste ahí.

—¿Cómo…? —dijo Úrsula y luego dejó salir un largo suspiro—. Supongo que a varios les llamó la atención, los magos de otras academias siempre están pendientes. —Se quedó mirando a Ema unos segundos más—. Creo que yo también te vi —asintió—, sí, una maga de defensa siempre atrae las miradas. —Desvió la suya hacia Tadeo—. Sí, estoy segura de haberlos visto.

—Entonces todas nos conocemos. —Sonrió Inés—. Y todas estamos juntas en esto, ¿por qué no podemos ayudarnos? ¿Al menos un poco?

Úrsula dejó caer los hombros.

—Está bien, pero solo porque estoy corta de provisiones, prefiero estar sola.

—¡Qué suerte tenemos de poder gozar de tu compañía un tiempo más! —dijo Tadeo—. Supongo que debemos sentirnos privilegiados.

—No sé por qué te quejas tanto —dijo Jimena—, tu grupo es el más grande de todos, una persona más no cambia mucho.

—No fue por mi elección, créeme —gruñó el mago—, si fuera por mí…

—Pero no lo es —la voz de Úrsula rezumaba resentimiento—, porque se trata del destino de ella —señaló a Ema— y tú no tienes por qué interferir.

Tadeo se quedó mirándola, pensativo. Los demás parecían estar esperando su respuesta con cierta aprensión, pero el mago sonaba calmado cuando respondió.

—Sí, hay algunos tutores que no ayudan a sus pupilos en la búsqueda de su destino, he oído de algunos que incluso se oponen —se volvió hacia Ema—, tú tuviste suerte conmigo.

—Qué humilde —murmuró por lo bajo Jimena y captó la sonrisa de Mayra.

—Creo que debemos descansar un poco —insistió Yago y le dio un empujón a Gaspar—. ¿Por qué no preparamos las tiendas?

Esa noche tuvieron que agruparse para compartir las tiendas. Aunque Yago, Jimena y Úrsula insistieron en montar guardia a la vez, al final aceptaron la sugerencia de Tadeo de turnarse. Pero entonces surgió otra discusión cuando Yago les indicó que sería mejor si ellas también se anudaban al resto del grupo. Inés había accedido al instante, pero Jimena y Úrsula se resistieron durante un largo rato.

—Vamos, chicas —dijo Mayra ya con cierta exasperación—, si ambas tienen una espada, pueden salirse cuando quieran.

Jimena murmuró por lo bajo y dejó que la ataran.

—¿Úrsula? —preguntó Inés.

Ella suspiró con gran aspaviento y le echó una mirada de irritación a Jimena, quien solo respondió con un encogimiento de hombros.

—Está bien —dijo Úrsula al fin y varios suspiraron aliviados.

La noche pasó sin acontecimientos. El lugar donde se encontraban era silencioso en cualquier momento del día. Por la mañana, volvieron a disfrutar de la comida de Mayra. La niebla que los rodeaba no había cambiado, seguía siendo espesa y fría, se adhería a ellos y de repente se alejaba como si la repelieran.

—Es difícil saber si en verdad es de mañana —dijo Gaspar mientras recogía las tiendas.

—Sí —asintió Yago—, pero no podemos dejar de regirnos por el ciclo de día y noche, con su descanso, si no, nuestros cuerpos se resentirían.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó Jimena, dirigiéndose sobre todo a Inés.

—Tendríamos que preguntarles a las *elegidas* —dijo con sorna Tadeo.

—Eso es lo que estoy haciendo. —Entornó los ojos Jimena.

Mayra suspiró.

—Por favor —musitó.

Yago le puso una mano sobre el brazo y le sonrió.

—Creo que deberíamos seguir nuestra intuición —dijo Ema—, como hicimos hasta ahora.

—Perdóname, Ema —dijo Mayra—, pero eso no nos ha ayudado mucho en esta niebla. Si ellas tienen razón —señaló a Inés y Jimena —, hemos estado aquí mucho más tiempo del que creíamos.

—Todavía no entiendo —murmuró Gaspar—, no pudimos haber estado dando vueltas más que unos días.

—No trates de entenderlo, muchacho —dijo Tadeo—, es simplemente magia, no somos los primeros en desviarnos. Aunque es muy probable que sea cierto que solo hayan sido caminatas en círculo.

—¿Y si salimos de la niebla? —dijo Gaspar con voz algo trémula—. A lo mejor, si entramos por otro lugar...

Elevó las manos en defensa cuando todos se volvieron hacia él quejándose a la vez.

—Solo era una idea.

—Pues yo tengo otra —dijo Úrsula a la vez que se ponía de pie—, no me voy a quedar sentada esperando que se me ocurra algo.

No discutieron mucho más, no había más opciones que seguir buscando, así que al final todos siguieron el ejemplo de Úrsula y se pusieron en camino, aunque algunos lo hicieran a regañadientes.

—¡Vamos por aquí! —propuso con entusiasmo Gaspar después de varias horas, cuando ya casi todos se habían cansado de ir delante.

El muchacho tiró de la cuerda que todavía los anudaba a todos. Al

principio los demás lo siguieron por inercia, pero el ánimo del grupo cambió cuando notaron que a la distancia se vislumbraba una mole oscura. Pronto tanto Ema como Úrsula tomaron la delantera, Inés iba unos pasos más atrás.

La sombra comenzó a crecer y crecer, y el grupo se movió con más velocidad, hasta que, de repente, aquella mole informe empezó a disminuir de tamaño. Ema y Úrsula se detuvieron y se miraron perplejas.

—La niebla distorsiona todo lo que vemos —dijo Tadeo mientras seguía caminando—, tenemos que seguir avanzando.

Ya estaban bastante cerca cuando se oyó un pequeño bufido. Úrsula sacó la espada y se colocó por delante de Ema. Se acercaron unos pasos más, con cautela; Inés ya iba a la par de Ema. Cuando la niebla por fin se disipó frente a ellas, vieron a un caballo postrado y en sus últimas respiraciones. Úrsula guardó la espada y se abalanzó hacia él.

—Ya no hay nada que hacer —dijo Yago, que se había acercado para examinar al animal—, se rindió.

Úrsula asintió sin mirarlo. Acarició el cuello del caballo y luego, con delicadeza, le quitó las alforjas de encima.

—Entonces estamos otra vez al principio, ¿no? —dijo Mayra después de un incómodo silencio—, por lo menos por donde entró Úrsula.

—No podemos estar seguros —contestó Tadeo—. El caballo pudo caminar solo durante un tiempo.

—Como sea —exhaló Jimena y se cruzó de brazos—, seguimos en el medio de la nada.

—Y pronto nos quedaremos sin provisiones ahora que somos un grupo mayor que antes —agregó Mayra.

—Ahora tenemos más —dijo Úrsula y se mordió la lengua.

—Gracias. —Le sonrió Inés.

—¿No era que una vez que encontraras provisiones te irías? —cuestionó el mago, también con una sonrisa.

—No le hagas caso —dijo Ema—, siempre está refunfuñando.

El mago enarcó las cejas.

—Creo que has perdido algo del respeto que le debes a un tutor.

—Por favor —intercedió Yago—, todos sabemos que es mejor que nos quedemos juntos. Ahora tenemos más provisiones y…

—Eso tampoco va a durar mucho —hizo un ademán Tadeo—, debemos encontrar… algo. Una pista, un camino, un… algo.

—No puede ser que no haya más que unas ramas sueltas en el piso. —Negó con la cabeza Gaspar—. ¿Cómo puede un lugar ser tan yermo y extenso sin ser un desierto? —Alzó la mirada hacia el inescrutable cielo—. Aquí ni siquiera llega el sol.

—No creo que sea tan extenso —dijo Yago—, hemos caminado bastante, pero me parece que más bien estamos atascados en la misma zona.

—Es como cuando pasamos tanto tiempo en ese bosque —comentó Jimena y miró a Inés—. Tal vez ni siquiera teníamos que dar tantas vueltas para encontrar la entrada.

—¿Entonces cuál es la solución? —preguntó Mayra—. ¿Qué fue lo que hicieron para encontrarla?

Todos se volvieron automáticamente para clavar su mirada en las tres muchachas.

—Todo se resume en nosotras —dijo Inés—, de eso estoy segura, pero no sé por dónde ir. Mi intuición me dice que cualquier dirección está bien.

—Creo que debemos separarnos —sugirió Úrsula—, así cubriremos más terreno.

—No —Ema se abrazó a sí misma—, esa no es la mejor solución.

—¿Por qué no?

—Porque por algo todas nos encontramos aquí —Ema miró a Inés —, nos encontramos unas a las otras, en esta niebla.

Úrsula inspiró.

—Eso se debe a que compartimos destino, no a que tengamos que hacerlo juntas.

—No entiendo por qué te molesta tanto esa idea. —Se acercó Jimena—. Tú nos ayudaste cuando no tenías por qué hacerlo, hasta compartiste tu refugio con varios extraños, incluso uno que no te agradaba.

—No es lo mismo. —Negó con la cabeza Úrsula.

—No te molestes en tratar de entenderla —le dijo Tadeo a Jimena —. A los habitantes del tercer reino solo les importa una cosa: ganar, a lo que sea. No tienen ningún otro interés para seguir su destino que conseguirlo antes que los demás encuentren el suyo. Probablemente, solo las ayudó para demostrar que es mejor que ustedes peleando o sobreviviendo —se encogió de hombros—, no fue más que eso.

—Tú no sabes por qué hago lo que hago —dijo con ferocidad Úrsula y se adelantó para acercarse al mago.

—¿En serio? —Sonrió Tadeo—. Entonces ¿por qué no lo compartes con nosotros? Dinos qué te motiva.

Úrsula se cruzó de brazos y le mantuvo la mirada. Yago miró al caballo, que se había quedado quieto mientras todos lo ignoraban. El soldado se acercó para acariciarle una última vez el cuello.

—Será mejor que nos pongamos en movimiento.

—¿Por dónde? —dijo Mayra—. Todavía no sabemos eso.

—Por aquí —indicó Ema y comenzó a caminar.

Inés vaciló y miró hacia el lado opuesto.

—¿Qué pasa, Nini?

—Nada. —Sonrió Inés y comenzó a caminar detrás de Ema.

Úrsula fue la última en seguir al grupo.

La niebla se espesaba alrededor de cada uno de los integrantes. A veces se arremolinaba en los brazos y en las piernas, otras veces se abría para mostrar un poco de lo que había en rededor: nada. En el piso solo había unas ramas dispersas cada tanto, las cuales Gaspar y Yago recogían de forma intermitente. Por lo demás, el suelo era seco y árido; y el aire, pesado y húmedo.

Cada parte del paisaje que los rodeaba, no importaba cuánto caminaban, parecía decir a gritos que aquello no era real. No podía serlo, no era coherente. Sin embargo, ellos seguían avanzando.

Ema los guio por un camino que parecía ser recto, pero todo lo aparentaba en esa niebla. No se oían ruidos, ni de pájaros o animales, ni siquiera el de sus propios pasos. Ema se detuvo de repente y todos los demás se agolparon detrás de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Mayra.

Tadeo se adelantó y maldijo por lo bajo.

—Son los restos de una de nuestras fogatas, vaya uno a saber cuál.

Los murmullos de descontento se elevaron por todo el grupo. Jimena pateó el suelo y maldijo a su vez. Inés se acercó a confortarla. Úrsula se alejó de todos, hasta que la cuerda quedó tensa. Tadeo se quedó al lado de Ema, quien no dejaba de mirar las cenizas.

—Bien —llamó Yago y dio una palmada—, vamos a descansar un poco.

Ante la falta de respuesta, tuvo que acercarse a cada uno de ellos para convencerlos de volver a formar el grupo, mientras Gaspar se ponía con el fuego y Mayra disponía de las provisiones.

—No podemos seguir así —dijo Jimena durante la cena—, ya ni siquiera sabemos cuánto tiempo llevamos aquí. —Alzó las manos cuando vio que varios se apresuraban a contestar—. Me refiero a cuánto hace que buscamos, más allá de cuánto tiempo realmente esté transcurriendo fuera de esta niebla.

Se oyó un suspiro colectivo.

—Una semana —dijo Tadeo.

—Más. —Suspiró Yago.

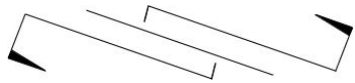
—Lo único que sé es que, a menos que encontremos comida —agregó Mayra sin levantar la vista de lo que estaba cocinando—, no podremos quedarnos más de un par de días, a lo sumo.

Se miraron unos a otros, pero no hablaron más durante el resto de la comida, ni de la noche. A la mañana siguiente, se pusieron en marcha y dos días después, finalmente, tuvieron que darse por vencidos.

—¿Y cómo salimos? —preguntó Gaspar a un grupo agotado y

frustrado que ya ni siquiera se miraba entre sí, mucho menos conversaba.

—Creo que eso no va a ser un problema —dijo Inés con una sonrisa triste.



AL SEGUNDO DÍA DE VIAJE, Raquel y su grupo llegaron hasta una parte del bosque que resultaba directamente intransitable. La espesura del follaje era tan densa que había que abrirse paso a puro machete y apresurarse a cruzar antes de que las ramas volvieran a cerrarse como si fueran aguas. La poca luz que se filtraba a través de las altas ramas contribuía a crear esa atmósfera donde se puede estar seguro de si es de día o de noche.

Todo aquello demoraba el avance en gran medida, sobre todo porque había que hacer avanzar los renuentes caballos y solo Marcos y el otro mago podían realizar el trabajo de abrir camino. Aun cuando las paradas eran frecuentes, no pasó mucho tiempo hasta que el cansancio comenzó a notarse en todos los rostros.

Hacía varios minutos que Marcos y el mago luchaban con un embrollo de arbustos bastante virulento cuando el clérigo se aproximó a Raquel. Esta estaba de brazos cruzados, fuertemente apretados contra el cuerpo y sin quitar la mirada fija de los hombres que trabajaban con ahínco.

—Creo que deberíamos detenernos otra vez —sugirió el clérigo.

Raquel bufó y pateó al suelo. El movimiento fue tan súbito que el hombre vaciló y casi dio un paso atrás. La señora Raquel, que hasta ese momento siempre había lucido impecable, ahora llevaba el pelo revuelto y la ropa sucia y llena de rasguños. Lo único que no había cambiado era su mirada, que se mantenía vivaz y penetrante.

—Así no llegaremos más —dijo con las mandíbulas apretadas—. ¿Crees que me gusta estar en este bosque apestoso?

El clérigo sonrió con un beatífico asentimiento.

—Solo hay dos personas que pueden manejar el único machete disponible, lo que significa que la única forma de trabajar es por turnos. Además, es un trabajo pesado y las muchachas no tienen la fuerza suficiente en los brazos para ello.

—¿Y qué hay de ti? —dijo Raquel entornando los ojos.

—Mi religión no me permite empuñar armas —explicó el hombre, con el rostro impasible.

—Conveniente —murmuró por lo bajo—. Está bien, de todas formas, tengo hambre.

Su criada, que había aprovechado para sentarse sobre una enorme

raíz, se puso de pie de un salto y comenzó a trajinar con la comida. Raquel se cruzó de brazos mientras la observaba, lo que hizo que la muchacha se moviera todavía con mayor rapidez.

El clérigo y el mago se sentaron uno al lado del otro, en silencio. El segundo respiraba con largas exhalaciones mientras se secaba el sudor del rostro.

El espacio entre los árboles y las raíces que sobresalían del piso era reducido, sobre todo con los caballos alrededor, pero todos se las ingeniaron para permanecer alejados de Raquel, quien no dejaba de lanzar órdenes a su criada.

Perlas y un agitado Marcos encontraron un lugar bastante apartado de los demás para sentarse a esperar que la comida estuviera lista.

—¿Cuánto tiempo más seguiremos con esta farsa? —preguntó Perla.

Marcos tomó varias bocanadas de aire antes de responder.

—Nos comprometimos a...

—No me vengas con eso —le señaló las manos enrojecidas por el uso del machete y frunció la nariz—, esto no son tareas de un mago.

Marcos flexionó los dedos, algunos de ellos se agrietaron y dejaron salir unas tenues gotas de sangre.

—No, no lo son —dijo pensativo.

—Entonces, ¿cuándo nos largamos?

—Dentro de poco. —Marcos no quitaba la vista de la criada, que temblaba cada vez que Raquel hablaba.

Perla suspiró.

—Si no fuera porque está tan frondoso este bosque… —Frunció los labios mientras miraba alrededor—. ¿Sabes?, me pareció haber visto un rastro no hace mucho.

Marcos asintió y la muchacha se animó.

—¿Tú también lo viste?

—Puede ser —murmuró el mago.

—¿Y no crees que sea de ella? —Enarcó las cejas Perla.

Marcos negó con la cabeza y estiró las piernas. Arrastró los pies sobre las hojas en el suelo, con la mirada fija en sus gastados zapatos.

—No —habló con lentitud y voz mesurada—, ella viaja sola —levantó la cabeza para mirar al lugar desde el cual habían llegado—, y allí había al menos tres pares de huellas.

Perla hizo un gesto descreído, frunciendo levemente la nariz.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Si yo apenas fui capaz de verlo y tú…

Se encogió de hombros y mostró las palmas de las manos, como si el resto de la oración fuera evidente.

—Yo soy más viejo, sí —sonrió con amargura Marcos—, es posible que no vea tanto como una muchacha joven, pero veo mejor.

—¿Eso qué quiere decir? —Frunció el ceño Perla—. No estoy de humor para acertijos, ni creo que este sea el momento.

—Siempre es buen momento para aprender algo. —Suspiró Marcos —. No importa, solo quiero decir que llevo más años que tú analizando rastros, sé lo que vi, no era el de una persona sola.

Perla bufó. De fondo se escuchó la voz de Raquel que se elevaba y traspasaba la espesura del follaje. La joven criada casi se cae al tratar de evitarla. Marcos y Perla observaron la escena en silencio. El clérigo y el mago ni siquiera miraban.

—De todas formas —continuó Perla—, no podemos estar seguros de que sigue sola. Tal vez conoció a…

Marcos rio por lo bajo.

—Me parece que conocemos lo suficiente el carácter de Úrsula como para tener la certeza de que lo más probable es que viaje sin compañía.

—Claro —sonrió Perla—, siempre tiene que estar al frente de todo, solo ella…, la egoísta.

Marcos la miró con las cejas enarcadas, pero no dijo nada.

—Y si… —Perla todavía tenía la mirada perdida hacia donde Raquel seguía arengando a su criada. Ya se percibía el aroma de la comida en el aire—. ¿Y si, aunque no fuera ella, encontráramos a ese grupo que pasó por aquí? Tal vez nos pudieran ayudar con...

—Y tal vez no. —Marcos dejó escapar otro suspiro.

Perla se cruzó de brazos y se volvió hacia el mago.

—Entonces, ¿qué? ¿Solo esperamos?

—Por ahora.

Ella entornó los ojos, pero luego desvió la mirada. Ambos siguieron aguardando en silencio a que la comida estuviera preparada, mientras no lejos de allí pasaba otro jinete.

El ruido de sus cascos era amortiguado por las hojas en el suelo y los gritos de Raquel. Su montura se confundía entre los marrones de los troncos retorcidos. El jinete echó una rápida mirada hacia el grupo y se alejó de ellos con toda la velocidad que permitía el terreno y la vegetación.

No pasó mucho tiempo antes de que él también encontrara las huellas que habían visto Perla y Marcos y las siguiera. Mientras más se internaba en la espesura, el bosque se volvía más hermético. Las ramas y hojas se cerraban sobre sí mismas y tejían una pared que iba de árbol a árbol, por lo que Osvaldo tuvo que bajarse del caballo y continuar a pie. Avanzaba con lentitud, ya que también cojeaba de una pierna.

Se detuvo un momento y se agachó para examinar el rastro de cerca.

—Por la cantidad de huellas —murmuró—, no pueden ser de Ema

y su grupo, a menos que hayan perdidos a algunos. —Levantó la vista para mirar al camino que había dejado atrás—. Ni tampoco es el tuyo, madre… Con suerte, son algunos de tus hombres.

Se puso de pie.

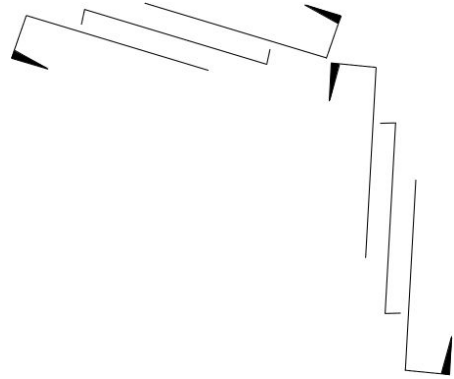
—Sería una suerte encontrarlos, madre, entonces sí no me molestaría volver a verte.

Aferró el pomo de la espada hasta que los dedos se le volvieron blancos. La mandíbula le sonó con un ruido sordo que repercutió en los árboles que lo rodeaban.

En ese momento, se oyeron voces cercanas. Osvaldo giró alrededor, intentando identificar desde dónde provenían, y el ruido de sus pasos se levantó entre las hojas. Las voces fueron reemplazadas por veloces cascos y, en seguida, Osvaldo se vio rodeado.

Se trataba de tres hombres, tres magos; y, por cómo lucían, llevaban mucho tiempo viajando por allí.

—¿Quién eres? —preguntó Ramiro—, ¿y qué estás haciendo aquí?



Capítulo XII

SALIR FUE DE LO MÁS FÁCIL que habían hecho hasta el momento, como si todo el tiempo hubieran estado en el límite mismo del reino esquivo, a dos pasos del bosque. La niebla se despejó de golpe, como un sopapo en pleno rostro, y de repente estaban en un bosque sombrío, de ramas apretadas y espesas. Los rayos de sol que se filtraban entre el follaje eran pocos, pero tenían la suficiente fuerza como para suponer que era de día.

Después de unos minutos, durante los cuales el grupo asimiló la situación, Yago, Jimena y Úrsula, con idéntica expresión de resignación, sacaron las espadas.

—Bueno —sonrió el soldado mientras avanzaba con decisión hacia las ramas más cercanas—, creo que todos sabemos el trabajo que nos espera a algunos de nosotros.

Se movían con lentitud, aunque tres de ellos estuvieran abriendo camino. El espacio era estrecho y solo podían avanzar de dos en dos. Se habían quitado la cuerda que los ataba unos a otros, pero seguían sin poder poner distancia entre ellos. No pasó mucho tiempo para que estuvieran rodeados otra vez por ese bosque espeso por el cual habían transitado gran parte de sus respectivos viajes.

La única guía que tenían en ese momento era Úrsula, quien iba a la delantera despejando el sendero, seguida por Yago y Jimena, quienes ensanchaban el paso. Ema e Inés iban detrás de ellos, luego Tadeo y Mayra, por último, Gaspar cerraba la marcha con un paso cansado y meditabundo. Ninguno de ellos hablaba más que para avisar de algún obstáculo en el camino o para hacer alguna observación sobre la posible hora del día.

Cuando llegaron a una parte un poco más abierta, donde era posible que todos se reunieran en un pequeño círculo, Yago propuso

descansar y buscar algo de comer. Era probable que fuera cerca del mediodía y todos estuvieron de acuerdo.

Los mismos que habían estado trabajando con la espada fueron en búsqueda de la caza. Gaspar se ocupó de intentar hacer un pequeño fuego allí, sin que se incendiara todo lo que los rodeaba. Mayra revisó las provisiones y frunció el ceño.

—Ya casi no nos queda agua, solo para esta comida y tal vez para la noche.

Tadeo se acercó a ella, miró el bolso que ella tenía en las manos y luego echó una ojeada alrededor.

—Aquí habrá agua, aunque no la veamos —apoyó una mano sobre uno de los anchos troncos—, los árboles no crecen así si no hay agua.

Mayra se puso de pie y miró para todos lados.

—¿Cómo podemos encontrarla?

El mago la observó con atención.

—No hay ningún hechizo para ello que yo conozca, al menos; podríamos tratar de identificar los lugares donde la tierra está más húmeda y cavar un poco. —Se encogió de hombros—. El agua puede estar cerca de la superficie o no.

Ema, que se había sentado apenas llegaron al claro, se puso de pie.

—No esperemos a que ya no tengamos una gota —dijo y comenzó a caminar mirando el suelo con el ceño fruncido en concentración.

Inés y Mayra se miraron una a la otra y luego también comenzaron a andar en direcciones opuestas. Gaspar, que ya había prendido un pequeño fuego, miró a Tadeo y vaciló antes de hablar.

—Voy a ayudar a Yago… Mmm, la fogata…

—Yo la vigilo —dijo Tadeo, quien se había recostado contra un árbol.

Gaspar asintió y se apresuró a ir en la dirección en la cual habían partido los otros tres. Sus voces se oyeron a los pocos pasos. Los encontró a todos juntos, acuclillados, examinando el suelo con atención.

—Está claro que estas no son nuestras —dijo Jimena mientras señalaba unas huellas.

Gaspar se acercó a Yago.

—¿Qué sucede?

El soldado lo miró con seriedad.

—Encontramos huellas recientes que no nos pertenecen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el muchacho.

—Nosotros no vinimos de esta dirección —contestó Jimena.

Gaspar miró alrededor y frunció los labios.

—Yo no estoy muy seguro de por dónde vinimos.

—Confía en nosotros —dijo Yago y se puso de pie—. Deben de estar cerca.

—Tal vez son viejas —comentó Gaspar.

—¿Acaso no lo notaste? —preguntó Úrsula con cierta exasperación en la voz.

El muchacho se puso de pie y dio un paso atrás.

—Las huellas no duran más de un día en este bosque —explicó Yago.

Úrsula asintió. Los tres se pusieron en guardia y miraron hacia todos lados a la vez, como si hubieran estado previamente coordinados.

—Regresa al campamento —le murmuró Yago a Gaspar— y avísale a Tadeo.

El muchacho asintió y se alejó con sigilo.

Yago estaba a punto de dar otras órdenes a las dos jóvenes, cuando se escuchó el grito de Gaspar, a pocos pasos de ellos. Los tres espadachines corrieron tras él, el muchacho les llevaba ventaja y no se detuvo hasta llegar al campamento. Allí, el resto del grupo estaba rodeado por Raquel y los suyos. Ema mantenía un escudo, tras el cual también se ocultaban Mayra e Inés, mientras Tadeo luchaba contra tres magos. Dos de ellos estaban concentrados en la pelea, el tercero parecía estar buscando otra cosa.

Úrsula se detuvo a pocos pasos del perímetro y los otros dos se acercaron a ella.

—Marcos —susurró.

—¿Los conoces? —preguntó Jimena.

—Era mi tutor.

—¿Era?

Úrsula asintió.

—¿Y la chica?

—No es nadie —dijo Úrsula con los dientes apretados mientras sacaba el primer papiro.

La pelea se niveló para ambos bandos cuando los tres se acoplaron para ayudar a Tadeo. Ninguno de los magos de Raquel dejaba que se les acercara un espadachín, aunque Yago no dejaba de intentarlo. El reducido espacio hacía difíciles las maniobras y los había dejado a todos atascados en un toma y daca de hechizos que pronto cargaron el aire de un humo espeso y tibio.

Ema se concentró más en defender a Mayra y Inés e hizo señas a Gaspar, pero este tomó la espada de repuesto de Yago y se metió en la pelea. De a poco, lograron hacerse hueco para huir. Sobre todo, porque Marcos estaba empecinado en no herir a nadie y obstaculizaba los intentos de Perla y el otro mago. Salieron corriendo casi en bloque. Habían dejado todas sus pertenencias en el campamento fallido.

El grupo de Raquel se lanzó a la persecución al instante, arengados por los gritos de la mujer, quien corría también tras ellos. Yago y

Jimena se concentraron en abrir camino lo más rápido posible, lo que resultaba más fácil ahora que se encontraban en una zona más amplia. Úrsula se había quedado en la retaguardia, con Tadeo, quien había tenido que obligarla a salir corriendo y despegar sus ojos de su tutor.

Después de varios minutos, comenzaron a ganar cierta distancia de sus perseguidores, aunque todavía no los habían perdido. Tanto Yago como Tadeo se turnaban para gritar a los demás que siguieran corriendo. Finalmente, llegaron a otro pequeño claro que hubiera sido un excelente lugar para acampar, si no fuera porque ya estaba ocupado por un grupo de gente.

Todos se detuvieron de repente y se agolparon unos contra otros cuando encontraron a cuatro hombres delante de ellos, tres de ellos eran magos.

—Hija —sonrió Ramiro—, tanto tiempo, te estábamos esperando.

—¡No los dejen escapar! —gritó Raquel mientras corría enloquecida detrás de sus magos.

Su criada tropezó a su lado, pero ella no se inmutó y saltó por encima de las piernas de la muchacha. El clérigo había desaparecido de la vista cuando nadie le prestaba atención.

—¡No podemos perderlos otra vez!

Como el grupo de Ema se había detenido, el de Raquel tuvo que hacer lo mismo. Ella los alcanzó poco después y se paró, jadeando, detrás de su mago. Su altura le permitía ver lo que había delante y que la vieran a ella.

—¿Madre?

Raquel movió la cabeza con un movimiento frenético hasta ubicar la voz y su cuello se tensó a la vez que se le agrandaban los ojos, dio un paso atrás.

—¿Osvaldo? Creí que…

—¿Que había muerto? —Sonrió su hijo—. No, madre, pero ya te hubiera gustado.

—Muchas reuniones familiares por aquí —dijo Ramiro e hizo un gesto hacia Jimena e Inés—. Chicas, ¿por qué no vienen conmigo así les dejamos espacio?

El grupo de Ema, que se había mantenido unido como si todavía llevaran la cuerda a la cintura, se miró unos a otros. Hubo un instante de silencio, mientras cada una de las personas que estaban en el pequeño claro parecía estar pensando su próximo movimiento.

—¡Sepárense! —gritó Yago de repente.

—Sí —chillaron Ramiro y Perla a la vez.

Caos, confusión y gritos fue todo lo que hubo en los siguientes minutos. Las explosiones de papiros se dieron a diestra y siniestra y el humo los envolvió a todos. Inevitablemente, se separaron y chocaron unos con otros al tratar de reencontrarse.

Los nuevos grupos se armaron instintivamente. Ema, Mayra, Tadeo y Gaspar huyeron en la misma dirección, este último apretaba un brazo contra el cuerpo. Yago trataba de estar en todos lados a la vez y, al final, terminó corriendo junto con Inés y Jimena. Úrsula desapareció sola, había visto a Jimena tirar del brazo de Inés y se decidió por la dirección contraria, seguida de cerca por Marcos. Perla quedó atrapada entre el cruce entre Ramiro y el mago de Raquel. Cuando el humo se despejó, ya no quedaban rastros claros sobre en qué dirección debía ir cada uno.

—¡Son unos imbéciles! —gritó Raquel en las narices de Ramiro—. Nos hicieron perderlos otra vez. ¿Saben cuánto tiempo tardamos en encontrarlos en este maldito bosque?

El mago se mantuvo impasible, la miraba a los ojos a la misma altura.

—Como yo lo recuerdo, señora, ellos ya estaban escapando de ustedes cuando nosotros los interceptamos.

Se miraron de hito en hito, mientras los que seguían a su alrededor esperaban. Excepto Perla, quien intentó escabullirse.

—¡Un momento, jovencita! —La señaló Raquel con un dedo huesudo—. Todavía no cumpliste tu parte del acuerdo.

La muchacha bufó, se dio la vuelta y se cruzó de brazos, con la cabeza en alto.

—El acuerdo era encontrarla y eso ya lo hicimos.

Raquel pareció perder el interés en Ramiro y se acercó a Perla.

—El acuerdo era recuperarla. —Elevó la voz Raquel.

Perla negó con la cabeza.

—¿Para qué querría encontrarla y no recuperarla?

La joven se encogió de hombros y una sonrisa pasó rápidamente por sus labios antes de desaparecer en un gesto huraño.

—No lo sé, ni me importa. Además, de todas formas, el acuerdo fue con Marcos y no conmigo.

Perla miró a su lado, pero Raquel había avanzado hasta quedar a dos pasos de ella y la obligó a mirarla otra vez.

—¡Podría haberte dejado en ese pozo!

—¿A quién persiguen? —preguntó Ramiro.

—¿Qué? —Se volvió hacia él una desconcertada Raquel.

—¿Es acaso a la maga de ataque, la alta?

Fermín le dirigió una mirada inquisitiva a su padre, pero este le daba la espalda.

—No, esa es Úrsula —dijo Perla— y la seguimos nosotros. —Se dio vuelta hacia un lado y luego hacia el otro, miró todo alrededor y frunció el ceño—. ¿Dónde está Marcos? ¡Ese viejo se fue sin mí!

—Si te unes a mí —se acercó Ramiro—, podríamos encontrarlos.

—¡Un momento! —dijo Raquel—, ella trabaja para mí.

—Yo no trabajo para nadie —chilló Perla y se aproximó a Ramiro, lo miró con los ojos entornados—. ¿Por qué querrías encontrarla? Ni siquiera la conocías hasta ahora, ¿qué es lo que piensas ganar?

—Solo me gustaría conocer a tu amiga —sonrió el mago— y tal vez hacerle algunas preguntas.

Perla bufó.

—No es mi amiga, solo tengo que llevarla de vuelta a la Academia.

—Podrás hacer eso.

—¿Y qué hay de Marcos?

Ramiro enarcó las cejas.

—Es el tutor de Úrsula, estábamos juntos, hasta que se fue… ¡Ese imbécil!

—¿Acaso él te importa?

—No, pero…

—El trato es solo contigo, nos encargaremos de él si es necesario.

Perla frunció los labios y observó a Ramiro de arriba abajo. Con un gesto desenfadado, se tiró el cabello revuelto hacia atrás.

—Está bien.

—¡Hagan lo que quieran! Nosotros estamos perdiendo el tiempo. —Raquel se dirigió a lo que quedaba de su grupo, a la vez que evitaba la mirada de Osvaldo—. ¡Nos vamos!

Le dio la espalda a Ramiro y partió en dirección hacia donde había estado el campamento de Ema, junto con el mago que seguía a su servicio y el clérigo, que había vuelto a aparecer en algún momento. Osvaldo la siguió en silencio mientras Perla se arreglaba la ropa y el cabello.

De repente, alzó la cabeza de un golpe y se apresuró a ir detrás de Raquel.

—¡Espera! Ese caballo era mío.

—Tu caballo se perdió en el pozo —gritó Raquel, en un tono chillón.

—Ese fue el de Marcos. —Perla se apresuró a darle alcance—. ¡Espera!

Fermín la observó alejarse mientras él se acercaba a su padre. Este no se dio la vuelta a mirarlo.

—¿Por qué?

—No eres observador —susurró Ramiro—, ¿acaso no viste el anillo?

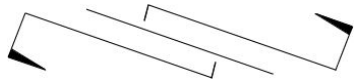
El tercer mago se acercó a ellos dos.

—El cojo se está yendo.

—Déjalo ir —miró a Perla, quien casi se había perdido entre las hojas que los separaban del otro claro—, ganamos otro mago de ataque, aunque sea mujer, es mejor que ese muchacho resentido con su madre. —Le hizo un gesto con la cabeza a Fermín—. Ocúpate de

que recupere su caballo, no necesitamos que sea una carga.

El muchacho apretó los labios mientras inspiraba y se alejó sin contestar.



TADEO DIO LA SEÑAL de descanso cuando ya ninguno podía avanzar otro paso. En el momento en que se detuvieron, se desplomaron sobre el suelo.

—¡Ay! —gimió Gaspar.

Ema se apresuró a acercarse a él y examinó la herida con cuidado.

—Creo que tiene el brazo roto.

Mayra se acercó a su vez.

—Tal vez podamos hacer una especie de tablilla —miró alrededor —, madera, ciertamente, no falta.

—Tenemos otros problemas —murmuró Tadeo y volvió a ponerse de pie.

Lucía cansado, pero se mantenía erguido y con la mirada atenta.

Varios pasos se acercaban a ellos, no eran para nada sutiles. Tadeo esperó inmóvil con un papiro en la mano. Ema se había puesto de pie, delante de Mayra y Gaspar. Los minutos pasaron y los ruidos se hicieron cada vez más fuertes, hasta que las ramas comenzaron a agitarse a poco más de un metro de donde se encontraba Tadeo. El mago se puso en tensión.

De repente, Yago apareció entre la espesura. Tadeo bajó el brazo y se dejó caer en el suelo otra vez, exhaló largamente.

—¡Inés! —llamó Ema cuando ubicó a la maga y le hizo señas para que se acercara a Gaspar—. Tiene el brazo roto.

Inés asintió y, con rapidez, se ubicó al lado del muchacho. Examinó el brazo con gesto serio y luego sacó un papiro del bolso que llevaba colgado. Comenzó a escribir las runas bajo la atenta mirada de Ema y Mayra.

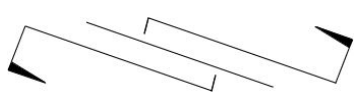
Jimena se acercó a ellos y se apoyó contra un árbol, sin guardar la espada.

—¿Estamos todos? —preguntó Yago con una rápida ojeada a Mayra—. ¿Hay algún otro herido?

—Estamos todos, menos esa muchachona insoportable —dijo Tadeo.

Inés levantó la vista.

—Úrsula —susurró.



El crepúsculo se filtraba entre las ramas como una noche ya cerrada, cada vez era más difícil distinguir los árboles y arbustos que se interponían en el camino. Su pie tropezó repetidamente con una raíz tras otra. Las ramas le rasguñaban el rostro, se le enganchaban en el pelo y abrían todavía más jirones en su ropa. Cuando casi se cayó, luego de tropezarse otra vez, Úrsula se detuvo.

Jadeando y sudando, apoyó la mano libre en un retorcido tronco. La mano de la espada estaba prácticamente adherida a la empuñadura de esta. La joven hizo una mueca cuando liberó suavemente los dedos y los flexionó uno a uno. Luego, volvió a asir el arma.

Aguardó unos instantes a que los ruidos de su propia respiración se acallaran. Escudriñó a su alrededor y, cuando pareció conforme, dejó la espada a un costado y se sentó sobre unas grandes raíces que se elevaban desde el piso casi como otro árbol por derecho propio. Se quedó allí mientras terminaba de recuperar la respiración y las piernas dejaban de temblarle.

No habían pasado más que unos minutos cuando alguien apareció frente a ella. Úrsula se puso de pie de inmediato y miró hacia ambos lados alternadamente, a la vez que su mano buscaba y encontraba la espada. No se habían oído pasos ni ningún otro ruido de acercamiento antes de que tuviera a aquella persona plantada frente a ella. Úrsula retrocedió un paso y su espalda dio contra el árbol que tenía detrás. Al instante, su mano libre se dirigió a uno de sus tantos bolsillos.

—Espera, Úrsula —extendió los brazos Marcos, llevaba las manos vacías—, solo quiero hablar, ambos estamos cansados.

Úrsula no se movió. Marcos dio un pequeño paso atrás, sin dejar de mirarla, y se sentó en un tronco. Ella se quedó observando cómo su tutor recuperaba la respiración. Él, cuando vio que la joven no hacía ademán de marcharse en cualquier instante, se inclinó para masajearse las piernas con fuerza. Tenía la cara enrojecida y le latía una vena en la sien. Pasaron largos minutos antes de que alguno de los dos hablara.

—Úrsula —dijo al fin Marcos—, no tenemos por qué continuar con esto.

Ella sacó la mano del bolsillo y relajó la de la espada.

—No, no tenemos —sonó la voz acerada de Úrsula—, puedes regresar cuando quieras a la Academia.

Marcos suspiró.

—¿Es que no te has dado cuenta todavía de lo peligroso que es esto? —Hizo un gesto hacia atrás—. Toda esa gente está buscando lo mismo y no precisamente por buenas razones, eso puedo asegurarlo por los métodos que usan. Bastó que un puñado de gente supiera sobre

este destino para que se volvieran locos.

—¿Cómo sabes tú lo que buscan? ¿Acaso te lo dijeron?

Marcos sonrió con amargura.

—Soy más viejo que tú, conozco a la gente, puedo leerla con más facilidad.

—No tanto como crees. No me conoces a mí si en verdad crees que voy a detenerme. —Úrsula dejó salir un suspiro—. En este tiempo, desde que dejé la Academia, solo vi más razones para encontrar lo que busco.

—Crees que es una solución milagrosa, pero esas cosas no existen. —Negó con la cabeza—. Es uno de los grandes errores de la juventud.

—¡No soy tonta! —Úrsula se irguió, todavía empuñaba la espada, aunque su punta apuntara hacia el piso—. Sé que no se arreglarán las cosas de la noche a la mañana, pero algo tiene que cambiar.

—¿Qué?

—¡Todo! Todo está mal.

—¿Y tú sabes hacerlo bien?

Úrsula intentó poner los brazos en jarra, pero la espada se lo obstaculizó. Al final, optó por no soltarla y se llevó solo la mano libre a la cintura.

—¿Tan mala opinión tienes de mí?

—Al contrario, creo que eres una joven excepcional, tienes unas buenas ideas, alta moral, pero de ahí a llevarlo a la práctica… —Marcos negó con la cabeza otra vez—. Ni siquiera sabes trabajar en equipo.

—¡Claro que lo sé!

—¿Y qué haces aquí sola entonces?

Úrsula se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Eso es error nuestro —dijo Marcos—, de la Academia, de tu padre y mío.

—No me importa eso.

—Debería.

Úrsula se despegó del árbol y caminó de un lado a otro, sin dejar de tropezar con las raíces, que ya solo eran partes de las sombras del entorno.

—No sé para qué tenemos esta charla, no voy a cambiar de opinión.

Marcos cerró los ojos un instante.

—Supongo que no, pero es mi deber protegerte.

—¿Y qué piensas hacer para logarlo? —Úrsula detuvo su caminar y levantó levemente la espada.

—No lo sé —susurró Marcos, que no se había movido.

Úrsula frunció el ceño, contrariada.

—Tal vez deba ayudarte… —musitó el mago.

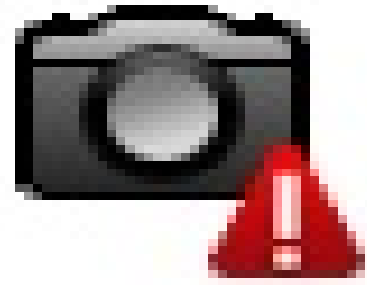
Úrsula se tensó y retrocedió un paso, se llevó la mano libre otra vez a uno de sus bolsillos.

—Ya te dije que no quiero *tu ayuda*.

—No, no —dijo Marcos mientras se ponía de pie—, me refería a...

Úrsula no le dejó terminar la frase, en un rápido movimiento le lanzó un papiro, que detonó a pocos centímetros del rostro de Marcos, y salió corriendo a toda velocidad.

Atravesó el bosque a manotazos, hasta que recordó que llevaba la espada en la otra mano. Las ramas y hojas le habían arañado la cara, los brazos y las piernas. No se detuvo hasta que las rodillas se le doblaron inevitablemente y se cayó al piso con un golpe sordo. La espada se le resbaló de la mano y ella se quedó en cuatro patas, jadeando.



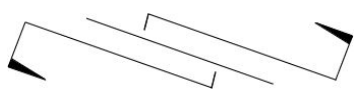
Capítulo XIII

CUANDO SE HUBO CALMADO UN POCO, se sentó y miró alrededor, lo poco que era visible ya en esa noche. Estaba sola. El bosque a su alrededor se mostraba oscuro y silencioso, sombrío. Úrsula se tendió en el suelo duro y observó las copas de los árboles sobre ella. Estaban tan enmarañadas que era difícil saber dónde terminaba una y empezaba la otra.

En el momento en que comenzó a refrescar, se puso de pie y trepó a uno de los árboles que había estado observando. No pudo subir mucho, pero encontró un hueco donde pasar el resto de la noche. Se arropó en la poca ropa que tenía y se acurrucó contra una rama húmeda. Se durmió al instante.

La despertaron unos tenues rayos de sol que le cayeron sobre los párpados cerrados. Se despabiló con una sacudida y casi se cayó de la rama donde había pasado la noche. Con movimientos entumecidos, bajó hasta el pie del árbol.

Estiró los músculos, se acomodó un poco la ropa y se dispuso a continuar con su viaje. El golpe lo recibió por la espalda.



INÉS HABÍA TERMINADO DE CURAR a Gaspar y luego se empecinó en revisar a todos los demás. Los únicos que mostraron cierta objeción fueron Jimena y Tadeo.

—No entiendo por qué te resistes tanto —frunció el ceño Ema—, ¿no estás siempre cerca de magos de curación? Ellos se encargan de la salud de todos los magos de la Academia.

—No se puede confiar en ellos —Tadeo entornó los ojos—, siempre

intentan tirar de tu lengua mientras te atienden.

—Inés ya sabe todo o, al menos, lo más importante.

—Eso no lo sabemos, es mejor siempre no divulgar toda la información.

—Creí que estábamos todos juntos en esto —dijo Mayra, quien estaba revisando cada brote de planta cercana para tratar de encontrar alguna comestible. Por el momento, el pilón recogido era bastante magro.

—Eso era cuando estábamos dentro de esa niebla, ahora no hemos discutido nada.

—Entonces hagámoslo ahora —dijo Ema.

Inés le sonrió al mago, pero este se mostraba impasible. De todas formas, la joven se dirigió a él en particular.

—Creo que lo mejor es que sigamos todos juntos, ¿no? Sobre todo, ahora que sabemos toda la gente que… nos sigue.

—Tal vez ese sea un motivo para separarnos.

—¡Claro que no! —exclamó Ema—. Además, yo confío en Inés.

Tadeo bufó.

La maga de curación había terminado de revisar a todos y ahora descansaba recostada contra un árbol mientras esperaban el regreso de Jimena y Yago.

—¿Cómo estás? —dijo Ema inclinándose sobre Gaspar.

—Bien, ya solo es una molestia en el brazo, nada más.

—Todavía debes descansar un poco más —le advirtió Inés.

—Descansar es justo lo que no podemos hacer —Tadeo seguía irritado—, perdimos las pocas pertenencias que nos quedaban. Solo llevamos lo puesto. Lo que es decir, *yo* llevo lo puesto, ustedes seguro que no guardaron nada.

Ema rebuscó en su bolso y sus bolsillos y le mostró todo a su tutor, este enarcó las cejas.

—Bueno, parece que algo aprendes.

En ese momento, regresaron Jimena y Yago. Ella llevaba solo un pequeño conejo que no sería más que unos bocados para cada uno, pero él traía tres cantimploras húmedas y una gran sonrisa.

—El arroyo es pequeñísimo, tardamos mucho en llenarlas —dijo mientras las repartía entre los demás—, nosotros ya tomamos.

—Esto es lo único que hay —Jimena le dio el conejo a Mayra y echó una ojeada a las pobres plantas que tenía cerca—, supongo que tampoco condimentaremos mucho.

Ya estaba totalmente oscuro cuando pudieron comer la magra cena y hacer los planes sobre cómo continuar.

—Tenemos que volver a la niebla lo más pronto posible —dijo Tadeo—, sobre todo ahora que sabemos toda la gente que anda detrás.

—¿No fue eso lo que dije yo hace unos minutos? —preguntó Inés.

Tadeo hizo un ruido con la nariz.

—Cuando dije *tenemos*, no me refería exactamente a todos.

—Por mí está bien —se repantigó Jimena—, nosotras podemos seguir por nuestra cuenta.

—No —dijeron Ema e Inés a la vez y se miraron con una sonrisa.

—Tenemos que seguir juntos —continuó Ema, después de una señal de asentimiento de Inés.

—Juntos somos más fuertes —añadió Yago.

Tadeo suspiró y murmuró algo por lo bajo que nadie alcanzó a entender. Echó una mirada a Jimena e Inés.

—Como decía, hay mucha gente detrás.

—Eh —dijo Jimena—, que ustedes también llevan equipaje, como esa mujer loca que no dejaba de chillar como una gallina.

Mayra y Ema rieron, Tadeo las calló con una mirada.

—Estarán locos, pero nuestros perseguidores no saben qué buscamos.

—¿Y quién dice que mi padre sí lo sabe? —Jimena mantuvo la mirada, pero la voz no le salió tan firme.

Tadeo entornó los ojos.

—¿Cuántos iban con tu padre? —preguntó Ema.

Jimena apretó los labios, fue Inés la que contestó.

—Fermín, el hermano de Jime y ese otro mago que trabaja para Ramiro —sonrió con debilidad—, ese es el padre de Jime.

—Y supongo, entonces, que los otros dos van detrás de Úrsula, ¿no? —intervino Mayra.

—Es lo más razonable —dijo Yago—. De todas formas, lo primero que tenemos que hacer es reaprovisionarnos, ya sabemos que allí no encontraremos nada.

—Aunque me quedan papiros —comentó Ema—, no vendrían mal unos cuantos más. ¿Cuántos tienes tú, Tadeo?

Su tutor se movió incómodo y se cruzó de brazos.

—Si regresamos hasta un pueblo, nos demoraremos demasiado.

—Pero no podemos volver a ese lugar sin preparación —insistió Yago.

Tadeo bufó y se puso de pie. Los demás lo observaron caminar de un lado a otro, aunque apenas era visible. Ya era bastante entrada la noche y, aún después de todo lo que corrieron y el enfrentamiento, ninguno parecía tener ganas de dormir en lo absoluto.

—Creo que deberíamos ir a un pueblo por papiros y provisiones —dijo Inés— y después tendríamos que buscar a Úrsula.

—¿Ah sí? —Detuvo su caminata Tadeo—. ¿Y no quieres también tomarte unas vacaciones?

—No seas pesado —dijo Jimena—, sabes perfectamente que necesitas la comida y el agua, así como los papiros —sonrió y acarició

su espada—, no podrías hacer nada sin ellos.

Tadeo entornó los ojos tanto que se le empezaron a marcar arrugas alrededor de ellos. Jimena, aún con una sonrisa en los labios, se volvió hacia su amiga.

—No sé para qué buscar a Úrsula, Nini, dejó bien en claro que no quiere ir con nosotros.

—Pero debe —insistió Inés—, no creo que podamos encontrar lo que buscamos sin ella.

—Estaban todas juntas ahí y no pasó nada. —Se rascó la cabeza Gaspar, quien yacía acostado cerca de Ema. Seguía la conversación, pero era el único que bostezaba cada tanto.

—Falta algo más —frunció el ceño Inés—, no sé qué es aún, pero puedo sentirlo.

—Estoy de acuerdo —asintió Ema—, mi intuición también me dijo que estar las tres juntas es lo correcto. Estoy segura de que, si entramos como un grupo, con ellas alrededor, encontraré el camino.

—¿Tú? —Enarcó las cejas Jimena.

—¿Por qué no? —Se sonrojó Ema—. Los magos de defensa son los más raros, es obvio que el oráculo estaba esperando mi llegada, soy la más importante.

Jimena hizo un ruido con la nariz.

—Humilde —murmuró.

—Pues yo también creo que es importante —puso los brazos en jarra Mayra—, ella representa a todos los que venimos de abajo.

—Chicas, por favor —sonrió Yago—, todas son importantes. Me parece que ahora es mejor concentrarnos en el próximo paso —miró de reojo a Tadeo—, el cual es volver al pueblo más cercano a conseguir más papiros, caballos y provisiones.

El mago asintió con un gesto seco. Solo entonces, se retiraron a dormir.

A la mañana siguiente, se pusieron en marcha apenas la claridad fue suficiente. Primero pasaron por el pequeño arroyo para rellenar las cantimploras, luego comenzaron a caminar. Tardaron dos días en salir del bosque. Fueron guiados por Ema, a quien Inés le daba sutiles indicaciones cada tanto. En una de esas ocasiones, Jimena le dio un codazo a su amiga.

—¿Por qué no nos guías tú directamente?

—Sssh —dijo Inés y se encogió tras Jimena, quien negaba con la cabeza.

Cuando por fin divisaron casas, estas eran interminablemente alargadas. Jimena aminoró el paso y llevó a Inés a un costado.

—¿Acaso sabías…? —dijo en un murmullo.

—No, realmente, no, pero…. —se enroscó el dedo en un rulo—, ella era la única que no había… y es la intención de cada una, pero

me pareció que a ella le faltaba… No sé.

—Pues creo que sabes más de lo que admites a ti misma y deberías decirlo en voz alta.

—Esta también es su búsqueda. —Sonrió Inés.

Jimena suspiró y apretó los labios y finalmente se reunió con los demás, que ya estaban cruzando los perímetros del pueblo perdido. Inés y Jimena tomaron la delantera y se dirigieron directamente a la casa de María.

—Creo que nunca había estado en este pueblo —dijo Yago mirando hacia todos lados.

Tadeo se volvió hacia Ema, quien se encogió de hombros.

—Sentía que tenía que venir hacia aquí.

—Tal vez no sea una pérdida de tiempo —suspiró Tadeo y detuvo su caminata—, siempre podemos desearlo.

Ema se había quedado unos pasos atrás, mientras el mago seguía caminando. Ella se había quedado mirando fijamente a un viejo, quien le devolvía la mirada con firmeza. Poco después, se dispuso a seguirlo.

—Ema —la llamó Tadeo y fue tras ella.

—Solo la joven. —Levantó un dedo el viejo.

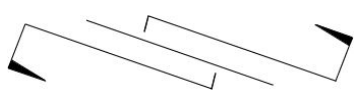
Mayra y Gaspar rieron detrás de él.

—Haz lo que quieras, muchacha —refunfuñó Tadeo—, de todas formas, no sé para qué me preocupo por… Si después vas a hacer lo que….

María los recibió a todos con los brazos abiertos. Solo se quedaron allí un día, pero pudieron disfrutar de un baño y una cama. Cuando se fueron, Ema lucía, orgullosa, un anillo.

Al día siguiente, se internaron otra vez en el bosque, en búsqueda de Úrsula.

—Está en el reino —dijo Inés—, estoy segura de eso.



DESPUÉS DE HORAS DE CORRER sin pausa, Úrsula se detuvo y se apoyó contra un árbol nudoso. La respiración agitada, el sudor que le caía por la frente y el cuello, las piernas que le temblaban sin control. Poco a poco, se fue deslizando hacia abajo y tuvo que sostenerse. Cuando estiró el brazo para agarrarse de la rama más cercana, se le cortó la respiración y tuvo que volver a apoyarse contra el árbol, hasta que consiguió acompasar sus inhalaciones y exhalaciones.

Se llevó una mano a las costillas y frunció el ceño. Inmediatamente, se miró la mano: estaba manchada con sangre. Cerró los ojos y tragó saliva, luego los abrió y se inspeccionó la herida. Era

un corte transversal, no muy profundo, pero que se extendía por casi todo el lado izquierdo. Exhaló.

Estaba por dejarse caer al suelo, cuando se oyeron ruidos de cascos y ramas rotas. Voces que discutían se elevaron en el espeso aire e hicieron el ambiente todavía más pesado y abrumador. Úrsula, con una mueca, se enderezó y siguió corriendo, con la velocidad notablemente reducida.

Llevaba corriendo desde que dejara a Marcos y solo esa noche había podido dormir unas horas. Luego no había dejado de escapar y, con el sombrío bosque alrededor, era difícil saber cuánto tiempo llevaba huyendo. El no contar con comida y estar con los últimos tragos en la cantimplora hacían todavía más difícil la marcha. Aun así, había logrado escapar casi ilesa las dos primeras veces que la atacaron, incluso cuando la primera vez no tuvo ningún aviso. Pero en la tercera oportunidad, que fue muy cercana a la segunda, se había visto atrapada por la frondosidad durante unos momentos y solo había podido huir a duras penas. Había gastado casi todos los papiros que le quedaban y no tenía nada de comida, ni tiempo de buscarla.

Además de un par de papiros, solo le quedaba la espada, la cual usaba para apoyarse mientras caminaba. Tropezó por enésima vez con unas raíces que sobresalían del suelo y cayó de bruces. Se mordió la lengua para no gritar. Durante unas cuantas respiraciones, se quedó allí, en el piso, esperando.

El ruido de cascos se aproximaba de nuevo y, como siempre, luego se le unieron las voces. Era Perla, acompañada por los otros magos. A Marcos lo había visto también una vez más, pero había logrado evitarlo sin que él la viera. Sin embargo, Perla parecía poder encontrar su rastro una y otra vez sin problemas.

Úrsula permaneció en silencio, inmóvil. De todas formas, la esperanza de que los ruidos se alejaran se desvaneció pronto y Úrsula se puso toscamente en cuatro patas en un intento por levantarse.

—¡Allí! —chilló Perla.

Úrsula maldijo por lo bajo y se puso de pie con una mueca. Al menos, al ir a pie, podía meterse por lugares por donde los caballos no podían internarse. Encontró unos matorrales espesos cerca de su ubicación, cojeó hasta allí y empujó para entrar en ellos. Las ramas se resistían y le arañaron los brazos y la cara. Algunos mechones de su pelo quedaron colgados junto a las hojas.

—¡Más rápido! —aulló Perla.

Úrsula empujó con todas sus fuerzas y logró meterse entre las ramas justo en el momento en que se sintió una explosión a su espalda. El estallido la hizo exhalar con brusquedad y toser un poco, pero no la detuvo. Los arbustos estaban tan apretados que le costó avanzar hasta que pudo sacar la espada. El brazo estaba débil y

tardaba mucho en cortar cada rama.

—¡Rápido, rápido! —repetía la voz de Perla.

Úrsula gruñó, aún la seguían. Revisó los bolsillos y miró hacia atrás. Estaba todo tan enmarañado que no podía lanzar ningún papiro. Volvió a guardarlo y retomó la espada, la cual empuñó con ambas manos. Se mordía los labios a cada golpe y pronto comenzó a sangrar de allí también. Cando terminó de atravesar el espeso follaje, cayó en los brazos de Marcos.

—Estás herida —murmuró este.

Úrsula lo empujó, pero ya no tenía fuerzas y no pudo soltarse de su agarre. Él tiro de ella y la alejó de los arbustos, le señaló una dirección y le dio un breve envión.

—Corre hacia allí —la urgió—, encontrarás un pequeño arroyo. Yo los detendré un poco y te alcanzaré más tarde.

Úrsula gruñó y sacudió la cabeza.

—¡Ve! —La empujó Marcos con firmeza.

Úrsula se mantuvo de pie con toda su fuerza de voluntad y maldijo por lo bajo hasta que fue capaz de volver a hacer que sus piernas se movieran. Corrió torpemente en la dirección que le había dicho Marcos, mientras este la observaba.

Ya estaba bastante lejos cuando se oyeron detonaciones y gritos. Y luego el ruido de pasos a la carrera. Ella se apresuró aún más, se bamboleó sobre el suelo irregular y cayó sobre el arroyo. Se cortó una mano contra las piedras y el agua le salpicó el rostro. Pestañeó varias veces con fuerza e intentó levantarse.

—Úrsula, espera —dijo Marcos con voz agitada—, puedo ayudarte.

—No necesito tu ayuda —murmuró ella—, no necesito a nadie.

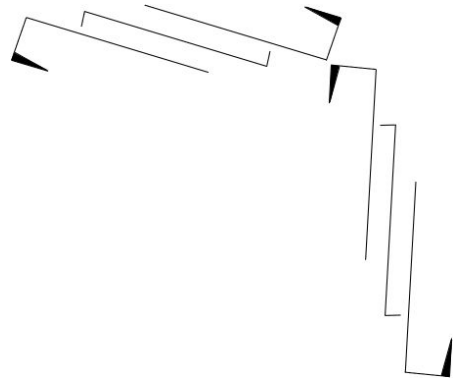
Marcos estaba ya casi sobre la joven cuando ella hurgó en sus bolsillos y activó un papiro, uno de los dos últimos que le quedaban.

—Úrsula. —Marcos estaba solo a unos pasos, inmóvil.

Ella, reprimiendo un grito, se incorporó y lanzó el papiro. Marcos logró retroceder unos pasos, pero aun así quedó inconsciente. Úrsula, jadeante, se lavó la cara y se levantó, aunque no era capaz de erguirse completamente. Gruñó a cada paso, pero logró alejarse de allí. Sangraba por tantos lados que, después de revisar algunas de sus heridas, dejó de buscar más y solo se dedicó a caminar. Poco después, avanzaba sin rumbo por un bosque gris en un tiempo indeterminado del día. No se veía el sol, no se escuchaba ningún tipo de ruido, no se sentía ninguna brisa.

Siguió caminando hasta que cada paso se volvió tan lento como el de un infante. Los ojos se le cerraban solos y tropezaba con sus propios pies. No tardó mucho en caer contra el tronco de un árbol. Se deslizó poco a poco hacia el suelo hasta quedar acurrucada entre las rugosas raíces.

Hizo un tenue amago por levantarse, que no fue más que una fracción de movimiento. Luchó por mantener los ojos abiertos y falló.



Capítulo XIV

YA ERA LA DÉCIMA VEZ que Tadeo lo preguntaba y Ema solo sonreía en respuesta. Yago sonrió a su vez y negó con la cabeza, mientras Jimena, que viajaba a su lado, ponía los ojos en blanco. Habían partido del pueblo esa misma mañana, allí habían sido capaces de proveerse de todo lo necesario y casi no habían tenido que pagar por ello.

—Ningún pupilo debe tener secretos con su tutor —gruñó Tadeo —. ¿Qué fue lo que te dijo ese hombre?

Aún no soportaba que lo hubieran excluido. Ema miró su anillo y sonrió otra vez, aunque en realidad, nunca lograba que la sonrisa abandonara realmente su rostro. Se irguió un poco más en el caballo. Mayra carraspeó a su lado.

—¿Se arruinará cuando ayudes con los platos? —Enarcó las cejas.

Ema se sonrojó un poco y bajó un poco el mentón. Con timidez, se encogió de hombros y su amiga asintió brevemente con la cabeza.

—Ema —repitió Tadeo.

—Lo siento —dijo ella con tono cansado—, es que me dijo que no podía compartirlo.

Tadeo se movió en su enorme caballo, los pies llegaban a duras penas a los estribos que nadie había preguntado por qué mantenía en su longitud original.

—Siempre que se mueve así —murmuró Jimena a Inés—, creo que se va a caer.

Inés sonrió en silencio.

—Es un pueblo muy especial —le dijo a Tadeo.

—¿Crees que no me di cuenta? —Enarcó las cejas el mago—. Probablemente pertenecía al reino neblinoso. Y esos anillos —señaló a Ema e Inés—, más que probablemente tengan una clave para

encontrarlo. O tal vez, lo que sea que hayan aprendido ahí. ¿O acaso piensan retener esa información para sí y dejar que entremos en esa neblina sin saber lo que sucede?

Varios miraron de reojo a las jóvenes, incluso Jimena, pero nadie hizo un comentario. Ema, ajena a la reacción de los demás, miró a Inés, quien asintió.

—Tal vez sea cierto —dijo con calma, dirigiéndose a Tadeo—, pero entonces con más seguridad debemos encontrar a Úrsula.

—No creo que esa joven quiera colaborar. —El mago frunció el ceño—. No son así en su reino.

—Tal vez ella sea distinta —dijo Jimena, aunque su voz no sonó demasiado segura.

Tadeo se encogió de hombros.

—De todas formas, tal vez necesiten guía de alguien más experimentado en la magia, ¿pensaron en ello?

Ema se mordió el labio.

—Ya veremos —dijo Inés.

—Oigan —llamó Gaspar de repente y señaló en una dirección—, ¿por allí no había otro pueblo?

—Esta no es una excursión, muchacho.

—Es que hace mucho que no pasamos por un puesto de correo. —Dejó que su voz se apagara hacia el final de la oración.

Mayra se volvió hacia Ema, pero esta ya estaba hablando antes de que le hiciera cualquier gesto.

—Si no nos desviamos mucho, podríamos…

—No. —Fue la firme respuesta de Tadeo.

—Tal vez podríamos separarnos un poco —dijo Yago—. Acompaño al chico al pueblo y luego los alcanzamos en el bosque.

—Porque allí es tan fácil encontrarse, ¿no? —Enarcó las cejas Tadeo—. No es como si nos persiguieran un montón de locos o nada por el estilo.

El soldado apretó las mandíbulas y se le escapó una ojeada hacia Mayra.

—Ema —se acercó Gaspar a su montura—, por favor, necesito saber si hay novedades, más todavía si vamos a pasar muchos días en esa niebla.

—¿Qué novedades? —preguntó Inés—. Tal vez nosotras sepamos algo, en todo caso estuvimos menos tiempo en esa neblina.

Mayra negó con la cabeza.

—Es sobre el hermano pequeño de Gaspar, se perdió mientras estábamos de viaje.

—Oh, lo siento. —Inés miró a Jimena y esta la ignoró.

Inés se acercó un poco más.

—Uf —bufó Jimena y cerró los ojos momentáneamente—, no

pienso dejarte sola.

—Estaré bien protegida.

Jimena negó con la cabeza.

—Jime…

La muchacha cerró los ojos otra vez.

—No lo vas a dejar estar, ¿no? —dijo en un murmullo.

—Ellos compartieron con nosotros sus provisiones mientras estábamos en…

—Está bien, está bien —replicó e hizo girar su montura para acercarse al muchacho.

Inés sonrió.

—Yo lo llevaré —dijo Jimena al pasar cerca de Tadeo—, nos reuniremos con ustedes mañana.

El mago detuvo su caballo.

—¿Es que la gente joven se está quedando sorda?

—Solo voy yo con él; quedan Yago y tú para proteger a las chicas, ¿acaso no es suficiente? —Sonrió Jimena.

—Más que suficiente —dijo Tadeo, quien entornó los ojos, pero no mordió el anzuelo—, pero ese no es el problema, sino se-pa-rar-nos.

—No me hables como si fuera tonta.

—No te comportes como una.

—Por favor —se interpuso Yago entre los dos—, será solo por un día.

—Creí que tú lo comprenderías mejor —enarcó las cejas Tadeo—, no podemos separarnos, dos solos de nosotros son más débiles. —Se volvió hacia Jimena—. ¿Qué harías si el grupo de magos te atacara? ¿Y si luego te usara como rehén para recuperar a tu amiga?

Jimena se tensó.

—Nunca dejaría que sucediera eso.

—No puedes luchar contra tres magos —sonrió con frialdad Tadeo —, no importa qué tan bien manejes la espada.

—Nunca me dejaría capturar —apretó las mandíbulas Jimena—, antes…

—¡Jime! —Inés se llevó una mano a los labios mientras la miraba con ojos agrandados.

—Eso es fácil de decir —continuó Tadeo y se inclinó hacia Jimena —, no tan fácil de hacer.

—Es cierto que no es lo mejor separarnos —dijo Yago, todavía con tono conciliador—, pero será solo un día y ahora no andan sobre nuestra pista. Creo que vendrán primero por nosotros, el grupo más grande —señaló a Ema e Inés—, donde están las muchachas.

—Hagan lo que quieran —espoleó el caballo Tadeo—, pero si alguno de esos grupos luego viene y me preguntan por tu vida o la mía…, no me digas que no te advertí.

—Jime, tal vez…

—No pasa nada, Nini —sonrió ella, sin despegar la mirada del mago—, iremos y volveremos en un santiamén.

—Ten cuidado —le dijo Ema a Gaspar.

—No te preocupes. —Sonrió él y le dio un rápido beso.

Se fueron al galope mientras el resto del grupo se internaba en el bosque.

—Bueno, acá estamos otra vez —dijo Mayra cuando se detuvieron instintivamente a observar el follaje que parecía crecer por minuto—, ¿cómo encontraremos a esta Úrsula?

—Creo que yo puedo hacerlo —anunció tímidamente Inés.

Ema dudó sobre el caballo, pero luego de captar la mirada de Mayra dijo:

—Claro.

Como las otras veces, al principio, el bosque era bastante transitable, si bien tenía un ambiente cerrado y sofocante. Inés guio el caballo a un paso tranquilo. Tadeo iba tras ella y Yago cerraba la marcha. El bosque estaba silencioso y prácticamente inmóvil. Por lo cual todos quedaron sorprendidos cuando, sobre uno de los costados, desde unos matorrales, apareció Marcos.

—¿Qué diab…? —dijo Tadeo y se inclinó hacia un lado antes de sacar un papiro.

—¡Esperen! —Levantó ambas manos Marcos—. Esperen.

—¿Por qué habríamos de hacerlo?

Yago miraba hacia todos lados, espada en mano.

—Estoy solo —dijo Marcos sin bajar los brazos—, solo quiero hablar.

—Pues no te detengas —respondió Tadeo, todavía con el papiro en la mano.

—Necesito que me ayuden a encontrar a Úrsula —se volvió hacia Inés—, está herida, muy herida.

—¿Y por qué tendríamos que creerte? —Frunció el ceño Mayra—. Tú estabas entre los que nos atacaron.

—Me equivoqué… —se desinfló Marcos y dejó caer los brazos—, yo solo quería protegerla, siempre quise eso, pero me equivoqué en la forma…

—Las pupilas pueden llegar a ser muy testarudas —dijo Tadeo y relajó la mano del papiro.

—¡Tadeo! —saltó Ema.

—Entonces, ¿me ayudarán?

Se miraron los unos a los otros. Finalmente, fue Inés la que contestó.

—Nosotros la estamos buscando también.

—Pero no dejaremos que hagas nada raro —advirtió Tadeo con los

ojos entornados—, ya tenemos bastantes complicaciones.

Marcos negó con la cabeza.

—Solo quiero ayudar.

—Bien —dijo Yago y se acercó a él—. ¿Por dónde la vista la última vez?

—Por aquí —dio la vuelta Marcos y se metió en los arbustos—, hay un arroyo por este lado.

—Ya comenzamos. —Suspiró Tadeo y se bajó del caballo.

El camino fue lento y pesado. Yago avanzaba por delante, guiado por Marcos, y el resto se abría camino con las manos y hacía pasar a los caballos de uno en uno. Ema se daba la vuelta cada tanto.

—¿Qué pasa? —preguntó Mayra luego de un momento.

—Es que… si ya nos internamos por aquí…, no sé si Gaspar nos encontrará.

—Bueno, es solo hasta que encontremos a Úrsula, luego podremos volver al camino —hizo una mueca—, o al menos a un lugar más despejado.

Ema apretó los labios y asintió.

—Supongo.

—No te preocupes —sonrió—, siempre terminamos encontrándonos.

—Aquí —indicó Marcos de repente y se detuvo—, aquí perdí el rastro.

Las jóvenes tuvieron que apresurarse para alcanzar al resto del grupo. Yago había esperado pacientemente detrás de ella y Mayra le dedicó una sonrisa de agradecimiento antes de continuar.

Cuando llegaron todos junto a Marcos, notaron que se encontraban en una zona más abierta. Los árboles rodeaban un angosto arroyo que corría silencioso a través de las raíces dispersas. Estaba lleno de rocas de diferentes tamaños. Tantas que era casi imposible hallar un lugar donde se pudiera echar un trago.

—Aquí —dijo Marcos acercándose al agua y señaló unas rocas manchadas.

—Si cruzó el agua, podría ser más difícil seguir el rastro —sopesó Yago y se aproximó al arroyo a su vez.

—¿Por qué? —frunció la nariz—, ¿acaso eres un perro?

Yago lo ignoró y rodeó el agua con cautela.

—Aunque no tiene mucha profundidad.

Los caballos se acercaron por su cuenta al arroyo por su cuenta y se empujaron unos a otros para meter el hocico en el agua.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Tadeo a Marcos.

—Pude desviarlos por el momento, creo que no conocen este arroyo.

—¿Siguen todos juntos?

—No, solo los tres magos de tu reino y Perla.

—¿Otra pupila?

Marcos reprimió un escalofrío.

—No, solo una joven con mucha necesidad de probarse a sí misma.

Yago se había agachado al lado del arroyo y observaba las marcas en el piso. Inés pasó a su lado.

—Por allí —dijo y señaló hacia unos árboles rechonchos que dejaban poco paso entre ellos.

El soldado se puso de pie desconcertado y miró al resto del grupo. Pero los demás solo recogieron sus caballos y se pusieron en movimiento de inmediato.

Antes de que terminara el día, encontraron a Úrsula recostada contra un árbol. Estaba extremadamente pálida y apenas respiraba.

—Perdió mucha sangre —dijo Yago, que fue uno de los primeros de llegar a su lado.

—Toma, aquí tienes agua. —Le alcanzó Mayra una cantimplora, mientras Inés se acuclillaba al otro lado de Úrsula.

La maga revisó a la joven con atención antes de levantar la mirada.

—Necesito tenderla.

Inés escribió unos papiros mientras Marcos y Yago acomodaban a Úrsula lo mejor posible. Luego Yago ayudó a Mayra a preparar un fuego. Inés activó dos papiros, pero no hubo cambios en el rostro de Úrsula.

—El pulso está muy débil —informó Marcos.

Inés se mordió el labio. Miró a su alrededor, especialmente a Tadeo, que no le quitaba los ojos de encima.

—Tal vez si me dan un poco de privacidad…

—No lo creo —sonrió Tadeo—, ya está oscuro y no sería prudente dejarlas solas.

Inés miró a Úrsula y luego a Ema.

—No es tan malo como parece —dijo esta última.

Tadeo frunció los labios, pero ignoró a su pupila, no quitó la mirada de Inés.

—Bien —suspiró Inés y tomó uno de los brazos de Úrsula con cuidado.

Tenía un profundo corte a lo largo que todavía goteaba débilmente. Inés cerró los ojos y pasó los dedos por la herida, a la vez que murmuraba por lo bajo.

—¿Qué…? —comenzó Marcos, pero Ema le puso una mano sobre el brazo.

Todos observaron en silencio mientras Inés curaba a Úrsula. La piel resplandecía y las heridas cerraban. Cuando terminó, Inés estaba agotada, pero Úrsula solo tenía leves cicatrices y había recuperado el color.

—Mayra —llamó Ema, que ahora sostenía a Inés—, ¿hay algo de comer? Necesita recuperar fuerzas.

—En un momento —dijo Mayra y el campamento recuperó su ruido.

—¿Qué magia es esa? —Se adelantó Tadeo y acercó su rostro al de Inés, antes de examinar las cicatrices de Úrsula—. No necesitaste runas.

—Casi. —Sonrió Inés.

Tadeo se volvió hacia Ema.

—¿Tú también puedes hacerlo?

Su pupila enrojeció.

—No es lo mismo, pero sí, lo que nos enseñó es magia que no se activa al escribirla en papiros sino… —echó una ojeada a Inés, quien todavía estaba pálida—, es un poco complicado explicarlo.

—Estabas murmurando —le dijo Tadeo a Inés—, ¿acaso…?

Las muchachas bajaron la mirada. El mago sonrió.

—Eso sería un cambio fundamental en el uso de la magia.

—Lo que me temía —murmuró Marcos.

Cenaron en silencio. Tadeo y Marcos no dejaban de mirar a Inés, uno con mirada calculadora y el otro, preocupado. Ema solo miraba alrededor a cada rato, atenta a cualquier ruido que pudiera indicarle que alguien se aproximaba. Al final, Tadeo ya no pudo contenerse y se acercó a ella.

—¿En qué consiste lo que te enseñaron a ti?

—Mmm —contestó Ema distraída.

—¡Concéntrate!

—Es como lo de Inés —dijo todavía sin mirarlo—, no hace falta escribir en un papiro.

—¿Y cómo funciona? ¿Qué hace?

Tadeo le dio unos golpes en el hombro y ella se volvió a mirarlo. Sus ojos tardaron segundos en enfocarse.

—Un escudo, lo escribo a mis pies, en el suelo, y nada lo atraviesa.

—¿A todo tu alrededor?

—Sí, si lo escribo a todo mi alrededor —asintió Ema.

Tadeo frunció el ceño.

—Hay papiros que pueden hacer eso, además, todavía tienes que escribirlo. ¿Por qué no te enseñaron a ti algo más espectacular?

Ema agrandó los ojos.

—¿No crees que lo sea? ¿Un hechizo sin sangre?

A Tadeo casi se le cae la pipa que tenía en la mano. Marcos alzó la vista como un resorte.

—¿Sin sangre? —murmuró su tutor.

—Sí —dijo Ema—, no hace falta, la magia fluye en las palabras y los gestos.

—¡¿Cómo no me dijiste eso antes?!

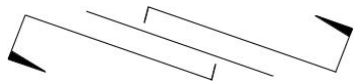
Tadeo se puso de pie y caminó de un lado a otro, rascándose la cabeza con fuerza.

—Sin runas y sin sangre. ¿Cómo te defenderías de esa magia? No hay tiempo de preparación.

Marcos miró a Úrsula, que dormía tranquilamente.

—¿Qué podrá hacer ella? —preguntó Tadeo.

—No quiero ni pensarlo —dijo Marcos.



ÚRSULA DESPERTÓ POR LA MAÑANA. Aún estaba pálida, pero pudo incorporarse para comer algo. Fue una suerte que estuviera débil, porque su reacción no fue buena al verlos allí, sobre todo al tener a Marcos a su lado.

—¿Es que no vas a perdonarme? —le preguntó su tutor con tristeza.

—Me perseguiste, pusiste a la Academia en mi contra. —Tosió ella y tomó un poco de agua.

—Para protegerte.

Úrsula cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—¿Y ahora qué quieres?

—Sigo pensando lo mismo, pero…

—¿Qué? —intentó levantarse, pero tanto Marcos como Inés la empujaron suavemente otra vez contra el árbol.

Marcos suspiró.

—Déjame terminar, por favor. —Esperó a que Úrsula asintiera—. Veo que no puedo detenerlo, entonces tal vez…, tal vez pueda suavizarlo.

—¿Quieres que no lo encuentre? ¿Que tarde más en…?

—No, cabeza dura —dijo con exasperación Tadeo—, quiere que haya alguien con sentido común allí cuando lo hagas y no solo una jovenzuela tonta y orgullosa que va dando tumbos.

—No te atrevas a llamarme así. —Úrsula se incorporó y volvió a caer.

—¿Cómo? —Enarcó las cejas Tadeo—. ¿Tonta? ¿Orgullosa? ¿Ignorante? Dime, ¿cuándo te importó algo que no sea ganar, que no seas tú?

—¿Y a ti sí?

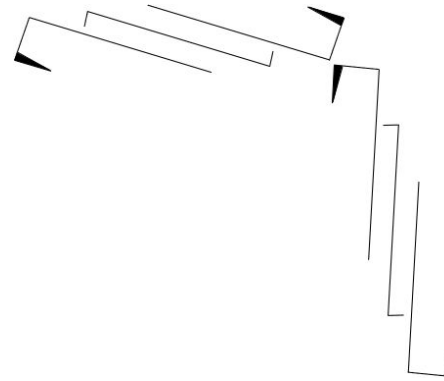
—Al menos yo sé lo suficiente para vivir con otros. Tengo un grupo alrededor, ¿o no? Tú ni siquiera pudiste permanecer rodeada de gente unos segundos porque seguramente te crees mejor que todos nosotros, lo que está muy lejos de la verdad.

Úrsula bufó, mas no contestó.

—No sé qué es más raro —murmuró Mayra a Yago—, que Tadeo esté dando ese discurso o que yo me lo crea.

El soldado sonrió y luego se levantó para ocuparse de los caballos. Aunque durante todo ese día se quedaron allí, esperando a que Úrsula recuperara las fuerzas. Dado que tenían pocos caballos para todos, decidieron turnarse en algunas ocasiones y en otras, compartir alguno.

Se pusieron en marcha al día siguiente, temprano en la mañana. Primero regresaron al camino que habían abandonado para seguir a Marcos. Por suerte, a Ema le fue muy fácil encontrarlo. Poco después, lograron encontrarse con Jimena y Gaspar. El muchacho llevaba un rostro sombrío y pocas palabras.



Capítulo XV

—¿QUÉ SUCEDIÓ? —Ema se acercó a Gaspar, tropezando en el camino con varias raíces y sosteniéndose del caballo de Yago—. ¿Hay noticias?

Gaspar inspiró con fuerzas y se aferró a las bridas de su caballo. Ema se acercó a él y levantó la mirada, pero el muchacho esquivó sus ojos. Cuando habló, lo hizo entre dientes.

—Todavía no lo encuentran —se detuvo un momento antes de continuar—, dicen que salió en mi búsqueda.

—Oh, Gaspar —dijo Mayra.

—Es mi culpa —se volvió hacia ellas, tenía los ojos enrojecidos, primero miró a Mayra y luego a Ema—, es por mi culpa que él…

—No —dijo Ema y estiró el brazo, pero él la evitó e hizo que su montura reculara.

Ema se adelantó otro paso, Gaspar hizo que el caballo girara hacia la izquierda y avanzara con un leve trote. Ema se quedó de pie un instante antes de lanzarse a la carrera, pero Yago se interpuso. Le hizo señas a Mayra, que todavía seguía a caballo detrás de Ema, y él mismo se encargó de ir tras el muchacho.

Mayra se bajó de su caballo y se acercó a Ema, a la que le habló en quedos susurros. Tadeo las miraba a cierta distancia.

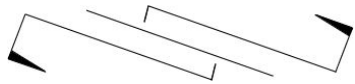
—Estás un poco pálida, Nini —dijo Jimena, quien se había acercado rápidamente a su amiga, y le rozó el rostro con los dedos.

—Estoy bien. —Sonrió e Inés la tomó de la mano.

Tadeo se volvió rápidamente hacia ellas, las miró y frunció los labios. Luego, con una tenue sonrisa, se volvió hacia Mayra cuando notó que lo miraba. Esta seguía al lado de Ema, quien no despegaba su mirada de Gaspar, pero se había vuelto a mirar a Jimena e Inés cuando las escuchó hablar. Tadeo se encogió de hombros y espoleó su

caballo.

Habían partido poco después.



—¡TENDRÍAMOS QUE HABER IDO EN LA OTRA DIRECCIÓN! —chilló Perla.

—¿Es que no puedes hablar en un tono normal? —preguntó Fermín mientras se masajeaba el oído y hacía una mueca que retorcía todo su rostro.

Ramiro hacía caso omiso mientras le daba las instrucciones al otro mago. El hombre asintió con un gesto seco y Ramiro dejó de prestarle atención. Pasó su mirada por donde su hijo discutía aún con Perla y dejó que se deslizara hacia algún otro lugar.

—Nos estamos demorando demasiado —bufó Perla, se había bajado del caballo durante el pequeño descanso que se habían tomado —. Ya estoy cansada de estar en este horrible bosque.

—Puedes irte cuando quieras —murmuró Fermín.

—Yo no me doy por vencida. —Perla caminó hacia él, levemente inclinada hacia delante, como si fuera a embestirlo.

—¿Es esa la única razón por la que haces esto?

—¿Y por qué lo haces tú? ¿Solo por seguir a tu padre?

—Tengo otros motivos. —Apretó las mandíbulas Fermín y se sentó, recostado contra un árbol.

—¿Acaso una de esas jóvenes es tu prometida? —Perla se sentó cerca de él y se acomodó el pelo—. Espero que no sea la alta vestida como guerrera, parece un hombre.

—Esa es mi hermana.

—Oh, bueno —lo miró con una sonrisa—, no es muy femenina, ¿no? Entonces… —frunció los labios hacia delante—, ¿la otra?

—No es de tu incumbencia.

Fermín se levantó y caminó hacia donde estaba su padre. En ese momento, se oyeron ruidos entre las hojas.

Al instante, todos estaban listos: de pie y con papiros en la mano, cubriendo todas las direcciones. Osvaldo salió maldiciendo de entre uno de los matorrales. Se detuvo un momento, los miró a todos, de uno en uno, y luego se dedicó a sacar a su caballo. Apenas terminó, se acercó a Ramiro con andar cansado.

—No están lejos de aquí.

—¿Quién? —preguntó Ramiro con lentitud, había bajado la mano a un costado del cuerpo, pero aún sostenía su papiro.

—Mi madre y sus esbirros.

—Ellos no me importan. —Ramiro dejó de prestarle atención.

Osvaldo apresuró el paso para volver a colocarse frente a él.

—Y a mí no me importan las chicas que ustedes persiguen, pero si nos unimos, más rápido saldremos de este bendito bosque.

—¿Que nos unamos a tu madre? —Enarcó las cejas Ramiro.

Osvaldo escupió a un costado.

—Claro que no, no realmente, pero ella tiene más provisiones —hizo un gesto hacia los caballos— y las nuestras ya estaban empezando a escasear cuando estaba con ustedes. Además —sonrió con mirada torva hacia Perla—, entre magos se entienden y podrían convencer al suyo de trabajar con ustedes. El clérigo no importa, no sirve para nada. Y la doncella... —sonrió otra vez—, siempre hay usos para una muchacha joven.

Perla entornó los ojos, por primera vez prestando atención a la conversación.

—¿Y qué uso tiene un lisiado como tú?

El rostro de Osvaldo se transfiguró en un segundo, lo que hizo que Perla retrocediera varios pasos.

—No te burles de mí, yo no tengo muchos escrúpulos con la gente que lo hace.

—¿Y qué hay de tu madre? —preguntó Ramiro como si la conversación no hubiera sido interrumpida.

—De ella me ocupo yo —sonrió Osvaldo—, hace rato que espero ese momento.

—¿Qué fue lo que hiciste cuando la seguiste hace unos días?

Osvaldo apretó las mandíbulas, pero no contestó. Ramiro se quedó pensando.

—Padre —se acercó Fermín—, ¿podemos hablar a solas?

Ramiro alzó las cejas y sonrió divertido. Con un asentimiento, se alejó unos pasos para hablar con su hijo.

—¿En verdad vamos a aceptar dos más en nuestra búsqueda? Uno que ya nos abandonó una vez.

—Este no es importante, podremos deshacernos de él sin problemas cuando sea necesario. —Se encogió de hombros—. Las mujeres son irrelevantes.

—¿Y el mago?

Ramiro frunció los labios.

—Si es del segundo reino, tal vez solo le importe el dinero.

—¿No crees que… —vaciló y bajó todavía más la voz—, que sepan qué es lo que persiguen?

Ramiro rio con estruendo.

—¿Esos ignorantes…? Son guiados por una mujer, no puedes esperar mucho de ello. —Miró especulativamente a Osvaldo, quien se empecinó en incomodar a Perla—. Es cierto que nos estamos

quedando cortos de suministros. Y alguien que cocine no nos vendría mal. —Su mirada se desvió hacia la maga y su gesto se transformó en desprecio—. Esa inútil no nos está sirviendo de mucho.

—¿Entonces por qué la llevamos con nosotros?

—¿Cuándo vas a pensar estratégicamente? —Ramiro apretó los labios brevemente antes de continuar—. Mientras más blancos haya a los cuales apuntar, menos papiros caerán en nuestra dirección.

Dejó que su hijo se quedara pensando en esa última frase y se acercó a Osvaldo.

—Está bien, dinos dónde están y si viste a alguno de los demás.

Osvaldo negó con la cabeza.

—Había un rastro de sangre, cerca del arroyo —frunció los labios —, pero hacia donde llevaba, ya no había nadie allí. —Su gesto volvió a cambiar, se contorsionaba en una mueca de alegre disgusto—. Mi madre está a medio día de camino hacia el este.

—Bien —dijo Ramiro y se volvió hacia el resto del grupo—, preparen sus cosas, partiremos.

—Otro desvío. —Suspiró Perla, pero se subió a su caballo.

La doncella estaba preparando el campamento para pasar la noche, cuando el grupo de Ramiro los rodeó. El único mago que le quedaba a Raquel se defendió como pudo, pero luchaba contra cuatro. Se mantuvo al lado del clérigo, hasta que cayó con el cuello medio ensangrentado.

Ramiro se acercó a él y se quedó mirándolo desde arriba.

—Eso te pasa por seguir a una mujer.

El mago lanzó una mirada al clérigo, la cual Ramiro siguió. El hombre de fe mantenía una expresión serena en su rostro y no hizo ningún amago de movimiento.

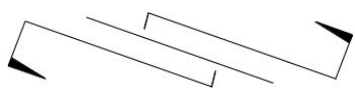
—Hola, madre. —Osvaldo apuntó su espada al cuello de Raquel.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Ella dio un paso adelante, pero se detuvo en seco al ver que su hijo no retrocedía.

—Nivelando nuestra cuenta.

Le hizo un rápido corte en la mejilla y Raquel cayó de rodillas.

—Nivelando la cuenta, madre —repitió antes de volver a alzar el brazo.



—ACÁ ESTAMOS OTRA VEZ —dijo Mayra mirando la niebla frente a ella, que se mantenía contenida por una fuerza invisible. Ni una sola hebra se deslizaba hacia el exterior.

Tadeo simplemente gruñó. Ema miraba de reojo a Gaspar, quien apenas si había intercambiado palabras con ellos durante el resto del

viaje, desde que había recibido las últimas noticias de su hermano. Yago se colocó al lado de Mayra y comenzó a anudar una cuerda a la cintura de todos. Inés y Jimena se dieron la mano. Úrsula, un poco alejada de todos ellos, se mantenía tiesa al lado de Marcos.

—Es para evitar que nos separemos y nos perdamos en la niebla —explicó Yago cuando llegó junto al mago.

Marcos asintió y dejó que lo anudara. Úrsula se movió un poco, pero se dejó atar y solo se permitió un breve suspiro que hizo que su tutor sonriera con algo de tristeza.

—Bien —bufó Tadeo cuando Yago había terminado, luego se volvió hacia las tres jóvenes—, espero que esta vez tengan una mejor idea sobre qué hacer allí dentro.

—Sí —dijo Úrsula y avanzó a grandes zancadas, sin pensarlo más, entre la niebla que la engulló con ansiedad.

—¿Qué? —preguntó Ema, apartando la mirada de Gaspar al sentir el tirón de la cuerda cuando los demás se pusieron en movimiento.

—¡Concéntrate, muchacha! —dijo Tadeo tomándola por el codo y agregó por lo bajo—: Ya habíamos hablado de este tipo de distracciones.

Ema enrojeció. Gaspar, que estaba al lado de Yago, todavía se mantenía inmóvil, ajeno casi a lo que sucedía a su alrededor. La soga de Marcos tiró de él con fuerza y se internó en la niebla. Entonces comenzó a tirar de Jimena.

—¡Esperen! —dijo Inés.

—¿Qué pasa, Nini? —La muchacha luchó para sostener la cuerda y no verse arrastrada.

—Antes… quiero intentar otra cosa, creo que…

La soga tiró con más fuerza de Jimena y ella tuvo que hacer fuerza para mantenerse clavada en el piso. Mayra la sostuvo de uno de sus brazos.

—Yo iré por ellos. —Se apresuró a ofrecerse Yago y, antes de que nadie pudiera contestar, ya había seguido el camino de la tirante soga y su sombra se fundía en la niebla.

—¿Cuál es tu idea? —dijo Tadeo aproximándose a Inés.

—Creo que deberíamos recorrer el perímetro, estudiarlo.

—Pueden ser kilómetros, Nini —alertó Jimena con las mandíbulas apretadas y el rostro concentrado—, esto se supone que era una gran ciudad, un imperio.

Inés se estiró uno de los rizos que le colgaban al lado del rostro.

—No estoy segura, creo que…, que aquí hay solo una puerta —frunció los labios—, que no hay tanto espacio como para que sea todo el reino y por eso no encontramos nada allí y siempre terminamos en los mismos lugares.

Tadeo la miró pensativo.

—No es mala idea, al menos no lo intentamos antes. —Miró a Jimena—. Si vemos que son muchos kilómetros, cambiaremos de plan —se encogió de hombros y luego sonrió—, creo que tu novia tiene cerebro, me gusta.

Inés se sonrojó.

—¿En serio son novias? —Frunció el ceño Mayra y casi suelta el brazo de Jimena, que por poco pierde el equilibrio.

Jimena e Inés compartieron una mirada y rápidamente la desviaron, aunque cada una, a su manera, reprimiera una sonrisa.

—¿Qué importancia puede tener eso? —dijo Tadeo y comenzó a mirar alrededor, como si ya estuviera decidiendo por dónde avanzar —, tenemos que avanzar.

Las jóvenes sonrieron abiertamente, pero ninguna contestó ni el comentario de Tadeo ni la pregunta de Mayra.

La soga que tiraba de Jimena se relajó y luego volvió a tensarse, se escucharon voces elevadas que provenían de la neblina. Al poco rato, aparecieron Yago y Marcos escoltando a una ofuscada Úrsula.

—¿Cuál es la demora? —dijo esta y se plantó instintivamente frente a Tadeo.

El mago, inmutable, ni siquiera se volvió a mirarla cuando le contestó.

—Vamos por otra táctica, primero recorreremos el perímetro.

—¿Y por qué tenemos que hacer lo que tú digas? —Úrsula se acomodó para encontrarse cara a cara con Tadeo, a quien le sacaba una cabeza.

—En realidad, fue mi idea —dijo Inés con voz temblorosa.

Úrsula cerró los ojos e inspiró. Tadeo sonrió brevemente.

—Inés —se volvió la maga hacia ella—, no podemos demorarnos, hay gente que nos sigue —echó un vistazo a Marcos— y que intenta detenernos.

—Lo sé, pero creo que debemos investigarlo, ya lo intentamos de la otra manera y no funcionó.

Úrsula bufó.

—Ustedes lo intentaron a su manera, yo no.

—Y no podrías hacerlo si Inés no te hubiera salvado la vida. —Se adelantó Ema, sorprendiendo a Mayra—. ¿Es que no puedes concederle siquiera intentarlo? Con las pocas veces que pide algo.

—Eso es cierto —se sumó Mayra—, si apenas pide cosas para ella. Además, es una buena idea.

Inés se sonrojó y medio se escondió detrás de Jimena.

—Está bien —dijo Úrsula, algo incómoda—, pero si notamos que se extiende demasiado, entramos.

Nadie contestó y ella asumió el silencio como un sí, porque dio un fuerte asentimiento con la cabeza y relajó levemente los hombros.

Luego, la mayoría se volvió hacia Inés.

—Tú dirás. —Hizo un gesto Tadeo.

Jimena le apretó el hombro cariñosamente a su amiga e Inés se puso en camino. La niebla estaba su izquierda mientras avanzaban, golpeaba contra la barrera y se volvía más densa y oscura, pero no lograba atravesarla. Y, sin embargo, no había nada allí, no había nada que marcara el límite. Cualquiera de ellos podría atravesarla cuando quisiera, solo debían dar un paso al costado y estarían rodeados de la bruma.

La niebla se removía junto al perímetro, pero nunca lo abandonaba. Se mantenía compacta como un muro, ni siquiera se disipaba al entrar en contacto con el bosque normal. Desde fuera, no era posible divisar nada dentro de ella. Y se extendía tan alto hacia el cielo que parecía formar parte de las nubes.

Caminaron por más de tres horas sin notar ningún cambio, ni en la niebla ni en el bosque. La única ventaja era que podían caminar por el estrecho camino que quedaba entre los dos y podía hacer avanzar a los caballos con facilidad.

Úrsula comenzó a murmurar por lo bajo y mirar con añoranza a la niebla. Poco después, Yago se había colocado discretamente a su lado. Ema, por su parte, se adelantó para ir junto a Inés, cansada de los intentos infructuosos de conversación con Gaspar.

—Gracias —le susurró Inés apenas Ema estuvo a su lado.

La maga de defensa inclinó la cabeza hacia un lado y luego pareció darse cuenta de a qué se refería.

—Ah, no fue más que la verdad. Yo no olvido que me salvaste la vida —le lanzó una sonrisa a Jimena— y luego ambas me ayudaron a huir.

—No todo el mundo es tan agradecido —dijo Jimena.

—Solo es un poco testaruda —sonrió Inés—, está acostumbrada a hacer las cosas sola, por su cuenta.

—Tú siempre ves más bien en las personas que los demás.

—Yo también siempre estuve sola, soy huérfana —comentó Ema de repente, con la mirada fija al frente y el ceño fruncido.

—Pero tienes amigos —dijo Inés—, ellos vinieron aquí por ti.

Ema echó una mirada a Gaspar, quien caminaba cabizbajo al final del grupo.

—No sé si están felices de haberlo hecho.

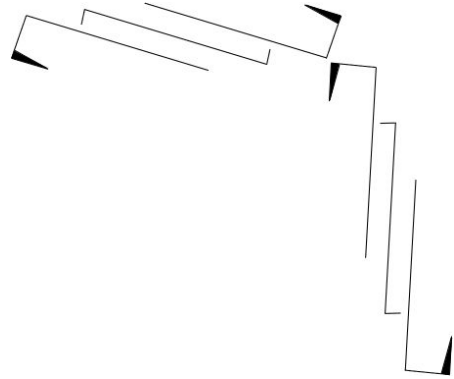
—Está preocupado, solo debes ser paciente.

—Es un poco arisco —dijo Jimena y alzó las manos en el aire cuando Inés le dirigió una mirada de reprobación—. Eh, no me agradeció cuando lo acompañé y traje de vuelta.

Inés apretó los labios, pero el resto de su rostro sonreía. Ema se adelantó un poco más y caminó cerca de Tadeo, quien iba escuchando

una charla unilateral por parte de Mayra.

Durante unas horas más, siguieron caminando junto a la niebla, con paso cada vez más lento, a medida que todas las conversaciones se fueron agotando.



Capítulo XVI

MEDIO DÍA DESPUÉS, o lo que podría ser ya el anochecer, habían llegado a un punto donde la niebla se terminaba. Sencillamente había una parte donde solo había bosque. Como si la niebla fuera algo compacto que se hubiera incrustado entre los árboles como un objeto foráneo. Después de que pudieron sacarse de encima el primer estupor y de que hubieron revisado todos los extremos, punzando con los dedos, incluso introduciendo las manos y, los más temerarios, la cabeza, decidieron hacer un alto para descansar y comer algo antes de evaluar cómo continuar.

Mientras Mayra ordenaba las provisiones para preparar la comida, Ema se acercó a Gaspar, pero este se alejó con la excusa de buscar leña. Yago le hizo un gesto con la cabeza a la muchacha y luego se internó entre los árboles para seguir a Gaspar.

Ema suspiró y fue a sentarse al lado de su amiga.

—A mí también me preocupa —confesó Mayra mientras se detenía en su clasificación y negaba con la cabeza—. Tuvo que haber algo en ese mensaje, algo más que no nos quiere decir. ¿Qué habrá sido?

—¿Cómo saberlo? —resopló Ema—. A mí no quiere decirme nada, ni siquiera quiere hablarme —se mesó los cabellos—, hasta desvía la mirada, como si no soportara verme.

—Creo que exageras un poco —Mayra había vuelto a poner manos a la obra—, solo está preocupado, muy preocupado.

—¿A Yago no le contó? —Frunció el ceño Ema—. Siempre están juntos.

—¿Y por qué me preguntas a mí? —Enarcó las cejas Mayra.

Ema se encogió de hombros.

—Porque ustedes dos hablan mucho, siempre parecen estar juntos.

Mayra frunció los labios y se concentró en su quehacer.

—No me contó nada.

Ema se inclinó para poner su cabeza dentro del ámbito de visión de Mayra. Sonrió con un gesto exagerado.

—¿No podrías…?

Mayra suspiró.

—Claro —levantó un dedo—, pero solo porque yo también quiero saber qué le pasa. —Ema sonrió con un gesto más sincero—. Ahora, podrías ayudarme con esto.

Ema asintió, pero apenas comenzó a separar las pocas verduras que les quedaban, apareció Tadeo a sus espaldas.

—Deja ya a ese muchacho —dijo irritado el mago—. Ahora que llegamos al final de esta niebla, tenemos mucho que reconsiderar. Ven, tienes cosas más importantes que hacer que pelar verduras.

—Sin embargo, a todos les gusta comer, ¿no? —ironizó Mayra con voz seca—. Aunque no sea importante.

—Mientras antes descubramos cómo salir de aquí y sortear esa niebla, antes podrás dejar de cocinar para todos nosotros —le dijo Tadeo con una sonrisa—. ¿Te gusta más así?

Mayra bufó, pero le hizo una seña a Ema. Esta siguió al mango hasta donde estaban sentados los demás en un pequeño círculo.

—Entonces, Nini tenía razón —estaba diciendo Jimena—, esa es solo la entrada y nunca logramos cruzarla.

—Es probable, solo tenemos una visión parcial —dijo Marcos—. Aunque estoy acuerdo con la teoría; sin embargo, es una entrada bastante ancha —añadió mientras miraba hacia el bloque de niebla que no estaba lejos de allí.

—Tal vez no todo sea eso —dijo Tadeo a la vez que se sentaba—, debe de ser la muralla frontal, con una puerta a la mitad.

—Entonces tenemos que volver medio camino. —Suspiró Úrsula y amagó con ponerse de pie, pero desistió al ver que nadie la seguía—. Estamos perdiendo mucho tiempo. Todavía no sabemos cómo atravesar la niebla, me refiero a llegar al otro lado, ya sé que podemos cruzar por ella.

—No estamos seguros de que sea medio camino. —Se mordió el labio Inés con la miraba pensativa—. Es decir, por donde empezamos no era el principio, ¿o sí? No estábamos en una esquina como esta.

—Yo no pienso seguir dando vueltas —resopló Úrsula.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Tadeo—. ¿Correr otra vez a través de la niebla y perder otro caballo?

Úrsula entornó los ojos.

—Yo no cometo el mismo error dos veces.

—Pues ve, no nos sirves de nada, quejándote a cada rato.

—Por favor, Úrsula —intercedió Marcos—, creo que es mejor que permanezcamos juntos.

Úrsula volvió a resoplar, pero se mantuvo en su lugar.

—Pero ¿tenemos que disipar la niebla? —pensó en voz alta Ema, quien no parecía haber estado siguiendo toda la conversación—. Tal vez solo tengamos que encontrar la puerta de la muralla y del otro lado ya no haya niebla.

—Ese sería el mejor camino —asintió Tadeo—, *sí*. El problema yace en cómo encontrar dicha puerta. —Frunció el ceño—. Y también tenemos que considerar que tal vez no se encuentre abierta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jimena.

—Me parece que mi declaración fue bastante sencilla.

Jimena estaba a punto de levantarse, pero Inés apoyó una mano sobre su brazo.

—Tal vez no sea necesario preocuparse por ello ahora.

Tadeo enarcó las cejas.

—¿Crees que es mejor hacerlo cuando estemos frente a una puerta cerrada y la niebla detrás? —Levantó una mano para evitar los comentarios de los demás—. Cualquiera diría que la magia que aprendieron en ese pueblo sería la llave para todo esto, pero ¿para qué sirve el escudo personal? —frunció el ceño hacia Ema, quien enrojeció levemente, y luego se volvió hacia Úrsula—, ¿y qué fue lo que te enseñaron a ti?

—No tengo por qué decirlo. —Se cruzó de brazos ella.

El aire se tensó. Las chispas del fuego que había creado Yago crepitaron con fuerza y se elevaron con ansias.

—La comida estará lista en un momento —dijo Mayra.

Pero apenas había logrado poner la olla sobre el fuego cuando cayó la primera detonación. Todos se pusieron de pie inmediatamente, papiros o espadas en mano, y miraron alrededor, entornando los ojos por el humo que comenzaba a acumularse. El ataque provenía desde todos lados, excepto allí donde estaba la niebla.

Ema corrió para situarse en el centro del grupo y lanzar su escudo de protección. Inés se mantenía detrás de ella, junto con Mayra. Gaspar estaba al lado de Yago, pero distraído y con la espada floja a uno de sus lados, por lo cual recibió un golpe que lo hizo tambalear. Yago intentó sostenerlo con una mano brevemente, antes de tener que volverse hacia el atacante.

El frente estaba compuesto por Marcos, Úrsula y Tadeo. Jimena había ido a ayudar a Yago a sostener a Gaspar. Cuando llegó junto a ellos, el muchacho ya estaba en el piso y lo tuvo que arrastrar hacia donde estaba Inés. El humo generado por las explosiones estaba creando su propia niebla y cada vez era más difícil ver con claridad.

—¡Perla! —llamó Marcos sin mirar a ningún lado en particular—. Para ya con esto, no es necesaria esta agresión.

Solo recibió otro papiro en llamas como respuesta. Lo eludió con

algo de torpeza, pero salió indemne.

—Debemos hacerlos retroceder —dijo Tadeo a su lado con la mirada concentrada frente a él—, así podremos rodearlos.

Marcos asintió y le hizo una indicación a Úrsula, quien la siguió automáticamente. Los estruendos se sucedían unos a otros, extrañamente sin gritos en el medio ni ningún otro sonido que no fueran pasos y estallidos.

El grupo de Ema estaba protegido por su escudo, pero el de Ramiro se ocultaba en el denso follaje y no se sabía de dónde procedían exactamente los ataques. Tadeo, Marcos y Úrsula desperdiciaron varios papiros, pero fueron avanzando de a poco. Por su lado, Yago sorprendió a uno de los magos por la espalda y lo dejó inconsciente de un solo golpe.

Una vez que se adentraron entre los espesos árboles, no les quedó más opción que separarse. Úrsula fue la primera en internarse entre los matorrales y no tardó en encontrar a Perla. Ambas se detuvieron un instante, contemplándose una a la otra como si a su alrededor no hubiera más que silencio.

—Aquí no acataré reglas que te hagan ganar con trampa —dijo Perla y comenzó a moverse de un lado a otro con pies inquietos.

—Es increíble que todavía sigas con eso, tu vida debe de estar tan vacía. —Úrsula esquivó lo que le lanzó Perla y saltó por sobre unas raíces.

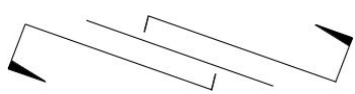
—Mi vida está mucho más llena que la tuya, yo soy mejor que tú —se dio la vuelta—, en todo sentido.

Úrsula, que había quedado a su costado, lanzó un papiro. Perla lo esquivó casi por completo, pero le dio en el brazo. Úrsula estaba por lanzar otro ataque cuando vio que Marcos se acercaba por la espalda de Perla y le asestaba un golpe en la base de la nuca. No tuvo tiempo de quejarse porque, en ese momento, apareció Fermín de entre unos matorrales. Tropezó y quiso retroceder cuando los vio a ellos dos.

Por su lado, Tadeo estaba frente a frente con Ramiro. Ema, que se había acercado a él cuando entró entre los árboles, no se movía de su lado y no dejaba de rechazar los ataques de Ramiro. Este tuvo que retroceder, a la vez que solo podía prestar atención ya fuera a Ema o a Tadeo. Por un momento, buscó al otro mago que siempre lo seguía, pero no se veía por ningún lado. Su espalda chocó contra el tronco de un árbol.

—Parece que te has quedado solo. —Sonrió Tadeo antes de lanzar el último papiro.

Ramiro cayó de rodillas.



—ESTÁN TODOS INCONSCIENTES —dijo Marcos cuando el grupo volvió a reunirse en el claro donde habían acampado por esa noche.

La mayoría de ellos tenía la ropa sucia y con algunos rasguños, aunque ninguna herida grave. Se acercaron en círculo para observar los cuerpos de sus perseguidores, cada uno concentrado en alguno de ellos.

—Tal vez deberíamos dar un paso más —sugirió Tadeo con lentitud.

—¡No creí que fueras tan frío! —exclamó Mayra a la vez que alzaba la cabeza, como impulsada por un resorte, de los restos de la cena que trataba de recuperar.

Tadeo se volvió hacia ella, inclinó la cabeza hacia un lado y enarcó las cejas.

—Creo que lo eres tú, muchacha, al tener esos pensamientos —sonrió—, yo estaba pensando en atarlos.

—Pero… —frunció el ceño Inés— ¿dejarlos aquí? —Sacudió la cabeza con lentitud—. Eso sería muy cruel.

Los demás se miraron entre sí. Jimena se adelantó para mirar a su hermano y su padre, uno junto al otro, los rostros muy parecidos.

—Lograrían desatarse —dijo Jimena y no notó la mirada que le dirigió Inés—, de eso no tengo dudas.

—Entonces nos atacarían otra vez —acotó Ema y se volvió hacia su tutor—. ¿No podríamos crear una barrera a su alrededor? ¿Algo que durara más?

—Siempre terminarían atacando otra vez —dijo Tadeo encogiéndose de hombros—, ninguna solución será duradera si eso es lo que quieres, a menos que implementemos la opción de Mayra.

—¡No es mi solución! —La muchacha puso los brazos en jarra—. Estoy de acuerdo con que los atemos.

—Y yo con la barrera —dijo Úrsula—, no quiero más demoras.

—Entonces ocúpate tú de crearla —sonrió Tadeo y se dio la vuelta para acercarse a la fogata que Yago estaba reencendiendo—, estoy seguro de que sabes cómo, Ema lo hace.

Úrsula entornó los ojos.

—Claro que puedo hacerlo —repuso con las mandíbulas apretadas.

—Te ayudaré —se ofreció Marcos.

—Puedo hacerlo sola. ¿Ema?

—Sí. —La joven se acercó a ella y tropezó con el pie del mago que acompañaba a Ramiro.

Ema lo miró, frunció el ceño y luego miró hacia todos los demás.

—¿Qué sucede? —preguntó Marcos, que era el único que estaba prestando atención.

—No lo veo a Osvaldo.

Tanto Tadeo como Mayra levantaron la vista para prestar atención a la conversación, Gaspar permanecía apoyado contra un árbol, con la mirada perdida. Yago lo observaba de reojo.

Tadeo se acercó a su pupila y luego examinó alrededor.

—No podemos estar seguros de que haya estado con ellos —dijo luego de un momento—, tal vez siguiera a su madre… por otros motivos.

Ema se mordió el labio.

—Podríamos ir a buscarlo —propuso Jimena—, echar un vistazo alrededor.

Úrsula suspiró, sin levantar la vista de las sogas que estaba preparando, las mismas con las que antes se habían atado unos a otros.

—Recuerda dejar lo suficiente —le indicó Yago desde la otra esquina y ella gruñó su asentimiento.

—No perdamos el tiempo ahora —dijo Tadeo—, haremos guardia durante la noche, aunque no haya nada que Osvaldo pueda hacer contra nosotros. Y sí necesitamos descansar.

Ema asintió, aunque no lucía convencida; se acercó a Úrsula.

Reunieron a todos los inconscientes cerca de un gran árbol y, después de atarles las manos, comenzaron con el hechizo.

—¿Qué hay de la comida? —preguntó Mayra—, ¿no los despertará el aroma?

Yago la miró con apreciación y asintió, a la vez que apagaba las llamas que solo hacía unos minutos había logrado volver a encender.

—Tienes razón —dijo el soldado—, prepararemos el fuego un poco más lejos. Ven, Gaspar.

El muchacho, aún sentado en silencio, no dejaba de mirar al grupo al lado del árbol.

—Gaspar —llamó Yago otra vez.

Tadeo levantó la vista.

El muchacho pestañeó con fuerza, mientras Yago se arrodillaba a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Gaspar en un susurro—, es que estaba pensando…, mmm, ¿y Raquel?

—Tal vez con su hijo, tal vez por su cuenta —Tadeo revisó rápidamente con la vista los árboles que los rodeaban—, de todas formas, solo le queda un aliado que valga la pena.

—¿Cuántas personas faltan? —preguntó Jimena, quien se acercaba al fuego luego de terminar de atar a los demás.

—El grupo de Raquel —dijo Tadeo—: ella, su hijo y un mago tal vez.

—Y ese clérigo molesto —añadió Mayra.

—A lo mejor estén cerca —comentó Jimena mirando alrededor y acercándose a Inés—, tendremos que estar alerta. Aunque después de cenar, preferiría que nos movamos un poco.

—Deberíamos entrar de una vez por todas —dijo Úrsula en voz alta.

—Baja la voz —le ordenó Tadeo— y apúrate a terminar con eso si estás tan ansiosa.

Marcos se apresuró a ponerse entre la mirada de su pupila y el mago que estaba cerca de la fogata.

Después de una rápida cena, decidieron alejarse un poco más y descansar un rato antes de ponerse realmente en movimiento. Parecía ser de día cuando Úrsula se puso de pie y encaró la niebla.

—Ya es momento de entrar.

—Ah —dijo Tadeo con suavidad—, ¿ya sabes cómo atravesarla?

Úrsula lo ignoró y dio un paso hacia delante.

—Esperen —llamó Yago, quien se puso de pie con agilidad y desenfundó la espada, miró a su alrededor con los ojos entornados.

Un movimiento apareció en uno de los matorrales cercanos.

—Esa mujer —murmuro Tadeo y sacó uno de los hechizos.

Ema se preparó a su lado. Cuando Osvaldo apareció entre el follaje, Gaspar empujó a Ema e hizo que soltara el papiro que se disponía a lanzar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Mayra cuando el primer papiro cayó en el centro de grupo, dispersándolos.

Tadeo maldijo por lo bajo, pero inició un ataque incesante, seguido por Marcos y Úrsula. Gaspar sostenía las muñecas de Ema quien, atónita, se mantenía inmóvil.

—¿Qué haces? —dijo esta cuando por fin pudo hablar—. ¿Por qué?

—Ellos tienen a mi hermano —jadeó Gaspar cuando tuvo que moverse al notar que Mayra se acercaba a ellos—. Raquel lo tiene.

Los ojos de Ema se agrandaron, Gaspar la miraba con fijeza y no notó el acercamiento de Jimena. La guerrera lo empujó y lo dejó inconsciente de un solo golpe.

Las explosiones se sucedían, pero eran pocas, porque había un solo mago del otro lado de los árboles. Sin embargo, estaba tan oculto y lanzaba desde lugares tan dispares que era imposible ver dónde se localizaba exactamente.

—Ema, ¿estás bien? —Mayra la ayudó a levantarse—. No puedo creer que Gaspar haya hecho esto.

Ema tenía el rostro lívido y movió los labios en un gesto torpe frente a su amiga, sin poder emitir otro sonido.

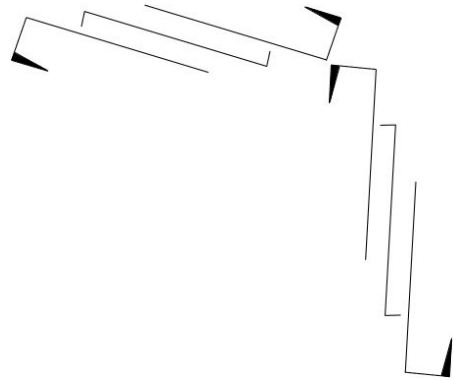
—¡Despierta, muchacha! —llamó Tadeo—. Los demás necesitan tu

escudo.

Inés se acercó a Ema y la tomó por las manos.

—Ema, por favor, necesitamos tu ayuda.

Ema parpadeó y, con lentitud, sacó un papiro del bolso. Le llevó varios intentos activarlo, pero al fin lo logró. Una vez que pudieron protegerse, les quedó más tiempo a algunos de ellos para ver de dónde procedían las explosiones. Tuvieron que separarse y buscar entre las ramas enmarañadas.



Capítulo XVII

AL fiNAL RESULTÓ que eran solo el mago de Raquel y el clérigo. Osvaldo los había seguido, pero no estaba junto a ellos o, al menos, era lo que clamaba. No se divisaba a Raquel por ningún lado.

—¿Dónde está? —Tadeo le dio un puntapié.

Osvaldo se encogió de hombros. El clérigo seguía impasible, sentado sobre el tronco de un árbol caído. Ema y Mayra miraban a Gaspar, que seguía inconsciente.

—¿Hacemos otra barrera? —preguntó Úrsula.

—No podrán detener la fe —dijo el clérigo y miró a Gaspar—, está en todos los corazones.

Tadeo frunció el ceño.

—A este también hay que amordazarlo.

—¿Y qué hacemos con Gaspar? —preguntó Jimena.

Todos miraron a Ema.

—Tienen a su hermano —dijo ella con voz débil, sin enfrentar la mirada de ninguno—, eso fue lo que me dijo.

—No podemos ocuparnos de ello ahora —determinó Tadeo.

—¿Pero…?

—¿Quieres perder el tiempo buscando a Raquel? Él debería haber dicho algo antes.

—Es solo un muchacho —intervino Yago— preocupado por su hermano.

—Dejémoslo aquí —dijo Mayra y Ema la miró extrañada—. Sin atar, sin barrera, no hará daño.

Tadeo se encogió de hombros.

—Volveremos —le prometió Mayra a Ema—, le ayudaremos a encontrar a su hermano.

Esta última endureció el rostro.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no se lo dijo a nadie?

—Estaba asustado.

—No —Ema susurró y negó con la cabeza—, él nunca quiso que yo alcanzara…, nunca quiso que yo…

—Ema, no creo que…

—Como quieras —dijo Ema y se puso de pie—, no necesito que nadie me siga.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño Mayra—. Después de todo lo que hice por ti en este viaje.

—Y por ti misma, no lo niegues.

—No lo hago, pero no puedes de repente decidir que no quieres que los demás, los que te estuvimos acompañando todo este tiempo, sigan aquí.

—No es eso lo que digo, sino que no lo necesito. Si quieres venir, hazlo porque tú quieres. Me encanta que estés aquí, pero no lo necesito, puedes elegir otra cosa.

Mayra la observó con intensidad y luego echó un rápido vistazo a Gaspar.

—Siempre fue mi elección.

Ema asintió y volvió a entrar en contacto con lo que la rodeaba. El único que la observaba con intensidad era Tadeo, pero no hizo ningún comentario.

Úrsula estaba otra vez delante de la niebla, la mandíbula encajada y los puños a los lados del cuerpo.

—Entonces, ¿ahora entramos?

—Sí —dijo Inés.

—Por fin. —Suspiró la maga y dio el primer paso.

La niebla los envolvió con ansias apenas se acercaron a ella y pronto nadie podía ver más allá de un metro alrededor. Fue una suerte que, unos segundos antes, Yago recordara la soga que habían utilizado antes. Úrsula se había quejado de la demora, pero se había dejado anudar a los demás. Ahora iban atados unos a otros y con los caballos detrás.

Inés se acercó a Tadeo.

—¿Qué hechizo hay que use las tres magias?

El mago enarcó las cejas, aunque su rostro se veía complacido.

—No hay muchos, ninguno que revele puertas si eso es lo que estás pensando. Ya había considerado...

—No —dijo Inés con una sonrisa—, perdona, eso no importa. Creo que solo tiene que ser de las tres.

Tadeo la miró pensativo, el grupo se había detenido a su alrededor.

—Sí, me gusta esa idea, se me ocurre una opción que podría… Sí, creo que es una muy buena idea.

Inés se sonrojó ligeramente y Jimena le apretó el hombro con una sonrisa.

Siguieron caminando, las tres elegidas al frente, otra sugerencia de Inés. Poco después, aunque la niebla no desapareció, se hizo más diáfana. Aprovecharon el claro momentáneo para descansar un poco.

Tadeo repasó las runas con ellas otra vez. Llevaban varias horas intentando seguir las instrucciones del mago, que las había explicado poco después de que terminaran de comer. Ya con todo listo para proseguir el viaje en el momento que lo decidieran, el resto del grupo observaba cómo Tadeo gruñía cada vez que las chicas no lograban completar el hechizo.

—Es que no tiene sentido —espetó Úrsula alzando y bajando los brazos a la vez que daba un paso hacia atrás—, esas no son runas de ataque, no puedo ponerlas en mi papiro.

—Así es como se entrelazan —dijo cansado Tadeo y se pellizcó el puente de la nariz.

—Nunca oí de… —Úrsula instintivamente miró a Marcos y luego desvió la vista en un gesto algo brusco.

—Yo tampoco lo había escuchado —dijo su tutor, con solo un leve sobresalto—. Debo confesar que nunca me interesé en las otras magias, solo sé sobre ellas por haber hablado con otros magos.

—¿Cómo es que tú sabes tanto sobre las otras dos? —preguntó Inés dirigiéndose a Tadeo.

—Quedarse con un único punto de vista es de estúpidos —replicó el mago, sin obviar una mirada hacia Úrsula—, hay que mirar hacia los costados también y aprender lo que hacen los demás.

—Veámoslo una vez más —dijo Ema con el ceño fruncido y un asentimiento seco.

Les llevó varias horas más, durante las cuales Mayra y Yago casi se durmieron, pero lograron combinar las magias en sus respectivos papiros. El efecto no duró mucho tiempo, aunque sí consiguieron abrir un hueco en la niebla. Era como un pequeño túnel, un pasaje.

Durante unos breves minutos, ninguno pudo hacer nada más que observar ese espacio despejado de aire. Incluso corría una leve brisa que agitaba la niebla estática a su alrededor.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo Úrsula y se puso en movimiento—. No sabemos cuánto tiempo permanecerá abierto.

—Siempre corriendo —murmuró Tadeo—. ¿Cómo sabes qué es lo que encontrarás del otro lado?

Úrsula se detuvo y lo miró con los ojos entornados.

—Si tienes miedo, puedo ir primero.

—Espera —dijo Inés a la vez que apoyaba una mano sobre el brazo de Úrsula—. Ema, ¿podrías crear un escudo?

—¡Claro! —Sonrió la joven por primera vez en horas.

Estaba cansada, con lo cual no lo logró al primer intento, pero cuando por fin se aseguró de que todos estaban cubiertos, avanzaron. Las tres chicas otra vez iban a la cabeza.

El túnel no era muy largo y se abría a unas enormes puertas incrustadas en una imponente muralla. Eran tan altas que, aun cuando estaban a unos metros de ellas, tenían que echar la cabeza hacia atrás para mirar dónde terminaban. El muro que las alojaba se veía sólido y casi prácticamente liso, como si fuera un solo bloque de piedra. Los extremos hacia los costados se diseminaban en la niebla que todavía se arremolinaba a su alrededor.

Todos a la vez se acercaron al muro y extendieron los brazos.

—La piedra está fría y húmeda —observó Tadeo a la vez que arrastraba la mano sobre la superficie—, aunque no la cubre ningún musgo.

—Es tan irreal —susurró Yago.

—Como si estuviera recién hecha —dijo Jimena.

—Es más que eso —opinó Marcos, que la examinaba de cerca—, es demasiado regular, sus cortes son excesivamente rectos.

Tadeo apoyó ambas manos y cerró los ojos un instante.

—No detecto magia en ellas.

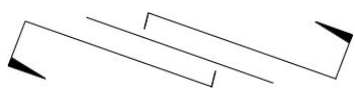
—Yo tampoco —dijo Marcos—, y no conozco método de construcción que pudiera crear semejante muralla.

Tadeo caminó hacia las puertas. Eran de madera con grandes cintas de hierro que las atravesaban en tres partes diferentes. En las orillas tenían grabada una inscripción. El mago se acercó y entornó los ojos. Musitó algo por lo bajo y volvió a alejarse.

—Se necesita magia para abrirlas —anunció en voz alta y sacó un papiro.

Todos ellos lo intentaron, uno después del otro. Incluso probaron blandir sus espadas contra ellas, en un exceso de frustración. Tadeo apretó los labios, pero no dijo nada; Marcos solo suspiró y se sentó sobre el piso.

Y luego probaron con el hechizo combinado, el que había abierto el pasaje a través de la niebla. Nada funcionó. Las puertas eran imperturbables.



—YA LO INTENTAMOS TODO —dijo Ema a la vez que se sentaba a comer lo que había preparado Mayra.

En ese pequeño claro de la niebla, podían ver un pequeño trozo de cielo con diminutas y apagadas estrellas dispersas en él. Se había levantado una brisa fresca, aunque era una noche tranquila.

Solo el espacio frente a la puerta y el túnel que los había llevado hasta allí permanecían libres de niebla. El pasaje, si bien no se había desvanecido, había comenzado a encogerse.

—No todo —dijo Tadeo, que ya había terminado su ración.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño Úrsula.

—Pero nada de eso nos ayudará a abrir la puerta —comentó Inés mientras enroscaba con furia un dedo en sus rizos.

—¿De qué hablan? —preguntó Jimena.

—De la magia que aprendieron en ese pueblo —dijo Tadeo—, es lo único que aún no probamos.

—Inés tiene razón —dijo Ema pensativa—, ¿cómo puede un escudo abrir una puerta?

—No es el escudo en sí —Tadeo parecía irritado o impaciente—, sino el hecho de que ustedes puedan utilizar esa magia. Es distinta a la que usamos en los tres reinos, tal vez esa sea la llave.

—Son manotazos de ahogado —murmuró Úrsula.

—¿Acaso tienes una mejor idea? —enarcó las cejas Tadeo—, ¿o es otra cosa lo que te molesta?

—Bueno —frunció el ceño Ema, quien no parecía haber registrado la conversación entre Úrsula y Tadeo—, creo que no perdemos nada con intentarlo.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta, seguida por Inés. Úrsula era la única que no se había movido, Tadeo se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Finalmente, veremos qué ocultas.

Úrsula bufó incómoda y desvió la mirada del mago. Al hacerlo, captó un vistazo del túnel que todavía pendía en la niebla. Se puso de pie de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó Yago, que ya estaba a su lado junto con Jimena.

—Hay alguien allí —murmuró Úrsula y señaló el túnel con la cabeza.

Jimena y Yago desenvainaron las espadas al unísono. Tadeo y Marcos se aproximaron también, rebuscando en sus bolsillos.

De repente, surgió una figura desde el túnel. Al principio, era una sombra borrosa e incompleta. La niebla había difuminado los bordes del túnel, el cual era cada vez más estrecho. La sombra se aproximaba con lentitud.

Nadie del grupo se movió o emitió ningún sonido hasta que la sombra estuvo lo suficientemente cerca como para reconocerlo. Solo unos segundos después, había atravesado la última película de niebla.

Era Gaspar.

Ema corrió hacia él y se detuvo en seco a unos pasos. Se ruborizó al instante y miró hacia todos lados. Tadeo no la miraba, sino que

observaba con desconfianza a Gaspar. Por su lado, Mayra lo miraba con dureza. Ema dio unos pasos hacia atrás.

—Lo siento —murmuró el muchacho y extendió los brazos, que volvieron a caer a los lados al instante—, yo solo quería… Es mi hermano, Ema.

Ella seguía unos pasos más adelante que el resto del grupo, con los labios apretados. Inspiró con fuerza mientras erguía los hombros. Su voz sonó firme cuando habló.

—Es más importante que yo.

—Es… diferente. —Gaspar volvió a levantar una mano, esa vez con el puño cerrado.

—¡Atrás! —gritó Tadeo y tiró de Ema, quien trastabilló y cayó de espaldas.

Gaspar abrió la mano y dejó ver un papiro de runas titilantes, lo arrojó contra Jimena y Yago. Ambos lo esquivaron a la vez que retrocedían. Mayra ayudó a Ema a levantarse. Gaspar dio unos pasos adelante y detrás de él aparecieron el clérigo, Ramiro, Fermín y el mago que los acompañaba desde siempre. El clérigo se escabulló lejos del ataque como un pez surcando en el agua y se acercó a la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Se le acercó Mayra de inmediato.

—Protegiendo a los reinos —dijo el clérigo sin mirarla—. Esta magia no puede estar a merced de las academias.

—¿Y de quién si no? —preguntó Inés con seriedad, era la única que no se había acercado al túnel con los demás.

—De aquellos en los cuales la fe del pueblo descansa. La era de la magia terminó hace mucho, no debe revivir.

—O debe hacerlo en tus manos, ¿no? —dijo Mayra mientras buscaba algo con que golpearlo.

El clérigo le lanzó un polvo a los ojos y ella gritó. Inés la sostuvo antes de que cayera al suelo y en seguida le revisó la cara.

—Así que siempre fuiste tú detrás de todo esto. —Sonrió Tadeo, quien se había acercado en silencio. Ladeó la cabeza hacia un lado—. ¿Raquel?

—Ya no es de utilidad —determinó el clérigo, con el ceño fruncido por primera vez, y se volvió hacia las grandes puertas.

Tadeo se acercó a él con el brazo levantado, pero antes de que pudiera llevarlo hacia atrás para tomar impulso, escuchó un grito que los paralizó a todos.

Úrsula, en el centro de la pelea que ocurría a la entrada del túnel, lucía agotada. Los demás se habían detenido un instante al oír el ruido, pero Ramiro ya iba a volver a moverse, cuando la joven lanzó la espada a un lado y elevó ambas manos en el aire para dibujar unas runas invisibles frente a ella. No fue hasta que apoyó las manos en

ellas que se iluminaron en el aire. Ema apareció corriendo de la nada y, en un impulso, dibujó el escudo a los pies de Ema. Inés las observaba asombrada, aun con Mayra en los brazos.

—Apresúrate —le susurró Tadeo con urgencia mientras le quitaba a Mayra de los brazos.

Inés se acercó a las otras dos, vaciló.

Ramiro la observaba con los ojos entornados, todos sus músculos estaban en tensión.

—Tú puedes —murmuró Jimena.

Inés miró a las otras dos y al final optó por dibujar sus runas en los brazos de ella.

—Ahora —gritó Ramiro cuando las runas estallaron.

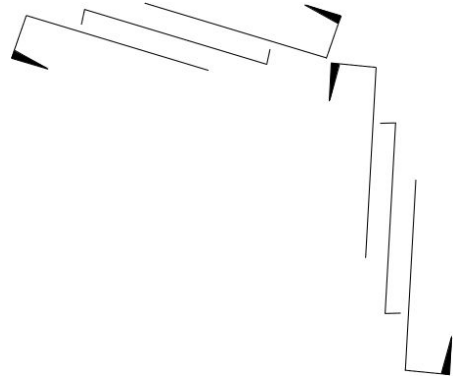
El clérigo se escabulló detrás de Tadeo, pero este lo agarró del brazo y lo obligó a quedarse quieto.

La luz de las runas brilló con fuerza y estalló poco después. Se escucharon algunos gritos y varios golpes de cuerpos contra el piso.

Cuando se hizo posible volver a ver, Úrsula, Ema e Inés seguían una junto a las otra, tomadas de las manos. Todos los que estaban a su alrededor yacían en el piso, incluso Tadeo y el clérigo, que se hallaban más lejos.

—La puerta —jadeó Ema.

Las otras dos levantaron la mirada, las pesadas puertas de la muralla se habían abierto y mostraban una fina rendija de luz proveniente del otro lado.



Capítulo XVIII

SE ACERCARON LAS TRES JUNTAS a las puertas, pero por más que empujaron, no pudieron moverlas ni un milímetro más.

—¡Más fuerza! —gruñó Úrsula mientras apoyaba todo su peso sobre una de las hojas, su rostro se volvió rojo del esfuerzo y le rechinaron los dientes.

—No tiene caso —jadeó Inés a la vez que daba un paso hacia atrás —, no creo que podamos moverla así nomás. —Echó un vistazo de reojo hacia atrás—. Además, debemos ocuparnos de nuestros amigos.

—Ve con ella si quieres —Úrsula ni siquiera la miró—, a mí me preocupa más la puerta.

—¿Por qué eres así? Inés no se merece que le contesten de esa forma. —Ema puso los brazos en jarra—. Y está en lo cierto con que debemos ocuparnos de nuestros amigos.

—¿Ah, sí? ¿De ese amigo tuyo que nos traicionó?

Ema hizo rechinar las mandíbulas y dio dos pasos hacia Úrsula.

—¿Qué vas a hacer? ¿Atacarme con un escudo?

—Basta —se interpuso Inés—. No podemos pelearnos entre nosotras. Debemos ocuparnos de nuestros amigos —miró a Ema—, así como decidir qué hacemos con los demás. —Se volvió hacia Úrsula—. Y también debemos abrir la puerta, no tenemos otro lugar a dónde ir.

Úrsula y Ema rompieron la mirada que se mantenían. Ema siguió a Inés hacia donde yacían los otros, mientras Úrsula se volvía hacia la puerta.

Volvió a trazar las runas que había dibujado unos minutos antes, pero esa vez sí se hizo unos cortes en las puntas de los dedos, solo unas gotas de cada mano. El vendaval que levantó casi la lanza hacia atrás, aunque también empujó las puertas lo suficiente para que una persona pudiera pasar.

Úrsula se disponía a cruzar el umbral cuando lanzó una breve mirada hacia atrás. Inés estaba inclinada sobre Marcos, aunque no alcanzaba a escuchar lo que decían. De pronto, vio a Ramiro erguirse detrás de ellos.

—¡No! —aulló mientras salía a la carrera.

Ema había llegado antes que ella y protegió a Inés y Marcos. Los demás también estaban levantándose, algunos todavía con movimientos torpes.

—¡No los dejen pasar! —Tadeo rugió para alzarse sobre todas las demás voces.

El grupo formó un muro entre las puertas abiertas y Ramiro y su hijo. El otro mago no había llegado a levantarse, había tenido la mala suerte de haber recuperado el conocimiento cerca de Jimena.

Inés ayudó a Mayra a acercarse a las puertas mientras los demás se afanaban en mantener a todos alejados. Úrsula llamó otra vez a su vendaval, pero en esta ocasión fue más débil y ella se mareó y tuvo que apoyarse en Marcos para no caer al piso. Sin embargo, fue suficiente para que los demás perdieran la concentración y los ataques de Tadeo cayeran sobre ellos y los dejaran inconscientes otra vez.

—¡Vamos! —los urgió Yago a cruzar el umbral.

Pasaron de uno en uno, golpeándose brazos y piernas para apresurarse por el estrecho pasaje. Una vez del otro lado, intentaron cerrar las puertas, pero por más que empujaron, no se movían.

—Déjenme a mí —dijo Úrsula y dibujó las runas, esa vez con más rapidez que las veces anteriores, pero con peor resultado.

—Estás exhausta —comentó Marcos a su lado.

—Puedo hacerlo —insistió la joven y volvió a ejecutar el hechizo.

Logró levantar un fuerte viento, que la dejó a ella en el suelo, pálida y casi sin fuerzas, pero las puertas no se movieron.

Del otro lado, pudieron ver que Ramiro comenzaba a moverse.

—¿Cómo las abrieron la primera vez? —las urgió Tadeo.

—Fuimos las tres —dijo Ema.

—Pero fue Úrsula la que las empujó para que pudiéramos pasar.

—Entonces, si la magia de las tres es la llave —frunció el ceño Tadeo— y la de Úrsula abre la puerta…

—¡Ema! —gritaron Inés y Tadeo a la vez.

—La magia de ellas es complementaria —dijo el mago—. Si Úrsula abrió la puerta…

—Ema debe cerrarla —concluyó Inés y, cuando se dio vuelta para buscarla, vio que Tadeo ya estaba empujando a su discípula hacia la puerta.

Ema activó el escudo con la mayor rapidez que le fue posible, mientras escuchaba los gruñidos de Ramiro del otro lado. Cuando levantó la vista, las puertas se movieron y comenzaron a cerrarse. Lo

hicieron lentamente, mientras Gaspar, arrodillado del otro lado, la miraba fijo y con un gesto mezcla de tristeza e impotencia. Las puertas se cerraron sin ningún ruido.

—¿Estamos todos? —preguntó Yago.

—¡Qué momento para preguntar! —dijo Mayra con una sonrisa, tenía los ojos algo enrojecidos, pero abiertos y vivaces.

Inés revisó primero a Jimena y luego se empecinó en confirmar que todos los demás estuvieran bien. Ninguno de ellos tenía más que heridas leves. Una vez que hubieron descansado unos minutos y comprobado que las puertas no se movían, se pusieron en marcha otra vez.

Tadeo fue el primero en avanzar. Estaban dentro de las murallas, pero la ciudad aún quedaba a unos metros. Se encontraban en un ancho camino empedrado. A ambos lados, había canteros que en algún momento podrían haber contenido flores, pero ahora solo guardaban grandes cantidades de polvo. A medida que caminaron, descubrieron que cada pocos metros había algunos postes. Aunque su función no era discernible, llamaba la atención que estuvieran en un muy buen estado, no solo por el tiempo que la ciudad debía llevar deshabitada si uno se guiaba por los canteros.

—Es como si se hubieran ido ayer —comentó con nostalgia Marcos.

—No por las plantas —dijo Mayra, que miraba los canteros secos.

—No sabemos todavía si está abandonada —acotó Tadeo.

Frente a ellos, ya se veían los contornos de los edificios.

—Es inmensa —dijo Ema.

—Nunca creí que pudiera haber una ciudad así —confesó Inés y le sonrió a Jimena.

—¿Cómo pueden tener edificios tan altos? —preguntó Mayra y de repente abrió mucho los ojos—. ¿Y cómo será el castillo si así son las casas?

—Ya lo veremos. —Sonrió Yago.

La que iba más callada era Úrsula.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcos.

Se encogió de hombros. Después de un rato, dijo:

—Supongo que creí que la encontraría ocupada, con la gente que creó estas maravillas.

—Todavía no sabemos…

—¿Crees que dejarían las puertas tan descuidadas?

Marcos apretó los labios y caminó unos pasos más en silencio.

—Tal vez sea una decepción, pero no podemos estar seguros de que fueran amigables. —Le costó reprimir un escalofrío—. Aunque no estén, tal vez hayan dejado algo atrás.

Úrsula volvió a encogerse de hombros, pero aceleró el paso.

A medida que se acercaron, vieron que la ciudad estaba rodeada por una muralla más pequeña, que dejaba ver los edificios detrás.

—Debe de ser decorativo —comentó Yago con un ojo calculador.

Tadeo rio.

—Se tiene que ser muy fuerte para que la muralla sea decorativa.

La ciudad estaba vacía y prácticamente como nueva. Entraron en varias casas y algunos edificios que, por sus dimensiones y diseño, parecían ser tiendas. Todo se encontraba intacto.

—¿Qué fue lo que pudo haber sucedido? —se preguntó Inés en voz alta.

—¿Cómo puede ser que una ciudad tan perfecta haya quedado vacía? —murmuró Úrsula.

Marcos le echó una mirada y ella miró hacia otro lado y suspiró. Llevaban ya varias horas recorriendo la enorme ciudad, aunque ninguno había siquiera insinuado descansar un poco. Úrsula observó a su tutor varias veces, antes de decidirse a acercarse a él.

—Mmm, ¿Marcos?

—¿Sí?

—Gracias por…, por venir.

Marcos asintió.

—No voy a decir que fuera fácil, pero creo que fue lo mejor.

—Sí —dijo Úrsula con una mirada triste a la ciudad deshabitada—, creo que entiendo. —Su voz bajó a un susurro—. Se suponía que era una ciudad perfecta.

—Nada lo es —repuso Marcos y le apoyó una mano sobre el hombro—, aunque eso no quita que sigamos intentándolo.

—Tenemos que encontrar una Academia, una biblioteca o cualquier otro repositorio de información —indicó de repente Tadeo dirigiéndose a todos—. Tal vez sea mejor que nos dividamos en pequeños grupos.

Estuvieron de acuerdo y se separaron en las parejas más obvias. Luego de acordar dónde volver a encontrarse y cómo comunicarse, todos caminaron en diferentes direcciones. Había tantos edificios enormes que tuvieron que entrar en todos ellos para verificar qué eran. Finalmente, fueron Mayra y Yago los que encontraron la biblioteca, Yago fue en busca de los demás.

Era un edificio enorme de alto techo abovedado. Las paredes estaban cubiertas de libros y había decenas de puertas que llevaban a cuartos llenos de otros artefactos. Recorrieron los estantes de libros durante dos días durante los cuales solo se detuvieron para dormir un poco y comer las últimas reservas de carne seca y pan duro que les quedaban. Aunque Mayra habló de buscar comida, todavía no parecían poder despegarse de esos estantes infinitos que no vacilaban bajo el peso de tanto conocimiento. Había allí textos sobre tantos

temas, tantos estudios, pero nada decía qué había sucedido con la ciudad. Hasta que encontraron un cuarto que estaba casi vacío, excepto por una tarima justo en el medio. Esta contenía un centro que parecía de agua. Se reunieron a su alrededor, la superficie temblaba, pero no mostraba nada.

—Creo que ya sabemos quiénes tienen que probar —dijo Tadeo.

Por primera vez, Úrsula no se quejó y se acercó a la tarima junto con Ema e Inés. Las tres activaron su magia y la superficie cristalina palpitó. Se elevó un vapor que adquirió los rasgos de una cara. La voz que resonó en la habitación era similar a la del oráculo.

«Bienvenidos de regreso al hogar. No sabemos cómo son las circunstancias de su retorno, pero aquí les contaré las causas de su salida. Nuestro reino se fundó hace miles de años. Creció, y su pueblo con él, durante milenios, ambos apoyados en la magia, la cual se diversificó hasta acompañar cada aspecto de nuestras vidas. Con ella nuestra ciencia alcanzó cotas inimaginables. En arquitectura, medicina, cualquier arte. Algunos dijeron que ello sería nuestra caída. Y nuestros sabios lo negaron. Todo imperio se derrumba, lo sabíamos, por lo cual no íbamos a dejar que sucediera. Entonces hicimos un experimento: algo que lograra mantener nuestra ciudad, impedir que se desplomara. Con eso en mente, creamos tres reinos, con menos magia, menos conocimiento que nosotros, pero siempre con la llave para volver aquí, a su cuna. En esta ciudad quedamos la cuarta parte de la población. Entre todos formamos el gran reino. Es imposible mantener todo igual por siempre, se necesita un cambio. Decidimos elegirlo nosotros. Así, el reino continuaría en nosotros y cuando volvieran nuestros hijos, nuestros nietos, el gran reino se reuniría sin que nada se hubiera perdido, sin que hubiéramos dejado de existir, porque aún quedaríamos nosotros aquí, los guardianes».

La voz calló y el grupo se miró unos a otros.

—Pero no hay nadie aquí —dijo Jimena, la primera que se atrevió a romper el silencio—, algo falló.

—O tal vez todavía no los encontramos —agregó Ema moviéndose inquieta, como si siquiera seguir en la búsqueda—. Es una ciudad enorme, a lo mejor se reunieron en el castillo, para no estar tan solos.

Sin embargo, ese día no se pusieron en movimiento, todos estaban pensativos. En cambio, se dedicaron a buscar algo de comer, que resultó ser mayoritariamente plantas, ya que no encontraron animales, y un lugar donde descansar.

Esa noche, se encontraban alrededor de un gran fuego que habían hecho en una amplia calle. Preferían estar fuera de los vacíos edificios.

—Entonces, el reino neblinoso ¿eran nuestros abuelos? —preguntó Mayra.

—Así parece ser. —Frunció el ceño Yago.

—Maldición —dijo Tadeo, que caminaba de un lado a otro—. Si esto se llega a saber, los tres reinos reclamarán este lugar y todo su poderío.

—¿Qué poderío? —susurró Jimena—. Todavía no encontramos nada.

Inés le dio un codazo leve.

—¿Y si no lo supieran? —preguntó Ema.

Se sonrojó cuando todos la miraron a la vez.

—No me gustaría que alguien como Raquel…

—No —dijo Mayra—, yo no me lo quiero imaginar.

—Hay mucha gente que es mejor que no sepa de este poder —dijo Marcos con una ojeada a la biblioteca que tenía detrás—. Ni siquiera sabemos qué conocimientos se ocultan en todos esos textos.

—¿Y *nosotros* vamos a decidirlo? —preguntó Inés y negó con la cabeza—. No creo que esté bien. Además, ya hay gente que lo sabe —se mordió el labio—, que sabe de nuestro destino, al menos lo suficiente para...

Jimena le puso una mano sobre el brazo.

—No hay respuestas fáciles a esta cuestión —dijo Yago, aún pensativo.

Sin respuestas esa noche, decidieron buscar el castillo. No fueron capaces de llegar a él hasta un día después y tardaron medio día más en abrir las puertas. Una vez dentro, encontraron otra sala con una tarima. Se acercaron en silencio y las tres jóvenes se adelantaron en un movimiento casi mecánico.

«Luego de cientos de años de espera, ya solo quedamos unos pocos. Estamos cansados y viejos, ¿es que nunca regresarán? Perdemos nuestras esperanzas, creo que al final debemos aceptar la realidad, la caída era inevitable. No se puede engañar al gran ciclo. Tontos de nosotros. Luego de tantas precauciones…, el reino ha caído».

Pasaron varios días en la ciudad, mientras decidían cómo continuar. Tendrían que salir, aunque solo fuera para buscar comida. La pregunta era: ¿qué se llevarían consigo? Y… ¿volverían?

Finalmente, acordaron sacar solo unos hechizos menores, unas pocas mejoras para la vida diaria. La tarea que tenían frente a ellos era tan enorme que no había otra opción: deberían empezar de a poco, tal vez les llevara años poder reconstruirlo.

Las tres jóvenes llevarían los cambios a cada uno de sus reinos, acompañadas por sus amigos. Tadeo se quedaría en la ciudad, aprendiendo sus secretos, los que enseñaría a las jóvenes, las cuales iniciarían el cambio. No hacia el gran reino que fue, sino hacia un nuevo reino, uno que construirían otra vez, en un nuevo ciclo ascendente.

Libros de la trilogía El reino entre las nieblas

El reino entre las nieblas I - Un camino marcado

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza...
Cuando la oportunidad se cruza en su camino, no lo duda y se lanza a una búsqueda que puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en Amazon.

El reino entre las nieblas II - Un bosque confuso

Inés nunca quiso seguir su destino… hasta que se cruzó con Ema.
Cuando se entera de que la joven persigue su mismo destino, sabe que ya no puede esperar más y debe buscar aquello que le permitiría cambiar su reino y, tal vez, el mundo.

Disponible en Amazon.

El reino entre las nieblas III

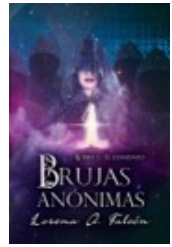
Úrsula sabía que sería la ganadora... si también supiera por qué

luchaba.
Cuando su destino le revela que es una de tres, sabe que será la vencedora, ¿de qué otra manera podría ser? La educaron para ser independiente, pero es la primera vez que está sola.

Disponible en Amazon.

Tu próxima saga de fantasía urbana

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



La aventura de Micaela comienza cuando una noche, al regresar de la facultad, es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible también en tapa blanda en Amazon.

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Desde que se viera empujada a un mundo de misterios y peligros, todo la que la rodea son preguntas. La principal es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible también en tapa blanda en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida.
En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible también en tapa blanda en Amazon.

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Micaela tiene que actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.
Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo, las raíces del problema pueden estar más cerca de lo que pensaba. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible también en tapa blanda en Amazon.

———

¡Ahora también puedes conseguir el Boxset de Brujas anónimas!

Todas las novelas de la saga (Libros I a IV) en un solo *ebook*, más listado de personajes y FAQs.

Disponible en Amazon.

Libros de la saga Conflictos universales

Un último conflicto
Libro I

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti.
Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Un conflicto sin fin
Libro II

Cuando ayudas a los demonios, los ángeles van tras de ti.

Hugo solo quiere entender el problema, pero es difícil cuando no puedes confiar en nadie.
Ahora él y su amiga Tamara deben encontrar las respuestas solos, o pueden buscarlas entre las bestias. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Todos los conflictos
Libro III

Algunos conflictos ocultan otros peores.

Tamara solo quería terminar con los problemas, pero el universo se empeña en ponerlos en su camino. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir del infierno y encontrar una manera de que este no llegue a la Tierra. ¿Habrá una forma de evitarlo?

Ya disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Libro IV
Octubre 2021

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en Amazon.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya

Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.
Disponible en Amazon.

El talismán del emperador

El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.
Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más sagas de fantasía?
Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra mis novelas.

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

¡Gracias por poder publicar mis libros! Y gracias a ti por leerlos.

Otras obras publicadas

Transformación

Historia de una metamorfosis

Dani atraviesa un cambio que no eligió. Entre la impotencia por no parar lo que le sucede y la falta de comprensión de quienes la rodean, debe encontrar su propia identidad.

Disponible en Amazon.

La invasión

Llegaron sin aviso, invadieron sin resistencia.

Los extraterrestres están en la Tierra y ya no hay lugar para los humanos. Aún sí, Grace sigue intentándolo. ¿Te animas a acompañarla?

Disponible en Amazon.

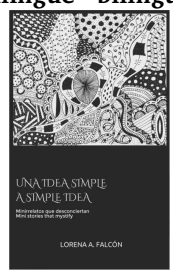
Alrededor del reloj

Cuentos para no perder el tiempo.

La vida de estos personajes, al igual que la tuya, transcurre alrededor del reloj. Atrapados en este eterno ciclo, los personajes de cada cuento intentan encontrar su propio camino. ¿Te animas a acompañarlos?

Disponible en Amazon.

Una idea simple - A simple idea
Bilingüe - bilingual



Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de no más de cien palabras que desconciertan e invitan a pensar y a divertirse un rato.
Mini-stories of no more than one hundred words that mystify and invite you to think and have fun for a while.

Disponible en Amazon.

Matices de la magia

La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna siempre supo que sería maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo. Tu magia será blanca o negra según lo que hayas hecho.

Ya disponible en Amazon.

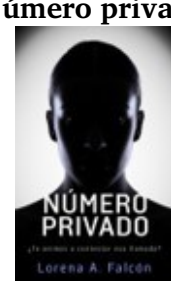
Todo o nada

Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad que conoces depende de tus sentidos, pero ¿qué pasa cuando ellos fallan? Si no ves, oyes, hueles... sientes como los demás, estás solo.

Disponible en Amazon.

Número privado



¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado. Debe huir de aquello que está del otro lado de la línea. Y el celular no deja de sonar.

Ya disponible en Amazon.

Decisiones

La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera que separa todas las opciones que pudieron ocurrir en tu vida se ha roto.
Estas son las historia de Selena y Dante.

Disponible en Amazon.

Vidas paralelas, destinos cruzados

La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble. ¿Qué puede salir mal?

Disponible en Amazon.

Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio… Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en Amazon.

Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza… por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en Amazon.

Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon… ¿por qué no?

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, quiere huir de esa magia que la oprime. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en Amazon.

El despertar de las gárgolas

Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga: es capaz de despertar a las gárgolas. Estas pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso cree.

Disponible en Amazon.

Antifaces

No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, mientras se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en Amazon.

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

Un último conflicto (extracto)

Capítulo I

—¡Ya es suficiente! —gritó Tamara y cerró su habitación de un portazo.

Las voces se elevaban del otro lado; ella las ignoró mientras llenaba de ropa una mochila desgastada. Después de que metió dentro todo lo que pudo, cerró su *laptop*, la guardó en su bolso y se dispuso a salir. Se volvió hacia la puerta y llegó a poner la mano sobre el picaporte, pero no lo giró.

Las voces se habían detenido.

Tamara se aferró al picaporte y apretó las mandíbulas.

De pronto, comenzaron los golpes.

Tamara soltó el picaporte con un bufido y se dirigió a la ventana. La abrió y miró hacia abajo. Ya había utilizado esa salida antes, muchas veces, aunque nunca iba tan cargada como ahora.

—Tampoco es que tenga muchas opciones —murmuró mientras se trepaba a la ventana con el bolso de la *laptop* rebotando contra su espalda.

El picaporte de su puerta comenzó a temblar cuando ella inició su descenso por la pared, sosteniéndose de una cañería de dudosa firmeza. Se soltó cuando estaba a dos metros del suelo. Recogió la mochila que había arrojado antes y se puso en camino.

La puerta principal de su casa se abrió con fuerza y ella echó a correr.

Nadie la siguió, excepto los gritos y los insultos que hicieron que se descorrieran varias cortinas del barrio. Aunque ni una sola persona salió a ver. Nunca nadie lo hacía.

Tamara lo ignoró todo, solo concentrada en su carrera. Apretó el paso hasta que ya no escuchó nada más que el redoble de su respiración y su corazón.

Se detuvo cuando ya casi no podía respirar. El bolso de la *laptop* la forzó a inclinarse hacia adelante y la mochila resbaló de su hombro. El golpe sordo contra el suelo hizo que se despabilara y mirara alrededor.

Frunció el ceño, no sabía dónde se encontraba. La calle estaba vacía y oscura. Giró en redondo, no había nada ni nadie por allí. Levantó la mochila y la apretó contra el pecho.

Observó la cuadra en la que se encontraba. Las pocas casas que había entre los locales vacíos no mostraban ninguna luz tras sus cristales rotos.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? —murmuraba mientras no dejaba de dar vueltas sobre sí misma. Dio un respingo—. Ya sé.

Estaba en la parte abandonada del barrio, donde ya no vivía nadie

y solo unos negocios destartalados seguían aguantando. Las vías del tren no estaban muy lejos de allí y su casa tampoco. En realidad, no se había desviado tanto como había creído.

—Me pasé —susurró y contuvo un escalofrío—, solo me pasé unas cuadras.

Comenzó a caminar nuevamente, con andar agitado. Pasaron cuatro cuadras antes de que empezaran a aparecer luces otra vez. Pero no había gente, nunca había gente en las calles después del anochecer.

Se detuvo durante un instante cuando vio la iluminación de un gran edificio, luego apresuró el paso. Casi iba a la carrera cuando atravesó las enormes puertas. Entonces se paró otra vez y dejó salir un trémulo suspiro; ya estaba a buen resguardo, aunque seguía sola. No tenía más que su mochila y el bolso con la *laptop*. Eso era todo con lo que había logrado irse.

—Este no era el plan. —Dejó salir otro suspiro, esta vez resignado, y sacó el celular del bolsillo; la pantalla estaba rajada. Apretó los labios y marcó un número—. Hola, ¿hola? —Soltó un suspiro más—. Hubiera preferido no decirte esto en un mensaje, pero… me fui. No lo soportaba más. —Se llevó la mano libre a la cabeza y bajó el volumen de la voz—. Estuvo terrible y yo… Ya está hecho. No era así como lo había planeado, pero… está hecho. Te llamaré cuando consiga un lugar.

Cerró el teléfono y buscó alrededor. Retomó el paso cuando encontró una ventanilla. Un empleado semidormido y con expresión aburrida le informó que el último tren salía en diez minutos. Luego le recitó los nombres de algunas de las ciudades por las cuales pasaba. Ninguno de ellos le generó una reacción a Tamara. Vaciló.

El vendedor alzó las cejas y ella cerró los ojos.

«En realidad, no hay mucho que pensar, cualquier lugar menos aquí».

—Uno de ida —dijo en voz alta.

—¿Hasta dónde?

Tamara sonrió con tristeza.

—Hasta el final.

«Ya me bajaré donde me parezca mejor».

Primer libro de la saga Conflictos universales.

Ya disponible en Amazon en *ebook* (¡solo 0.99usd!) y en tapa blanda.